

LA PACIENCIA DE LA ARANA

ANDREA
CAMILLERI



Un mundo de novela ...
www.miscolecciones.org



Salvo Montalbano se encuentra postrado en cama, convaleciente de las heridas recibidas en su último caso. El comisario se siente confuso, el peso de los años lo abruma y una melancolía desgarradora lo lleva a cuestionarse cuál es el sentido último de la justicia y la «ley», a la cual él ha dedicado toda su carrera. En tal estado se encuentra Montalbano cuando se le informa del secuestro de la joven Susanna Mistretta, y si bien las pesquisas son asunto del comisario Minutolo, algo le hace saltar de la cama. Quizá sea la necesidad de probarse a sí mismo que aún conserva toda su capacidad de reacción, o tal vez las insólitas circunstancias del secuestro, dado que la familia de la joven había perdido toda su fortuna años atrás de forma repentina y misteriosa. Al final, ambos motivos resultan cruciales, pues ese nuevo distanciamiento, ese escepticismo, es lo que llevará al comisario a considerar aspectos de la investigación que cualquier otro pasaría por alto. En ese contexto tan nuevo como difícil de asimilar, la resolución del caso pondrá a prueba sus verdaderos valores, sus miedos y sus creencias.

Andrea Camilleri

La paciencia de la araña

Comisario Montalbano - 8

Título original: *La pazienza del ragno*
Andrea Camilleri, 2004
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



1

Se despertó de golpe bañado en sudor y respirando afanosamente. Durante unos segundos no supo dónde estaba, hasta que la respiración ligera y regular de Livia, que dormía a su lado, lo devolvió al mundo conocido y tranquilizador. Se encontraba en su habitación de Marinella. Lo había arrancado del sueño un pinchazo gélido como el filo de una navaja en la herida del hombro izquierdo. No tuvo necesidad de consultar el reloj de la mesilla de noche para saber que eran las tres y media de la madrugada, más concretamente las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos. Le sucedía lo mismo desde hacía veinte días, los transcurridos desde aquella mala noche en que Jamil Zarzis, traficante de niños extracomunitarios, lo había herido de un disparo y él había reaccionado matándolo; veinte días, pero el tiempo parecía haberse detenido en aquel preciso momento. «Clac», había hecho un engranaje de la parte de su cabeza donde se medía el paso de las horas y los días, «clac», y desde entonces, si dormía se despertaba, y si por el contrario estaba despierto, percibía una especie de misteriosa e inapreciable parálisis de las cosas que lo rodeaban. Sabía que en el transcurso de aquel fulminante duelo ni siquiera le había pasado por la imaginación la idea de mirar qué hora era, y, sin embargo, eso lo recordaba muy bien, en el instante en que la bala disparada por Jamil Zarzis le penetraba en el cuerpo, una impersonal voz interior, una voz de mujer un tanto metálica, como las que se oyen en las estaciones y los supermercados, había dicho: «Son las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos».

—¿Estaba usted con el comisario Montalbano?

—Sí, doctor.

—¿Se llama usted...?

—Fazio, doctor.

—¿Cuándo lo han herido?

—Pues mire, el enfrentamiento ha tenido lugar sobre las tres y media. Por consiguiente, hace algo más de media hora. Doctor...

—¿Sí?

—¿Es grave?

Montalbano estaba tumbado, inmóvil y con los ojos cerrados, y por eso ellos pensaban que había perdido el conocimiento y podían hablar con entera libertad. Pero él lo oía y comprendía todo; estaba sorprendido y lúcido al mismo tiempo, solo que no le apetecía abrir la boca y responder a las preguntas del médico. Por lo visto, las inyecciones que le habían administrado para calmarle el dolor le habían hecho efecto en todas las partes del cuerpo.

—¡No diga bobadas! Solo hay que extraerle la bala que ha quedado alojada en el interior.

—¡Oh, Virgen santísima!

—¡No hay por qué alterarse! ¡Es una tontería! Con unos cuantos ejercicios de rehabilitación, recuperará al cien por cien la movilidad del brazo. Disculpe, pero ¿por qué está tan preocupado?

—Verá, doctor, hace unos días el comisario fue solo a realizar una inspección...

También ahora, como entonces, mantiene los ojos cerrados. Pero ya no oye las palabras amortiguadas por el fuerte rumor del oleaje. Debe de hacer viento, pues la persiana se estremece bajo los aleros y emite una especie de quejido. Menos mal que aún está convaleciente y puede quedarse todo el tiempo que quiera bajo las mantas. Ese pensamiento lo alivia y decide abrir los ojos un poco.

¿Por qué ya no oía a Fazio? Abrió los ojos un poco. Los dos hombres se habían apartado de la cama y se encontraban junto a la ventana. Fazio

hablaba, y el doctor de bata blanca lo escuchaba con la cara muy seria. De pronto comprendió que no necesitaba oír las palabras para saber lo que Fazio estaba diciendo. Su amigo, su hombre de confianza, estaba traicionándolo como Judas, estaba contándole al médico lo ocurrido cuando él se quedó sin fuerzas en la playa, después de aquel intenso dolor en el pecho que sintió en el mar... ¡Ya verás cuando los médicos se enteren de la noticia! Antes de extraerle la maldita bala le harán pasar las mil y una, lo examinarán por dentro y por fuera, lo agujerearán, le arrancarán la piel a tiras para ver lo que hay debajo...

* * *

Su dormitorio es el mismo de siempre. No, no es verdad. Sigue siendo el mismo, pero es distinto. Distinto porque ahora están encima de la consola las cosas de Livia: el bolso, las horquillas para el cabello, dos frasquitos. Y encima de la silla del otro lado de la cama hay una blusa y una falda. Y, aunque no las vea, sabe que en algún lugar cercano al lecho hay un par de zapatillas de color rosa. Se conmueve. Se derrite, se reblandece por dentro, se licúa. Desde hace veinte días experimenta esa nueva sensación, que no logra controlar. Cualquier nimiedad basta para llevarlo al borde de la conmoción. Y se avergüenza de esa fragilidad emocional, se irrita y se ve obligado a elaborar complejos mecanismos de defensa para que los demás no se den cuenta. Pero con Livia no, con ella no lo ha conseguido. Y Livia ha decidido ayudarlo, tenderle la mano, aunque lo trata con cierta dureza, pues no quiere brindarle pretextos para que se deje vencer. Sin embargo, todo es inútil porque la amorosa actitud de Livia también lo aboca a una mezcla de emoción y felicidad. Porque se alegra de que ella haya hipotecado sus vacaciones para cuidarlo y sabe que la casa de Marinella también se alegra de su presencia. Desde que está ella y contemplado a la luz del día, es como si su dormitorio hubiera recuperado el color, como si las paredes se hubiesen pintado de un blanco resplandeciente. Puesto que nadie lo mira, se enjuga una lágrima con la punta de la sábana.

* * *

Todo es blanco, y en ese blanco solo el marrón (¿antes era rosa?, ¿cuántos siglos hace de eso?) de su piel desnuda. Blanca la sala donde están haciéndole el electrocardiograma. El médico examina la larga tira de papel y mueve la cabeza con gesto dubitativo. Aterrorizado, Montalbano se imagina que el gráfico que el doctor sostiene es idéntico al que dibujó el sismógrafo durante el terremoto de Mesina de 1908 y que tuvo ocasión de ver reproducido en una revista de historia: un ovillo desesperado e insensato, como trazado por una mano enloquecida por el miedo.

«¡Me han descubierto! —piensa—. ¡Se han dado cuenta de que mi corazón funciona con corriente alterna, a la buena de Dios, y de que he sufrido por lo menos tres infartos!».

Después entra otro médico en la habitación, también con bata blanca. Mira la tira de papel, mira a Montalbano, mira a su compañero.

—Vamos a repetirlo —dice.

A lo mejor no dan crédito a sus ojos, no comprenden cómo un hombre con semejante electrocardiograma puede estar todavía en una cama de hospital, en lugar de sobre una mesa de mármol en un depósito de cadáveres. Estudian la nueva tira, esta vez con las cabezas muy juntas.

—Hagámosle la ecografía cardíaca —deciden, más perplejos que convencidos.

Montalbano querría decirles que, tal como están las cosas, sería mejor que no se molestaran ni en extraerle la bala. Que lo dejen morir en paz. Pero, maldita sea, no ha pensado en hacer testamento. La casa de Marinella, por ejemplo, tiene que ir a parar a Livia, antes de que aparezca cualquier primo de cuarto grado a reclamarla.

** * **

Pues sí, porque desde hace unos años la casa de Marinella es suya. Creía que jamás conseguiría comprarla, pues era demasiado cara y su sueldo no le permitía ahorrar mucho. Pero un día el socio de su padre le escribió diciéndole que estaba dispuesto a liquidar la parte que le correspondía a su padre de la empresa vinícola, una suma considerable. Y de esa manera, no solo tuvo dinero para comprar la casa, sino que le sobró para ingresar cierta cantidad en el banco. Para la vejez. Y por consiguiente debía hacer

testamento, pues sin proponérselo se había convertido en propietario. Sin embargo, cuando salió del hospital no fue al notario. De todos modos, en caso de que finalmente decidiera ir, la casa le correspondería a Livia, eso estaba fuera de duda. A François... a aquel hijo suyo que no era su hijo pero que habría podido serlo, sabía muy bien qué dejarle. Dinero para comprarse un buen coche. Ya veía el rostro indignado de Livia. ¡Pero cómo! ¡Eso es malcriarlo! Sí, señora. A un hijo que no es un hijo pero que habría podido (¿debido?) serlo, hay que malcriarlo mucho más que a un hijo que es un hijo. Un argumento un poco cogido por los pelos, cierto, pero argumento al fin. ¿Y a Catarella? Porque estaba claro que Catarella tendría que figurar en su última voluntad. ¿Qué le legaba a él? Libros por supuesto que no. Trató de recordar una vieja canción de soldados, *El testamento del capitán* o algo así, pero no lo consiguió. ¡El reloj! Ya está, a Catarella le dejaría el reloj de su padre que el socio le había enviado. Así se sentiría como uno de la familia. El reloj, y listo.

* * *

No puede ver el reloj de la sala donde están haciéndole la ecografía cardíaca porque tiene una especie de velo grisáceo delante de los ojos. Los médicos están ocupados contemplando atentamente una especie de televisor; de vez en cuando desplazan un ratón.

Uno de ellos, el que debía operarlo, se llama Strazzera, Amedeo Strazzera. Esta vez del aparato no sale una tirita de papel, sino una serie de fotografías o algo por el estilo. Los dos hombres miran y remiran, y al final suspiran como agotados por una larguísima caminata. Strazzera se acerca a él mientras su compañero se acomoda en una silla, naturalmente blanca, y lo observa muy serio. Después se inclina hacia delante. Montalbano cree que le dirá: «¡Deje de fingir que está vivo! ¡Vergüenza debería darle!».

¿Cómo era aquella poesía?

«El pobre hombre que muerto había / seguía combatiendo y no lo sabía».

Pero el doctor no dice nada y empieza a auscultarlo con el estetoscopio. ¡Como si no lo hubiera hecho veinte veces ya! Al final endereza la espalda, mira a su compañero y pregunta:

—¿Qué hacemos?

—Yo haría que lo examinara Di Bartolo.

¡Di Bartolo! Una leyenda. Montalbano lo había conocido tiempo atrás. Ya era un anciano de setenta y tantos años, enjuto, con una barbita blanca que le confería aspecto de cabra e incapaz de adaptarse a la convivencia civilizada y las buenas maneras. Al parecer, en cierta ocasión le dijo a un tipo con fama de usurero que no podía hacerle nada porque no había conseguido localizarle el corazón. Y otra vez, a uno que estaba tomando un café en el bar y a quien jamás había visto, le soltó de pronto: «¿Sabe usted que está a punto de sufrir un infarto?». Y lo bueno es que al hombre le dio inmediatamente el infarto, tal vez porque acababa de decírselo una lumbrera como Di Bartolo. Pero ¿por qué aquellos dos querían llamarlo si ya no había nada que hacer? Quizá porque deseaban enseñarle al viejo maestro aquel fenómeno que tenían delante, alguien que inexplicablemente seguía viviendo con un corazón que parecía la ciudad de Dresde en 1945.

Mientras tanto, deciden llevarlo de nuevo a su habitación. Cuando abren la puerta, él oye la voz de Livia que lo llama, desesperada:

—¡Salvo! ¡Salvo!

No le apetece contestar. ¡Pobrecilla! Había ido a Vigàta para pasar unos días con él, y se encuentra con esa bonita sorpresa.

—¡Menuda sorpresa! —le había dicho Livia la víspera cuando, a su regreso del hospital de Montelusa para una visita de control, él entró en casa con un gran ramo de rosas. E inmediatamente se echó a llorar.

—¡Vamos, no te pongas así! —la consoló, reprimiéndose también a duras penas.

—¿Y por qué no?

—Jamás lo habías hecho...

—Y tú, ¿cuándo me has regalado un ramo de rosas?

Le apoyó con suavidad la mano en el costado para no alterarla.

* * *

Había olvidado, o cuando lo conoció no reparó en ello, que el profesor Di Bartolo, aparte del aspecto, también tenía voz de cabra.

—Buenos días a todos —bala el doctor entrando con un séquito de médicos rigurosamente enfundados en batas blancas.

—Buenos días —contestan todos menos Montalbano, que hasta la aparición del profesor en el umbral estaba solo en la habitación.

El anciano se acerca a la cama y lo mira con interés.

—Veo con sumo placer que, a pesar de mis colegas, todavía disfruta usted del pleno uso de sus facultades mentales.

Hace un gesto y Strazzera se acerca y le entrega los resultados de las pruebas. El profesor estudia por encima la primera, la arroja sobre la cama, y lo mismo hace con la segunda, la tercera y la cuarta, hasta que la cabeza y el tronco de Montalbano desaparecen bajo los papeles. A continuación, el comisario oye la voz del doctor, a quien no puede ver porque las fotografías de la ecografía cardíaca que le ha lanzado han ido a parar sobre sus ojos.

—¿Puedo saber por qué me han llamado? —El balido suena más bien irritado; es evidente que la cabra está empezando a cabrearse.

—Verá, profesor —dice la vacilante voz de Strazzera—, es que uno de los ayudantes del comisario nos ha revelado que hace unos días sufrió un grave episodio de...

¿De qué? Montalbano no consigue oír a Strazzera. A lo mejor está resumiéndole el capítulo al oído. ¿Capítulo? ¿A qué viene eso de «capítulo»? Esto no es un culebrón. Strazzera ha dicho «episodio». Pero ¿acaso el capítulo de un culebrón no se llama también episodio?

—Incorpórenlo —ordena el profesor.

Le quitan los papeles de encima y lo levantan con cuidado. Un círculo de médicos vestidos de blanco rodea la cama en religioso silencio. Di Bartolo le apoya el estetoscopio sobre el pecho, después lo desplaza unos centímetros, vuelve a desplazarlo y se detiene. Al verle la cara tan de cerca, el comisario se da cuenta de que el profesor hace un constante movimiento con las mandíbulas, como si mascara chicle. Pero enseguida lo comprende: está rumiando. Di Bartolo es una auténtica cabra. Inmóvil, se limita a escuchar. «¿Qué oye de lo que ocurre en el interior de mi corazón?», se pregunta Montalbano. ¿Derrumbamientos de edificios? ¿Grietas que se abren repentinamente? ¿Bramidos subterráneos? Di Bartolo continúa auscultando sin desplazarse ni un milímetro del punto que ha identificado. Pero ¿no le

duele la espalda de tanto permanecer inclinado? El comisario empieza a sudar de miedo y el profesor se incorpora.

—Ya basta.

Vuelven a tender al herido.

—En mi opinión —concluye la lumbrera—, pueden pegarle tres o cuatro tiros más y después extraerle las balas sin anestesia. Con toda seguridad, su corazón lo resistiría.

Y se va sin despedirse de nadie.

Diez minutos después Montalbano está en el quirófano, donde brilla una luz blanca muy intensa. Un individuo le cubre el rostro con una especie de mascarilla que sostiene con la mano.

—Inspire hondo —le dice.

Él obedece. Y ya no se acuerda de nada.

* * *

«¿Cómo es posible —se pregunta— que aún no hayan inventado un spray que, cuando no hay manera de conciliar el sueño, te lo introduzcas en la nariz y aprietes, salga el gas o lo que sea, y te quedes dormido de golpe?».

Sería muy práctico, una anestesia contra el insomnio. Le entran ganas de beber. Se levanta despacio para no despertar a Livia, se dirige a la cocina y se sirve un vaso de agua mineral de una botella abierta. ¿Y ahora? Decide ejercitar un poco el brazo, tal como le ha enseñado una enfermera especializada. Uno, dos, tres y cuatro. Uno, dos, tres y cuatro. El brazo funciona bien, hasta el punto de que puede conducir tranquilamente el coche.

Strazzera ha acertado de lleno. Solo que algunas veces se le duerme, como ocurre con las piernas cuando uno permanece demasiado rato en la misma posición y nota pinchazos. O bien hormigueos. Bebe otro vaso de agua y vuelve a acostarse. Al notar que él se desliza bajo las mantas, Livia emite un murmullo y se da media vuelta.

—Agua —suplica, abriendo los ojos.

Livia llena un vaso y lo ayuda a beber colocándole una mano en la nuca. Después deja el vaso sobre la mesilla de noche y desaparece del campo

visual del comisario, que consigue incorporarse un poco. Livia está ante la ventana, al lado del doctor Strazzera, que le habla en susurros. De pronto Montalbano oye la leve risita de Livia. («¡Pero qué gracioso es usted!»). ¿Por qué se pega tanto a ella el médico? ¿Y por qué Livia no siente el deber de apartarse un poco? «Ahora veréis».

—¡Agua! —grita, enfurecido.

Livia se sobresalta.

—¿Por qué bebe tanto, doctor? —pregunta.

—Seguramente por el efecto de la anestesia —dice Strazzera. Y añade—: De todos modos, Livia, la operación ha sido una tontería. Lo he hecho de tal manera que le quedará una cicatriz prácticamente invisible.

Ella lo mira con una sonrisa de gratitud que enfurece todavía más al comisario. ¡Una cicatriz invisible! O sea que podrá presentarse sin ningún problema al próximo concurso de Mr. Músculo.

A propósito de músculo, o lo que sea. Se desplaza sin hacer ruido hasta pegar el cuerpo a la espalda de Livia. Ella parece notar el contacto, a juzgar por la especie de maullido que emite en sueños.

Montalbano alarga una mano ahuecada y se la coloca sobre un pecho. Livia, como obedeciendo a un reflejo condicionado, apoya su mano sobre la de él. Y la actuación se detiene ahí. Porque él sabe de sobra que si sigue adelante, Livia lo parará en seco. Ya ocurrió la primera noche que regresaron a Marinella.

—No, Salvo, de eso ni hablar. Temo que te duela.

—Vamos, Livia, me han herido en el hombro, no en la...

—No seas vulgar. ¿Es que no lo entiendes? No me sentiría a gusto, tendría miedo de que...

Pero el músculo, o lo que sea, no comprende ese tipo de miedos. Carece de cerebro, no está acostumbrado a la meditación. No atiende a razones. Y allí se queda, hinchado de rabia y deseo.

* * *

Miedo. Temor. Eso experimenta al segundo día de la operación cuando, hacia las nueve de la mañana, la herida empieza a dolerle intensamente. ¿Por qué duele tanto? ¿Se habrían dejado, como ocurría a menudo, un trozo de gasa dentro? Y tal vez no fuera una gasa, sino un bisturí de treinta centímetros. Livia lo nota de inmediato y llama a Strazzera, que acude enseguida, quizá dejando a medias una operación a corazón abierto. Pero las cosas habían llegado a ese punto: en cuanto Livia lo llamaba, Strazzera acudía corriendo. El médico dice que es algo normal, que no hay razón para que se alarme. Y le pone una inyección a Montalbano. Antes de que transcurran diez minutos, suceden dos cosas. La primera es que el dolor comienza a remitir y la segunda, que Livia dice:

—Ha llegado el jefe superior de policía.

Y se retira. Entran en la habitación Bonetti-Alderighi y su jefe de gabinete, el dottor Lattes, que junta las manos en gesto de oración como si se encontrara ante el lecho de un moribundo.

—¿Qué tal va eso, qué tal? —pregunta el jefe superior.

—¿Qué tal va, qué tal? —repite Lattes con entonación de letanía.

Habla el jefe superior, pero Montalbano lo oye solo a ráfagas, como si un fuerte viento le arrebatara las palabras.

—... y por consiguiente, lo he propuesto para una mención solemne.

—Solemne —repite Lattes.

«Parapún chimpún», dice una voz en la cabeza de Montalbano.

Viento.

—A la espera de su reincorporación, el dottor Augello...

«¡Oh, qué bello, oh, qué bello!», dice la consabida voz interior.

Viento.

Ojos de cordero degollado que se cierran inexorablemente.

Le pesan los párpados. A lo mejor logra dormirse así, pegado al cuerpo caliente de Livia. Pero ahí está el latazo de la persiana que sigue quejándose a cada ráfaga de viento.

¿Qué hacer? ¿Abrir la ventana y cerrar mejor la persiana? Ni pensarlo, seguro que Livia se despertaría. Puede que haya algún sistema. No cuesta

nada probarlo. No intentar oponerse al gemido de la persiana, sino secundarlo, incorporarlo al ritmo de la respiración.

—¡Iiiih! —dice la persiana.

—¡Iiiih! —replica él con los labios medio cerrados.

—¡Eeeeh! —dice la persiana.

—¡Eeeeh! —responde él como un eco.

Pero esta vez no ha controlado el volumen de la voz. En un visto y no visto, Livia abre los ojos y se incorpora a medias.

—Salvo, ¿te encuentras mal?

—¿Por qué?

—¡Te estabas quejando!

—Habrá sido en sueños, perdona. Duerme.

¡Maldita ventana!

2

A través de la ventana abierta entra mucho frío. Siempre ocurre lo mismo en los hospitales: te curan la apendicitis y te matan de una pulmonía. Montalbano permanece sentado en un sillón; faltan solo dos días, y después podrá regresar a Marinella. Pero desde las seis de la mañana varios pelotones de mujeres se dedican a limpiarlo todo: corredores, habitaciones, trasteros... a sacar brillo a los cristales de las ventanas, los tiradores de las puertas, las camas y las sillas. Parece como si una oleada de locura limpiadora lo hubiera arrollado todo; se cambian sábanas, fundas de almohada, colchas; el cuarto de baño está tan reluciente que hay que entrar en él con gafas de sol.

—Pero ¿qué pasa aquí? —le pregunta a una enfermera que ha acudido para ayudarlo a acostarse.

—Va a venir un pez gordo.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Oiga, ¿no podría quedarme en el sillón?

—No, no puede.

Al cabo de un rato aparece Strazzera, que sufre una decepción al no encontrar a Livia.

—Es posible que se pase más tarde —lo tranquiliza Montalbano. El «es posible» lo dice solo para fastidiar, para mantener en vilo al médico. Livia le ha asegurado que iría, aunque con cierto retraso—. ¿Quién viene?

—Petrotto. El subsecretario.

—¿Y a qué?

—A felicitarlo.

¡Mierda! ¡Lo que faltaba! El muy honorable abogado Gianfranco Petrotto, el actual subsecretario de Interior, condenado una vez por corrupción y otra por prevaricación, y acusado de un delito prescrito. Excomunista, exsocialista, y ahora elegido triunfalmente por el partido de la mayoría.

—¿No puede administrarme una inyección que me deje inconsciente unas tres horitas? —le suplica a Strazzera.

El médico alza los brazos y se va.

El honorable abogado Gianfranco Petrotto se presenta precedido de una salva de aplausos que retumba por el pasillo. Pero solo permite entrar en la habitación al prefecto, el jefe superior de policía, el director del hospital y un diputado de su séquito.

—¡Los demás que esperen fuera! —ordena levantando la voz.

El subsecretario empieza a abrir y cerrar la boca. Habla. Y habla. Y habla. No sabe que Montalbano se ha taponado las orejas con algodón hidrófilo hasta casi reventárselas. Y no puede oír las chorradas que le está soltando.

Desde hace un buen rato ya no oye el gemido de la persiana. Apenas le da tiempo a mirar el reloj, las cuatro y cuarenta y cinco minutos, cuando finalmente se duerme.

En medio del sueño, a duras penas oyó el teléfono que sonaba y volvía a sonar.

Abrió un ojo y miró el reloj. Se levantó a toda prisa; quería detener los timbrazos antes de que llegaran a lo más profundo del sueño de Livia. Alzó el auricular.

—Dottori, ¿qué he hecho? ¿Lo he despertado?

—Catarè, son las seis de la mañana, en punto.

—Pues mi reloj marca las seis y tres minutos.

—Eso quiere decir que adelanta.

—¿Está seguro, dottori?

—Segurísimo.

—Entonces lo retraso tres minutos, *dottori*. Gracias, *dottori*.

—Faltaría más.

Catarella colgó y Montalbano regresó al dormitorio. Sin embargo, se detuvo a medio camino, soltando maldiciones.

Pero ¿a qué coño venía aquella llamada? ¿Lo había despertado a las tantas de la madrugada solo para ver si el reloj le iba bien? Justo en ese momento el teléfono sonó de nuevo, y fue corriendo y descolgó al primer timbrazo.

—*Dottori*, pido perdón, pero con la cuestión de la hora he olvidado decirle el motivo de mi llamada previa a la presente.

—Dímelo.

—Parece que han secuestrado el ciclomotor de una chica.

—¿Secuestrado o robado?

—Secuestrado, *dottori*.

Montalbano se enfureció, pero estaba obligado a ahogar los gritos que le apetecía soltar.

—¿Y me despiertas a las seis de la mañana para decirme que la Policía Fiscal o los carabineros han secuestrado un ciclomotor? ¡Y a mí qué! ¡Me importa un carajo, con tu permiso!

—*Dottori*, usía no necesita mi permiso para que algo le importe un carajo —respondió con sumo respeto.

—Además, aún no me he reincorporado al servicio. ¡Estoy en plena convalecencia!

—Lo sé, *Dottori*, pero los que han llevado a cabo el secuestro no han sido los de la Fiscal ni los de la Bienamada.

—La Benemérita, Catarè. Dime, ¿quién ha sido entonces?

—Ahí está el busilis, *dottori*. No se sabe, no se conoce. Y precisamente por eso me han dicho que lo *tilifoniara* a usted personalmente en persona.

—Oye, ¿está Fazio?

—No, señor, está en el lugar de los hechos.

—¿Y el *dottor* Augello?

—Él también está en el lugar de los hechos.

—Entonces, ¿quién se ha quedado en la comisaría?

—Yo estoy provisionalmente al cuidado, *dottori*. El señor y *dottor* Augello me ha dicho que hiciera las veces.

¡Virgen santísima! Un riesgo, un peligro que había que atajar cuanto antes. Catarella era capaz de desencadenar un conflicto nuclear a partir de un simple robo. ¿Cómo era posible que Fazio y Augello se hubieran molestado por el vulgar secuestro de un ciclomotor? ¿Y por qué lo habían mandado llamar?

—Mira, haz una cosa, ponte en contacto con Fazio y dile que me telefonee ahora mismo aquí a Marinella.

Colgó.

—¡Esto parece un mercado! —dijo una voz a su espalda.

Montalbano se giró. Era Livia, con los ojos brillantes de rabia. No llevaba la bata, sino la camisa que él había utilizado la víspera. Al verla de aquella manera sintió el impulso de abrazarla, pero se contuvo, pues sabía que de un momento a otro recibiría la llamada de Fazio.

—Livia, te lo ruego, mi trabajo...

—Tu trabajo deberías hacerlo en la comisaría. Y solo cuando estés de servicio.

—Tienes razón. Te lo ruego, vuelve a la cama.

—¡Pero qué cama ni qué cama! ¡Ya me has despertado! Voy a la cocina a preparar café.

Sonó el teléfono.

—Fazio, ¿tienes la bondad de explicarme qué coño está ocurriendo? —preguntó Montalbano levantando la voz; las precauciones ya no eran necesarias, pues Livia no solo se había despertado sino que estaba enfadada.

Y en efecto, ella le gritó desde la cocina:

—No digas palabrotas.

—Pero ¿no se lo ha dicho Catarella?

—Catarella no me ha dicho una puñetera mierda.

—¿Quieres parar, sí o no? —dijo Livia.

—Me ha hablado solo del secuestro de un ciclomotor, un secuestro que no han realizado ni los carabinieri ni la Policía Fiscal. Entonces, ¿qué cojones...

—¡Te he dicho que basta!

—... venís a contarme a mí? ¡Comprobad si ha sido la Guardia Urbana!

—No, *dottore*. El secuestro se refiere en todo caso a la propietaria del ciclomotor.

—No entiendo.

—*Dottore*, han secuestrado a una persona.

¿Una persona secuestrada? ¿En Vigàta?

—Explícame dónde estáis, voy enseguida —dijo sin pensar.

—*Dottore*, es muy complicado llegar aquí. Dentro de una hora como máximo, si le parece bien, estará en su puerta el coche de servicio. Así no tendrá que conducir.

—De acuerdo.

Se dirigió a la cocina. Livia había puesto la cafetera al fuego y estaba extendiendo el mantel sobre la mesa. Al alisarlo se inclinó toda hacia delante, y la camisa del comisario le quedó un poco corta.

Montalbano no pudo reprimirse. Avanzó dos pasos y la abrazó por detrás.

—Pero ¿qué te pasa ahora? —preguntó Livia—. ¡Anda, déjame! ¿Qué pretendes?

—Intenta adivinarlo.

—Pero puede hacerte da...

El café salió. Nadie apagó el fuego. El café borboteó. El fuego permaneció encendido. El café empezó a hervir. Nadie se preocupó. El café rebosó de la cafetera, se derramó y apagó el fuego. El gas continuó saliendo.

—¿No notas olor a gas? —preguntó lánguidamente Livia al cabo de un rato, soltándose del abrazo del comisario.

—No —contestó Montalbano, que tenía el olfato anegado en el perfume de ella.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Livia, y corrió a cerrar el gas.

A Montalbano le quedaban veinte minutos escasos para afeitarse y ducharse. El café, hecho por segunda vez, se lo bebió de un trago porque ya estaban llamando a la puerta. Livia ni siquiera le preguntó adónde iba ni por qué. Había abierto la ventana y permanecía tumbada con los brazos levantados hacia los rayos de sol.

Por el camino, Gallo le contó lo que sabía del asunto. La muchacha secuestrada —pues ya no parecía haber ninguna duda de que se trataba de un secuestro— se llamaba Susanna Mistretta, era muy guapa, acababa de matricularse en la Universidad de Palermo y estaba preparando su primer examen. Vivía con sus padres en un chalet en el campo, a cinco kilómetros del pueblo. Desde hacía aproximadamente un mes, iba todas las tardes a estudiar a casa de una amiga de Vigàta, y después, a eso de las ocho, regresaba en el ciclomotor.

La víspera, tras aguardar su llegada durante una hora, su padre telefoneó a la amiga de su hija, que le dijo que Susanna había salido como siempre a las ocho, minuto más, minuto menos. Entonces el hombre llamó a un chico del que su hija se consideraba novia, que se mostró sorprendido porque se había visto con ella en Vigàta antes de que fuera a casa de su amiga y le había dicho que esa noche no iría al cine con él porque tenía que volver a casa a estudiar.

Al oír eso, el padre empezó a preocuparse de verdad. Ya había llamado varias veces al móvil de su hija, pero estaba apagado. En cierto momento, el teléfono de la casa sonó y él corrió a contestar pensando que sería ella. Pero era su hermano.

—¿Susanna tiene un hermano?

—No, señor, es hija única.

—Entonces ¿el hermano de quién? —preguntó desesperado Montalbano, pues entre lo rápido que conducía Gallo y la carretera llena de baches por la que circulaban, le dolía no solo la cabeza sino también la herida.

El hermano en cuestión era el del padre de la chica secuestrada.

—Pero ¿es que ninguna de esas personas tiene nombre? —inquirió el comisario, exasperado, con la esperanza de que el conocimiento de los nombres le permitiera seguir mejor el relato.

—Por supuesto, cómo no, pero a mí no me lo han dicho —contestó Gallo, y añadió—: El hermano del padre de la secuestrada, que es médico...

—Llámalo el tío médico —sugirió Montalbano.

El tío médico llamaba para interesarse por su cuñada. Es decir, por la madre de la secuestrada.

—¿Y eso por qué? ¿Se encuentra mal?

—Sí, señor *Dottore*, pero que muy mal.

Entonces el padre informó al tío médico de lo ocurrido.

—No, en este caso tienes que decir «a su hermano».

Entonces el padre informó a su hermano de la desaparición de Susanna y le rogó que acudiera al chalet para atender a la enferma, y así él podría dedicarse por entero a la búsqueda de su hija. El médico llegó a la casa pasadas las once, tras resolver los compromisos que tenía pendientes.

El padre cogió el coche y recorrió una y otra vez el camino que solía tomar Susanna. A esas horas y en invierno no se veía ni un alma. En cierto momento se le acercó un ciclomotor. Era el novio de Susanna, que había llamado al chalet y el tío médico le había dicho que aún no tenían noticias. El muchacho le dijo al padre que iba a rastrear toda la carretera de Vigàta para ver si encontraba al menos el ciclomotor. El padre continuó buscando, incluso se paró a escudriñar en el interior de los coches estacionados. Cuando regresó a casa, eran casi las tres de la madrugada, y le sugirió a su hermano que llamara a todos los hospitales de Montelusa y Vigàta. Pero solo obtuvieron respuestas negativas, lo cual los tranquilizó por una parte y por otra los alarmó. Así perdieron otra hora.

Después de un buen rato de dar vueltas por la campiña entraron en un camino de tierra batida. Gallo interrumpió su relato y señaló una casa que había unos cincuenta metros más adelante.

—Ese es el chalet.

Montalbano no tuvo tiempo de verlo porque Gallo giró a la derecha, enfilando otro sendero en pésimo estado.

—¿Adónde vamos?

—Al lugar donde han encontrado el ciclomotor.

Lo había descubierto el novio de Susanna. Tras haber buscado en vano por las calles de Vigàta, regresó al chalet por el camino más largo, y allí, a unos doscientos metros de la casa de la chica, vio el vehículo abandonado y corrió a avisar al padre.

Gallo se detuvo detrás del otro automóvil de servicio. Montalbano bajó y Mimì Augello se acercó a él.

—Esta historia pinta mal, Salvo. Por eso te he molestado.

—¿Dónde está Fazio?

—En el chalet, con el padre. Por si los secuestradores dan señales de vida.

—¿Se puede saber cómo se llama el padre?

—Salvatore Mistretta.

—¿Y a qué se dedica?

—Era geólogo. Ha recorrido medio mundo. Aquí está el ciclomotor.

Apoyado contra el murete construido sin argamasa que rodeaba un huerto, se encontraba el ciclomotor, en perfecto estado, sin abolladuras, con tan solo una leve capa de polvo. Galluzzo estaba inspeccionando el huerto en busca de alguna pista, y lo mismo estaban haciendo Imbrò y Battiato en el sendero.

—¿Y el novio de Susanna...? Por cierto, ¿cómo se llama?

—Francesco Lipari.

—¿Dónde está?

—Lo he enviado a casa. Estaba muerto de cansancio y preocupación.

—Y ese Lipari... ¿No habrá sido él quien cambió de sitio el ciclomotor? A lo mejor lo encontró tirado en medio del camino y...

—No, Salvo. Ha jurado una y mil veces que lo descubrió tal como lo estás viendo ahora.

—Deja a alguien de guardia. Que nadie lo toque. De lo contrario, los de la Científica armarán la gorda. ¿Habéis encontrado algo?

—Nada de nada. Y eso que la chica llevaba una mochila con sus libros y sus cosas: el móvil, un billetero que guardaba siempre en el bolsillo trasero de los vaqueros, las llaves de casa... Nada. Es como si se hubiera cruzado con algún conocido y se hubiera parado a charlar un rato con él.

Pero Montalbano no parecía escucharlo. Mimì se dio cuenta.

—¿Qué ocurre, Salvo?

—No lo sé, pero algo no encaja —murmuró.

Retrocedió unos pasos, como quien se aparta de un objeto para contemplarlo mejor. Augello lo imitó pero solo porque era el comisario.

—Está colocado al revés —dijo al fin Montalbano.

—¿Qué?

—El ciclomotor. Fíjate. Está en dirección a Vigàta.

Mimì movió la cabeza.

—Es cierto. Pero está a la izquierda del sendero es decir, en dirección contraria. Si iba a Vigàta, debería estar apoyado en el muro de enfrente.

—¡A los ciclomotores les importa un carajo ir en dirección contraria! ¡Pero si te los encuentras hasta en el rellano de casa! ¡Hasta por los cojones te pasan estos cacharros! Bueno, dejémoslo. Si la chica venía de Vigàta, el vehículo debería estar en sentido contrario. Y ahora yo me pregunto: ¿por qué está colocado de esta manera?

—Por Dios, Salvo, los motivos pueden ser muchos. Quizá le resultara más cómodo realizar un giro para apoyarlo contra el muro... o tal vez retrocediese unos metros al reconocer a alguien...

—Todo puede ser —lo cortó Montalbano—. Voy al chalet. Cuando hayáis terminado de buscar por aquí, reuníos allí conmigo. Y recuerda dejar a alguien de guardia.

El chalet de dos plantas debía de haber sido muy bonito en otros tiempos, pero ahora mostraba demasiadas señales de desidia y abandono. Y las casas, cuando uno ya no tiene la cabeza para dedicarse a ellas, lo notan y parecen hundirse en una vejez prematura. La sólida verja de hierro forjado estaba entornada.

El comisario entró en un espacioso salón decorado con oscuros y macizos muebles dieciochescos que a primera vista le pareció un museo, de tan lleno como estaba de estatuillas de antiguas civilizaciones precolombinas y máscaras africanas. Recuerdos de viajes del geólogo Salvatore Mistretta. En un rincón había dos sillones y una mesita con el teléfono y un televisor. Fazio y un hombre que debía de ser Mistretta estaban sentados en los sillones sin apartar los ojos del teléfono. Al ver entrar a Montalbano, el hombre miró a Fazio con expresión inquisitiva.

—Es el señor comisario Montalbano. Este es el señor Mistretta.

El hombre se le acercó con la mano tendida y Montalbano se la estrechó en silencio. El geólogo era un sexagenario de rostro tan cocido como el de las estatuillas precolombinas, hombros encorvados, pelo blanco y desgredado y unos ojos claros que vagaban de un extremo a otro de la estancia como los de un drogadicto. Era evidente que la tensión interior lo estaba devorando.

—¿Ninguna noticia? —preguntó Montalbano.

El geólogo abrió los brazos con gesto desolado.

—Quisiera hablar con usted. ¿Podríamos salir al jardín?

De pronto, sin saber por qué, el comisario sintió que le faltaba el aire. Aquel salón le resultaba tétrico; no penetraba la luz a pesar de las dos grandes cristaleras. Mistretta titubeó y se dirigió a Fazio.

—Si por casualidad oye sonar la campanilla de arriba... ¿sería tan amable de avisarme?

—Faltaría más —contestó Fazio.

El jardín que rodeaba la casa ofrecía un aspecto de abandono; era como un campo de plantas silvestres marchitas.

—Por aquí.

Guio al comisario hasta un semicírculo de bancos de madera situado en una especie de oasis verde bien cuidado y ordenado.

—Aquí es donde Susanna viene a estu... —No logró acabar, se derrumbó sobre un banco.

El comisario se sentó a su lado y sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

¿Qué le había recomendado el doctor Strazzera? «Procure abandonar el tabaco, si puede». Pero ahora no podía.

—Lo había dejado, pero en estas circunstancias... —dijo Mistretta.

¿Lo ve, mi querido doctor Strazzera, como algunas veces no se puede prescindir de eso?

El comisario le alargó un cigarrillo y se lo encendió. Fumaron unos momentos en silencio y después Montalbano preguntó:

—¿Su mujer se encuentra mal?

—Se está muriendo.

—¿Se ha enterado de lo ocurrido?

—No. Está bajo los efectos de sedantes y somníferos. Mi hermano Carlo, que es médico, ha pasado la noche con ella. Se ha ido hace un rato. Pero...

—¿Pero?

—Incluso en ese estado de sueño inducido, mi mujer sigue llamando a Susanna como si presintiera que algo...

El comisario notó que empezaba a sudar. ¿Cómo abordar el tema del secuestro de su hija con un hombre cuya mujer se estaba muriendo? Quizá debería adoptar un tono burocrático-oficial, ese tono que, por su propia naturaleza, suele prescindir de cualquier rasgo de humanidad.

—Señor Mistretta, debo informar del secuestro a las autoridades competentes: el juez, el jefe superior de policía, mis compañeros de Montelusa... Y téngalo por seguro, la noticia llegará a oídos de algún periodista que se presentará aquí de inmediato con la inevitable cámara de televisión... Si no lo he hecho antes es porque quería estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que se trataba de un secuestro.

3

El geólogo lo miró sorprendido.

—¿Y de qué otra cosa podría tratarse?

—Quiero advertirle de antemano que me veo obligado a hacer algunas suposiciones desagradables.

—Lo comprendo.

—Una pregunta. ¿Su mujer necesita muchos cuidados?

—Constantes, día y noche.

—¿Quién la atiende?

—Nos turnamos Susanna y yo.

—¿Desde cuándo se encuentra en estas condiciones?

—Su estado se agravó hace unos seis meses.

—¿No sería posible que Susanna, al ver a su madre en semejante estado, agotada por las noches en blanco y los estudios, hubiera huido voluntariamente de una situación que ya no podía resistir?

La respuesta fue inmediata.

—Lo descarto. Susanna es fuerte y abnegada. Ella no me haría una cosa así. Además, ¿adónde iba a ir?

—¿Llevaba dinero?

—Treinta euros como máximo.

—¿No tiene familiares o amigos con los que se relacione?

—Solo visitaba la casa de mi hermano, pero muy de tarde en tarde. Y también se veía con ese chico que me ha ayudado en la búsqueda. Iban juntos al cine o a la pizzería. Pero no tenía confianza con otras personas.

—¿Y la amiga con la que estudiaba?

—Es solo una compañera de la universidad, creo.

Estaban entrando en terreno difícil y había que formular las preguntas con mucha cautela para no hurgar en la herida. Montalbano respiró a fondo el aire matinal, que, a pesar de todo, era dulce y perfumado.

—Oiga, el amigo de su hija... ¿cómo se llama?

—Francesco. Francesco Lipari.

—¿Susanna se llevaba bien con él?

—En líneas generales sí.

—¿Qué quiere decir con «en líneas generales»?

—Que a veces la oía discutir por teléfono... pero eran bobadas, cosas de jóvenes enamorados.

—¿No podría ser que Susanna hubiese conocido a alguien que la hubiera engatusado y convencido de que...?

—¿... se fuera con él? Comisario, Susanna siempre ha sido una muchacha leal. Si hubiera iniciado una relación con otro, se lo habría dicho a Francesco y lo habría dejado.

—O sea que usted está convencido de que se trata de un secuestro.

—Por desgracia, sí.

Fazio se asomó a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el geólogo.

—He oído sonar la campanilla de arriba.

Mistretta se levantó presuroso y Montalbano lo siguió con semblante pensativo. Entró en el salón y se sentó en la butaca, delante del teléfono.

—Pobre hombre —dijo Fazio—. ¡Me da una pena tremenda!

—¿No te parece raro que los secuestradores no hayan llamado? Son casi las diez.

—No soy muy experto en secuestros.

—Ni yo. Y tampoco Mimì.

¿Qué suele decirse en esos casos? «Hablando del rey de Roma...». Justo en ese momento entró Mimì Augello.

—No hemos encontrado nada. Y ahora ¿qué hacemos?

—Comunica la noticia del secuestro a todos a quienes haya que comunicársela. Dame la dirección del novio de Susanna y los datos de la chica con la que estudiaba.

—¿Y tú? —preguntó Mimì mientras anotaba en un papel lo que le había indicado el comisario.

—En cuanto baje el señor Mistretta, me despediré de él e iré al despacho.

—Pero ¿no estabas convaleciente? Te he pedido que vinieras solo para que echaras un vistazo, no...

—¿Y tú tienes el valor de dejar la comisaría en manos de Catarella?

Se produjo un embarazoso silencio.

—Si los secuestradores dan señales de vida pronto, como espero y deseo, avísame enseguida —dijo con tono tajante el comisario.

—¿Por qué desea que los secuestradores den señales de vida? —preguntó Fazio.

Antes de contestar, Montalbano leyó el papel que le había entregado Augello y lo guardó en el bolsillo.

—Porque así estaremos seguros de que el secuestro se ha llevado a cabo con ánimo de lucro. Hablemos claro. Una chica como Susanna solo puede haber sido raptada por dos motivos: por dinero o para ser violada. Gallo me ha dicho que es una muchacha muy guapa. En el segundo caso, las probabilidades de que la hayan matado después de la violación son muy altas.

Hielo. En el silencio se oyeron las pisadas del geólogo, que regresaba arrastrando los pies. Al ver a Augello preguntó:

—¿Han encontrado algún...?

Mimì negó con la cabeza.

Mistretta experimentó un acceso de vértigo y Mimì se apresuró a sujetarlo.

—Pero ¿por qué lo han hecho? ¿Por qué? —dijo, ocultando el rostro entre las manos.

—¿Que por qué? —replicó Augello, creyendo consolarlo con sus palabras—. Ya verá cómo le pedirán un rescate. Es muy probable que el juez le permita pagar y...

—¿Y con qué pago? —gritó el hombre, desesperado—. ¿Acaso no sabe todo el mundo que vivimos de mi pensión y que lo único que poseemos es esta casa?

Montalbano, que se encontraba muy cerca de Fazio, lo oyó susurrar:

—¡Virgen santa! Entonces...

* * *

Ordenó a Gallo que lo dejara ante la casa de la compañera de Susanna, que se llamaba Tina Lofaro. La muchacha vivía en la calle principal del pueblo, en un edificio de tres pisos un tanto vetusto, como todos los del centro. El comisario estaba a punto de llamar al timbre del portero electrónico cuando se abrió la puerta y salió una mujer cincuentona con un carrito de la compra.

—No cierre, señora —dijo él.

La mujer sujetó la puerta con el brazo, debatiéndose entre la amabilidad y la prudencia; sin embargo, tras haber examinado de arriba abajo a Montalbano, accedió a su petición y se alejó. El comisario entró y cerró la puerta a su espalda. No había ascensor. Miró en los buzones y vio que la vivienda de los señores Lofaro correspondía al número seis, lo cual significaba que, habida cuenta de que en cada planta había dos apartamentos, tendría que subir tres pisos. No había anunciado previamente su visita, pues sabía por experiencia que la repentina aparición de un representante de la ley genera, en el mejor de los casos, cierto malestar incluso en las personas más honradas, las cuales se preguntan: «Pero ¿qué he hecho yo de malo?». Porque las personas honradas piensan siempre que han hecho algo malo, tal vez sin darse cuenta. Mientras que las que no lo son creen que han actuado siempre con honradez. Por consiguiente, tanto los honrados como los que no lo son experimentan cierta inquietud, lo que sirve para descubrir grietas en la coraza defensiva de todos ellos.

De modo que cuando llamó al timbre, confió en que fuese Tina quien abriera. Pillada desprevenida, la muchacha revelaría con toda certeza si Susanna le había confiado algún secretillo que resultara útil para las investigaciones. Abrió la puerta una joven de veintitantos años, feúcha y baja, regordeta y con gafas de gruesos cristales. Sin duda era Tina. Y el factor sorpresa funcionó. Pero al revés.

—Soy el comisario Mon...

—... talbano, ¡seguro! —dijo la joven con una sonrisa que le rasgó el rostro de oreja a oreja—. ¡Madre mía, qué maravilla! ¡Jamás habría imaginado que algún día lo conocería! ¡Qué increíble! ¡Estoy sudando de emoción! ¡Qué alegría!

Montalbano parecía haberse convertido en una marioneta sin hilos. No podía moverse. En su confusión constató un fenómeno: la joven había empezado a emitir un vapor acuoso que la envolvía por todas partes. Tina se estaba derritiendo como un trozo de mantequilla expuesto al sol estival. Después la chica le tendió una sudorosa mano, lo agarró por la muñeca, tiró de él y cerró la puerta. A continuación permaneció extática y muda ante él, con el rostro rojo como una sandía madura, las manos unidas en actitud de oración y los ojos brillantes. Por un momento el comisario se sintió la virgen de Pompeya.

—Quisiera... —se aventuró a decir.

—¡Por supuesto! ¡Disculpe! ¡Venga conmigo! —dijo Tina despertando del éxtasis y lo precedió hacia el consabido salón—. ¡Cuando lo he visto en la puerta, en carne y hueso... por poco me desmayo! ¿Cómo está? ¿Ya se ha recuperado? ¡Qué increíble! Lo veo siempre que sale en la televisión. ¿Sabe?, soy una gran aficionada a la novela negra, pero usted, comisario, es mucho mejor que Maigret, que Poirot, que... ¿Un café?

—¿Quién? —preguntó Montalbano, aturdido. Como la joven hablaba sin interrupción, había oído «Tucafé», quizá un personaje creado por algún escritor sudamericano que él no conocía.

—¿Le apetece un café?

Puede que lo necesitara.

—Sí, si no es molestia...

—¡Pero qué dice! Mamá ha salido hace un momento a comprar y la asistente no viene hoy, pero se lo preparo yo en un santiamén.

Desapareció. ¿Estaban solos? El comisario se preocupó. Aquella chica parecía capaz de cualquier cosa. Oyó un ruido de tacitas y una especie de murmullo proveniente de la cocina. ¿Con quién charlaba si había dicho que no había nadie en casa? ¿Hablaban sola? Se levantó y se dirigió despacio a la cocina, la segunda puerta a la izquierda. Tina hablaba en voz baja por el móvil.

—¡Te digo que está aquí, en mi casa! ¡No, no es broma! ¡Se ha presentado de repente! Si llegas antes de diez minutos, seguro que todavía lo encuentras. Ah, Sandra, avisa a Manuela, que también querrá venir. Ah, y trae la cámara. Nos haremos una foto con él.

Montalbano volvió sobre sus pasos. ¡Lo que faltaba! ¡Tres veinteañeras asaltándolo como a una estrella de *rock*! Decidió librarse de Tina en menos de diez minutos. Se bebió el café quemándose los labios y empezó con las preguntas. Pero como el efecto sorpresa no había resultado en el sentido que él esperaba, apenas obtuvo nada de aquella conversación.

—Amigas, lo que se dice amigas, yo diría que no. Nos conocimos en la universidad, y cuando descubrimos que las dos vivíamos en Vigàta, decidimos preparar juntas el primer examen, así que desde hace un mes o algo más ella venía a casa de cinco a ocho de la tarde.

»Sí, creo que quiere mucho a Francesco.

»No, no me ha hablado de nadie más.

»No, ni siquiera de chicos que la cortejaron.

»Susanna es generosa, leal, pero no puede decirse que sea una persona extrovertida. Tiende a guardárselo todo dentro.

»No, anoche se fue como de costumbre. Y quedamos para hoy a las cinco.

»En los últimos tiempos estaba como siempre. La salud de su madre era una preocupación constante para ella. A eso de las siete hacíamos una pausa en el estudio y ella aprovechaba para llamar a casa y preguntar cómo se encontraba su madre. Sí, ayer también lo hizo.

»Comisario, yo no creo que se trate de un secuestro. En ese aspecto estoy bastante tranquila. ¡Oh, Dios mío, qué bonito, ser interrogada por usted! ¿Quiere saber mi opinión? ¡Virgen santa, qué alegría! ¡El comisario Montalbano quiere conocer mi opinión! Pues mire, creo que Susanna se ha ido por su propia voluntad y que regresará dentro de unos días. Ha decidido tomarse un descanso, ya no resistía ver cómo su madre se apagaba día tras día y noche tras noche.

»¡Cómo! ¿Ya se va? ¿No me pregunta nada más? ¿No puede esperar cinco minutos para hacernos una foto juntos? ¿No me citará en la comisaría? ¿No?

En cuanto vio que Montalbano se levantaba, Tina brincó de su butaca e hizo un movimiento que él interpretó erróneamente como un principio de danza del vientre. Se asustó.

—La citaré, la citaré —dijo, dándose prisa hacia la salida.

Cuando vio aparecer al comisario, Catarella por poco se desmaya.

—¡Virgen santa, qué alegría! ¡Virgen santa, qué contento estoy de verlo nuevamente de nuevo por aquí, *dottori*!

Montalbano acababa de entrar en su despacho cuando la puerta golpeó estrepitosamente contra la pared. Como ya había perdido la costumbre, se asustó.

—¿Qué pasa?

Catarella jadeaba en el umbral.

—Nada, *dottori*. Se me ha ido la mano.

—¿Qué quieres?

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡La felicidad de su llegada me lo ha quitado de la cabeza! Pasa que el señor jefe superior lo buscaba con urgencia urgentísima.

—Muy bien, llámalo y pásamelo.

Catarella lo hizo.

—¿Montalbano? Antes que nada, ¿cómo está?

—Bastante bien, gracias.

—Me he tomado la libertad de llamarlo a su casa, pero su... la señora me ha dicho... y entonces...

—Dígame, señor jefe superior.

—Me he enterado del secuestro. Una historia muy fea, ¿no le parece?

—Feísima.

Los superlativos con el jefe superior siempre daban resultado. Pero ¿a qué venía aquella llamada?

—Verá... lo llamo para que se reincorpore al servicio, momentáneamente se entiende, y siempre que usted esté en condiciones de... Tarde o temprano, el *dottor* Augello habrá de coordinar las investigaciones *in situ* y no tengo a nadie que pueda sustituirlo en Vigàta. ¿Me comprende?

—Por supuesto.

—Muy bien. Le comunico oficialmente que el *dottor* Minutolo se encargará de las investigaciones, ya que, siendo calabrés...

Pero ¿qué estaba diciendo? Minutolo era de Ali, en la provincia de Mesina.

—... siendo calabrés, es experto en secuestros.

Por lo tanto, siguiendo rigurosamente la lógica del jefe superior Bonetti-Alderighi, bastaba con que uno fuera chino para ser experto en fiebre amarilla.

—Le ruego que no interfiera, como tiene por costumbre, en el trabajo ajeno —prosiguió—. Límitese a ejercer una acción de apoyo o, como máximo, desarrolle de modo independiente alguna línea de investigación lateral que no lo canse demasiado y que pueda confluir con la principal del *dottor* Minutolo.

—¿Puede ofrecerme algún ejemplo práctico?

—¿De qué?

—De cómo puedo confluir con el *dottor* Minutolo.

Se divertía haciéndose el imbécil con el jefe superior, pero lo malo era que este lo creía de veras un imbécil total. Bonetti-Alderighi lanzó un suspiro tan profundo que Montalbano lo oyó. Tal vez fuera mejor no insistir con el jueguito.

—Disculpe, disculpe, creo que lo he comprendido. Si la investigación principal la lleva adelante el *dottor* Minutolo, él sería algo así como el río Po y yo su afluente, el Dora Riparia o el Dora Baltea, da igual. ¿Correcto?

—Correcto —contestó con tono cansino el jefe superior, y colgó.

Lo único positivo de la llamada era que la investigación se había encomendado a Filippo Minutolo, llamado Fifi, una persona inteligente con la que se podía razonar.

Telefoneó a Livia para decirle que lo habían incorporado de nuevo al servicio, aunque solo para desempeñar el papel del río Dora Riparia (o Baltea). Pero no contestó. Seguramente había ido a dar una vuelta en coche por el valle de los templos o al museo, como hacía siempre que estaba en Vigàta. La llamó al móvil. Nada. Estaba apagado. Más concretamente, el contestador le dijo que el abonado en cuestión no podía atenderlo en ese momento. Y aconsejaba volver a probar al cabo de un rato. Pero ¿cómo conseguir que te atendiera alguien que no podía hacerlo? ¿Solo probando y volviendo a probar al cabo de un rato? Por regla general, los teléfonos daban respuestas absurdas. Decían, por ejemplo, que tal número no existía. Pero ¿cómo se atrevían a hacer semejante afirmación? Todos los números que a uno se le ocurran existen. Si fallara un número, uno solo, en la secuencia

infinita de los números, todo el mundo se hundiría en el caos. ¿Eran conscientes de eso los de los teléfonos?

En cualquier caso, a esas horas era inútil pensar en ir a comer a Marinella. Ni en la nevera ni en el horno encontraría nada. Adelina, la asistente, advertida de la presencia de Livia, no volvería a dar señales de vida hasta asegurarse de que se había ido; las dos mujeres no se caían demasiado bien.

Se disponía a levantarse para ir a la *trattoria* Da Enzo, cuando Catarella le anunció que estaba al teléfono el *dottori* Minutolo.

—¿Alguna novedad, Fifi?

—Nada, Salvo. Te llamo a propósito de Fazio.

—Dime.

—¿Puedes prestármelo? Verás, es que el jefe superior no me ha asignado a nadie para esta investigación, solo técnicos, que se han limitado a pinchar el teléfono y se han ido. Ha dicho que yo basto.

—Porque eres calabrés y, por consiguiente, experto en secuestros; así me lo ha explicado el señor jefe superior.

Minutolo murmuró algo que desde luego no sonó a entusiasta alabanza de su jefe.

—Bueno, ¿qué? ¿Me lo prestas al menos esta tarde?

—Si antes no se derrumba. Oye, ¿no te parece raro que los secuestradores aún no hayan dado señales de vida?

—No, en absoluto. En Cerdeña hubo un caso en que tardaron una semana en enviar un mensaje, y en otra ocasión...

—¿Ves como eres un experto? El jefe superior tiene razón.

—¡Anda ya! ¡Que os den por el culo a los dos!

* * *

Montalbano aprovechó indignamente su día libre y la imposibilidad de localizar a Livia.

—¡Bienvenido, *dottore*! ¡Llega justo el día apropiado! —dijo Enzo.

Con carácter excepcional, Enzo había preparado el cuscús con ocho variedades de pescado, aunque solo para los clientes que le caían bien, entre los cuales, cómo no, se encontraba el comisario. Este, en cuanto tuvo el plato

delante y aspiró sus efluvios, experimentó un súbito arrebató de emoción. Enzo lo advirtió, pero, por suerte, lo interpretó de manera errónea.

—¡Le brillan los ojos, comisario! ¿No tendrá unas décimas de fiebre?

—Sí —mintió sin tapujos.

Se zampó dos raciones. Después tuvo la caradura de decir que no le irían mal unos salmonetes. Más tarde, el paseo hasta el faro fue una necesidad digestiva.

De vuelta en la comisaría, llamó a Livia, y el móvil repitió una vez más que el abonado no podía atenderlo. Paciencia.

Se presentó Galluzzo para informarle de unos hechos relacionados con el robo de un supermercado.

—Perdona, pero ¿no está el *dottor* Augello?

—Sí, *Dottore*, está por ahí.

—Pues entonces ve por ahí y le cuentas la historia a él antes de que empiece a estar *in situ*, como dice el señor jefe superior.

* * *

No podía ocultarlo. La desaparición de Susanna estaba empezando a preocuparlo en serio. Su verdadero temor era que la muchacha hubiera sido secuestrada por un maníaco sexual. Y puede que fuese acertado aconsejar a Minutolo que comenzara de inmediato las investigaciones, en lugar de esperar una llamada que probablemente jamás se recibiría.

Sacó del bolsillo la hojita de papel que le había escrito Augello y marcó el número del novio de Susanna.

—¿Oiga? ¿Casa de los Lipari? Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con Francesco.

—¡Ah, es usted! Soy yo, comisario. —Su voz reflejaba cierta decepción. Era evidente que esperaba que la llamada fuera de Susanna.

—¿Podría pasarse por aquí? —preguntó Montalbano.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo si quiere.

—¿Hay alguna novedad? —La decepción se trocó en inquietud.

—Ninguna, pero quisiera hablar con usted.

—Voy enseguida.

4

En efecto, se presentó antes de que hubieran transcurrido diez minutos.

—Es que con el ciclomotor se va muy rápido, ¿sabe?

Era un chico muy guapo, alto, elegante, de mirada clara y sincera. Pero se notaba que la preocupación lo reconcomía. Se sentó en el borde de la silla con los nervios a flor de piel.

—¿Ya lo ha interrogado mi compañero Minutolo?

—No, nadie me ha interrogado. He llamado a última hora de la mañana al padre de Susanna para saber si... pero por desgracia todavía... —Miró a los ojos al comisario—. Este silencio me induce a pensar lo peor.

—¿Como qué?

—Que la haya secuestrado alguien para abusar de ella. Y en ese caso, o está todavía en su poder o ya la ha...

—¿Por qué piensa tal cosa?

—Comisario, aquí todo el mundo sabe que el padre de Susanna no tiene un céntimo. Antes era rico, pero tuvo que venderlo todo.

—¿Por qué razón? ¿Le fueron mal los negocios?

—Desconozco el motivo, pero desde luego no se dedicaba a los negocios, aunque le pagaban muy bien por su trabajo y había ahorrado mucho dinero. Además, creo que la madre de Susanna también había heredado... La verdad es que no lo sé.

—Siga.

—Como le decía, ¿usted se imagina a unos secuestradores que no estén al corriente de la situación económica de la víctima? ¿Que se hayan equivocado? ¡Esos tipos saben más de esas cosas que los inspectores de Hacienda!

El argumento tenía su lógica.

—Además, hay otra cosa —añadió el muchacho—. Unas cuatro o cinco veces fui a esperar a Susanna delante de la casa de Tina. Cuando ella salía, nos dirigíamos a su casa con nuestros ciclomotores. De vez en cuando nos deteníamos y después reanudábamos la marcha. Al llegar a la verja, yo me despedía de ella y me iba. Siempre hacíamos la misma ruta, la más directa, la que Susanna seguía siempre. Anoche, en cambio, tomó otro camino más solitario, escasamente iluminado e impracticable en algunos tramos, más apropiado para un todoterreno que para un ciclomotor. Además, es mucho más largo. Ignoro por qué lo eligió ayer, pero desde luego es ideal para un secuestro. No sé, puede que se tratara de un terrible encuentro casual.

Le funcionaba muy bien la cabeza al chico.

—¿Cuántos años tiene usted, Francesco?

—Veintitrés. Trátame de tú, si quiere. Podría ser mi padre.

Montalbano sintió una punzada y pensó que, a esas alturas de su vida, jamás podría convertirse en padre de un muchacho como aquel.

—¿Estudios?

—Sí, Derecho. El año que viene obtendré la licenciatura.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó solo para aliviar la tensión.

—Lo que hace usted.

Creyó no haberlo entendido bien.

—¿Quieres ingresar en la policía?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

—Enhorabuena. Oye, volviendo a tu hipótesis de un violador... solo una hipótesis, que conste...

—En la cual sin duda usted también ha pensado.

—Cierto. ¿Te dijo alguna vez Susanna si había recibido proposiciones deshonestas, llamadas obscenas o cosas por el estilo?

—Ella es muy reservada. Le echaban piropos, eso sí. Dondequiera que fuese. Es una chica muy guapa. Algunas veces me los contaba y nos reíamos. Pero si le hubieran ocurrido cosas que pudiesen preocuparla, me lo habría dicho.

—Su amiga Tina cree que se ha ido voluntariamente.

Francesco lo miró boquiabierto.

—¿Por qué?

—Un derrumbamiento repentino. El dolor, la tensión por la enfermedad de su madre, el cansancio físico de tener que cuidarla, los estudios. ¿Susanna es una muchacha frágil?

—¿Eso piensa Tina? ¡Está claro que no la conoce! Sin duda Susanna acabará por derrumbarse, pero eso no sucederá hasta que haya muerto su madre. Hasta ese momento permanecerá junto a su cabecera. Cuando se le mete algo en la cabeza, su determinación no conoce límites. ¿Frágil? ¡Y un cuerno! No, créame, esa hipótesis es absurda.

—Por cierto, ¿qué tiene la madre de Susanna?

—Comisario, sinceramente no entiendo su dolencia. Hace quince días, Carlo, el tío médico de Susanna, fue a visitarla con dos especialistas, uno de Roma y otro de Milán, que se llevaron las manos a la cabeza. Susanna me dijo que su madre se estaba muriendo de una enfermedad incurable: el rechazo a la vida. Una especie de depresión mortal. Y cuando le pregunté el motivo de esa depresión, porque yo creo que siempre hay un motivo, me contestó con evasivas.

Montalbano volvió a centrar la conversación en la muchacha.

—¿Cómo conociste a Susanna?

—Por casualidad, en un bar. Estaba con una chica con quien yo había salido.

—¿Cuándo fue?

—Hace seis meses.

—¿Y os caísteis bien enseguida?

Francesco esbozó una sonrisa cansada.

—¿Caer bien? Fue un flechazo.

—¿Lo hacíais?

—¿Qué?

—El amor.

—Sí.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Vives solo?

—Con mi padre. Pero viaja mucho al extranjero. Es un mayorista de madera. En estos momentos se encuentra en Rusia.

—¿Y tu madre?

—Están divorciados. Mi madre volvió a casarse y vive en Siracusa. —
Abrió y cerró la boca como si quisiera añadir algo más.

—Sigue —lo animó Montalbano.

—Pero no... —titubeó. Era evidente que lo molestaba hablar de un tema tan personal.

—Cuando ingreses en la policía, tú también te verás obligado a hacer preguntas indiscretas.

—Lo sé. Quería decir que no lo hacíamos muy a menudo.

—¿Ella no lo deseaba?

—No exactamente, pero siempre era yo el que le pedía que fuese a mi casa. Cada vez la notaba más... no sé, como distante, ausente. Estaba conmigo solo para complacerme. Comprendí que la enfermedad de su madre la condicionaba. Y me avergonzaba de mí mismo por pretender que... Solo ayer por la tarde... —Se interrumpió y puso una cara un tanto perpleja—. Qué extraño —murmuró.

El comisario plantó las orejas.

—Solo ayer por la tarde... —lo apremió.

—Ayer fue ella quien me preguntó si íbamos a mi casa. Y yo le contesté que sí. Disponíamos de poco tiempo, pues ella había pasado por el banco y después tenía que ir a estudiar a casa de Tina. —Aún estaba confuso.

—Quizá quiso recompensarte por la paciencia que habías mostrado con ella —dijo Montalbano.

—Puede que tenga usted razón. Porque se entregó por primera vez. Por entero. A mí. ¿Me entiende?

—Sí. Perdona, has dicho que antes de reunirse contigo había pasado por el banco. ¿Sabes a qué fue?

—Tenía que sacar dinero.

—¿Y lo hizo?

—Sí, claro.

—¿Sabes cuánto sacó?

—No.

Entonces, ¿por qué el padre de Susanna le había dicho que su hija llevaba en el bolsillo treinta euros como máximo? ¿Tal vez ignoraba lo del banco? Se levantó, y el joven lo imitó.

—Muy bien, Francesco, ya puedes irte. Ha sido un placer conocerte. Si te necesito, te llamaré.

Le tendió la mano y el muchacho se la estrechó.

—¿Me permite hacerle una pregunta? —dijo el joven.

—Por supuesto.

—¿Por qué cree usted que el ciclomotor de Susanna estaba colocado de aquella manera?

Francesco Lipari se convertiría en un buen policía, no cabía duda.

Montalbano llamó a Marinella. Livia acababa de regresar a casa y estaba contenta.

—He descubierto un sitio maravilloso, ¿sabes? —dijo—. Se llama Kolymbetra. ¡Imagínate, antes era una piscina gigantesca que había sido excavada por los prisioneros cartagineses!

—¿Dónde está?

—Allí mismo, en los templos. Ahora es una especie de enorme Jardín del Edén. Acaban de inaugurarlos.

—¿Has comido?

—No. Me compré un bocadillo en Kolymbetra. ¿Y tú?

—Yo también he tomado solo un bocadillo.

La trola le salió espontánea. ¿Por qué no le decía que se había atiborrado de cuscús y salmonetes, transgrediendo aquella especie de dieta que ella lo obligaba a seguir? ¿Por qué? Tal vez por una mezcla de vergüenza, cobardía y deseo de no provocar discusiones.

—¡Pobrecito! ¿Volverás tarde?

—No creo.

—De todos modos, ahora mismo preparo algo.

He ahí el inmediato castigo por la mentira: ahora lo pagaría comiéndose la cena preparada por Livia, que no es que cocinara muy mal, pero más bien

tendía a lo insípido, poco aliñado y ligerito, a lo noto y no lo noto. Más que cocinar, lo de Livia era una insinuación culinaria.

Decidió acercarse al chalet de los Mistretta para ver cómo iba todo. Cuando llegó a las inmediaciones, advirtió que había demasiado tráfico. En efecto, delante de la casa había unos diez automóviles estacionados, y seis o siete personas que se apretujaban delante de la verja con cámaras de televisión al hombro para enfocar el sendero particular y el jardín. Montalbano subió el cristal de la ventanilla y siguió adelante haciendo sonar el claxon hasta casi chocar contra la verja.

—¡Comisario! ¡Comisario Montalbano! —lo llamaron unas voces amortiguadas.

Un fotógrafo cabrón lo cegó con una ráfaga de *flashes*. Por suerte, el agente de Montelusa que estaba de guardia lo reconoció, le abrió y pudo entrar con el coche.

En el salón encontró a Fazio sentado en el sillón de costumbre, con el rostro amarillento y unas profundas ojeras que revelaban cansancio. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo. El teléfono estaba conectado a varios artilugios, una grabadora y unos auriculares. Un agente que no era de la comisaría de Vigàta hojeaba una revista junto a la ventana. Justo en ese momento sonó el teléfono. Fazio se sobresaltó, se ajustó los auriculares en un santiamén, puso en marcha la grabadora y descolgó.

—¿Dígame?... No, el señor Mistretta no está en casa... No, no insista. — Colgó, y al ver al comisario se quitó los auriculares y se levantó—. ¡Ah, *dottore*! ¡Hace tres horas que el teléfono no para de sonar! ¡Tengo la cabeza a punto de estallar! No sé cómo ha ocurrido, pero toda Italia se ha enterado de la desaparición y llaman para entrevistar al pobre padre.

—¿Dónde está el *dottor* Minutolo?

—Ha ido a Montelusa a coger algo de ropa. Esta noche quiere dormir aquí.

—¿Y Mistretta?

—Acaba de subir a ver a su mujer. Se ha despertado hace una hora.

—¿Ha conseguido dormir algo?

—Muy poco, y porque lo han obligado. Al mediodía se ha presentado su hermano el médico con una enfermera que pasará la noche con la paciente. El

médico ha insistido en inyectarle un calmante al señor Mistretta y ha habido una especie de discusión entre ambos hermanos.

—¿No quería que le pusiera la inyección?

—Pues no. Pero antes de eso el señor Mistretta ya se había molestado al ver a la enfermera. Le dijo a su hermano que no tenía dinero para pagarla, y el otro le contestó que ya se encargaría él de eso. Entonces el señor Mistretta se echó a llorar. Decía que había llegado al extremo de tener que pedir limosna... Pobrecillo, ¡me da pena!

—Oye, Fazio, con pena o sin ella, esta noche desconectas de todo y te vas a casa a descansar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo. Aquí está el señor Mistretta.

El sueño no parecía haberle beneficiado mucho. El hombre caminaba dando tumbos, con unas rodillas como de requesón, y le temblaban las manos. Al ver a Montalbano se alarmó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—Nada, se lo aseguro. No se altere. Pero ya que estoy aquí, quisiera hacerle una pregunta. ¿Se siente con ánimos para contestar?

—Lo intentaré.

—Gracias. ¿Recuerda que esta mañana me dijo que Susanna llevaría como máximo treinta euros? ¿Era la cantidad que solía llevar habitualmente?

—Sí, más o menos.

—¿Sabe que ayer por la tarde su hija fue al banco?

Mistretta lo miró perplejo.

—¿Por la tarde? No, no lo sabía. ¿Quién se lo ha dicho?

—Francesco, el novio de Susanna.

El hombre pareció sinceramente sorprendido. Se sentó en la primera silla que encontró y se pasó una mano por la frente. Estaba haciendo un gran esfuerzo por comprender.

—A no ser que... —murmuró.

—¿A no ser qué?

—Verá, ayer por la mañana le dije a Susanna que fuese al banco para ver si me habían ingresado ciertos atrasos de la pensión. Ella y yo somos los titulares de la cuenta. En caso de que hubiera dinero, tenía que retirar tres mil

euros y pagar unas deudas que yo deseaba saldar cuanto antes. Eran un peso para mí.

—Disculpe, ¿qué deudas?

—Pues la farmacia, los proveedores... Nunca me han presionado, pero soy yo el que... A mediodía, cuando regresó a casa, no le pregunté si lo había hecho. Quizá...

—... quizá lo olvidó y se acordó por la tarde —dijo el comisario, terminando la frase por él.

—Es probable.

—Pero eso significaría que Susanna llevaba encima más de tres mil euros. No es que sea una cantidad excesivamente elevada, pero para un maleante...

—¡Pero ella ya debía de haber pagado las deudas!

—No, no lo hizo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque al salir del banco se fue a... charlar un rato con Francesco.

—Ah. —De pronto dio una palmada—. Puedo comprobarlo telefoneando a... —Se levantó con dificultad, marcó un número y habló tan bajo que apenas se le oyó—. ¿Oiga? ¿Farmacia Bevilacqua?... —Colgó poco después—. Tiene usted razón, comisario, no pasó por la farmacia a pagar la cuenta pendiente... Y si no fue allí, tampoco debió de ir a los demás sitios. —De repente exclamó—: ¡Oh, Virgen santa!

Parecía imposible, pero su rostro amarillento consiguió volverse todavía más amarillo. Montalbano temió que fuera a darle un ataque.

—¿Qué ocurre?

—¡Ahora no me creerán! —gimió Mistretta.

—¿Quiénes no lo creerán?

—Los secuestradores. Porque le he dicho al periodista...

—¿Qué? ¿Ha hablado con los periodistas?

—Solo con uno. El *dottor* Minutolo me ha dado permiso.

—¡Pero por qué ha hecho eso, santo Dios!

Mistretta lo miró, desconcertado.

—¿No debía haberlo hecho? Quería enviar un mensaje a los secuestradores... decirles que están cometiendo un terrible error, que yo no

tengo dinero para pagar el rescate. Pero si en el bolsillo de Susanna encontraron... ¿Se da cuenta?... Una chiquilla no anda por ahí con todo este dinero... ¡No van a creerme! ¡Pobre hija mía!

Los sollozos le impidieron seguir, pero para el comisario ya había hablado más que suficiente.

—Buenas tardes —dijo.

Y abandonó el salón, presa de la rabia. Pero ¿en qué coño estaba pensando Minutolo para autorizar esa declaración? ¡La que armarían ahora los periódicos y las televisiones! Y a lo mejor los secuestradores se cabreaban, y la que pagaría el pato sería la pobre Susanna. Siempre y cuando se tratara de un rescate. Desde el jardín llamó a un agente que estaba leyendo junto a la ventana:

—Dile a tu compañero que me abra la verja.

Subió al automóvil, lo puso en marcha, esperó un poco y salió disparado como Schumacher en una carrera de Fórmula 1, entre las maldiciones de los periodistas y fotógrafos, que tuvieron que apartarse para no ser arrollados.

—Pero ¿está loco? ¿Es que quiere matarnos?

En vez de volver por el mismo camino que había tomado a la ida, giró a la izquierda para enfilarse el sendero donde habían encontrado el ciclomotor. Un vehículo normal no podía circular por allí, había que ir muy despacio y efectuar continuas maniobras para no meter las ruedas en las enormes zanjas y hondonadas, que parecían dunas de un desierto. Pero lo peor estaba aún por llegar. A medio kilómetro del pueblo, un profundo agujero cortaba el camino. Obviamente era una de aquellas «obras en curso» que siguen en curso cuando todo el universo ya ha dejado de tener curso legal. Para cruzarlo, Susanna tenía que haber bajado del ciclomotor y llevarlo a mano. O dar un rodeo por la senda que habían creado, a fuerza de ir arriba y abajo, todos los que se habían visto obligados a pasar por allí. Pero ¿por qué había tomado Susanna aquella ruta? Se le ocurrió una idea.

Tuvo que hacer tan numerosas y complicadas maniobras para girar el coche que el hombro herido comenzó a dolerle de nuevo. El camino de vuelta hasta la carretera principal se le antojó infinito. Al llegar al cruce se detuvo. Empezaba a oscurecer y realizar lo que acababa de ocurrírsele le llevaría como mínimo una hora, lo cual significaba que regresaría tarde a Marinella y

tendría la consiguiente pelea con Livia. Y, francamente, no estaba para peleas. Por otra parte, se trataba de una simple comprobación que cualquiera de sus hombres podía llevar a cabo. Volvió a ponerse en marcha y se dirigió al despacho.

—Envíame enseguida al *dottor* Augello —le dijo a Catarella.

—*Dottori*, personalmente en persona no está.

—¿Quién está entonces?

—¿Se lo digo en orden alfabético?

—Dímelo como te parezca.

—Pues están Gallo, Galluzzo, Germanà, Giallombardo, Grasso, Imbrò...

Eligió a Gallo.

—Dígame, *dottore*.

—Oye, Gallo, tienes que regresar al sendero al que me has acompañado esta mañana.

—¿Qué he de hacer?

—Por allí hay una docena de casitas de campo. Ve a todas ellas y pregunta si alguien conoce a Susanna Mistretta, y si ayer por la tarde vieron pasar a una chica en un ciclomotor.

—Muy bien, *Dottore*, mañana por la mañana...

—No, Gallo, quizá no me he explicado bien. Ve ahora mismo y después me llamas a casa.

Llegó a Marinella un tanto preocupado por el interrogatorio de tercer grado al que lo sometería Livia. En efecto, ella se lanzó al ataque de inmediato tras haberlo besado de una manera que a Montalbano le pareció distraída.

—¿Por qué has ido a trabajar?

—Porque el jefe superior me ha pedido que me reincorpore al servicio. — Y añadió precavido—: Solo de manera provisional.

—¿Te has cansado?

—En absoluto.

—¿Has tenido que conducir?

—Me he desplazado en todo momento con el vehículo oficial.

Fin del interrogatorio. ¡Nada de tercer grado! Pura agua de rosas.

5

—¿Has visto el telediario? —preguntó tras haber superado el peligro.

Livia le contestó que ni siquiera había encendido el televisor. Por tanto habría que esperar al noticiario de las diez y media de Televigata, porque seguramente Minutolo habría elegido al periodista de la cadena progubernamental, fuera el que fuese el gobierno del momento. Dejando aparte que la pasta estaba un poco cruda y la salsa ligeramente ácida, que la carne parecía cartón y sabía a cartón, la cena preparada por Livia no podía considerarse una instigación al homicidio. Mientras estuvieron sentados a la mesa, Livia le habló del jardín de Kolymbetra, tratando de transmitirle una parte de la emoción que había experimentado.

De repente se levantó, malhumorada, y salió a la galería.

Montalbano advirtió con cierto retraso que ella había dejado de hablar. Creyendo que había oído algún ruido fuera, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Has oído algo?

Livia regresó echando chispas por los ojos.

—¡No, no he oído nada! Lo único que he oído ha sido tu silencio. Yo te hablo y tú no me escuchas, o finges escucharme y me respondes con murmullos incomprensibles.

¡Oh, Dios mío, disputas no! ¡Había que evitarlas al precio que fuera! Quizá haciendo un poco de comedia... solo un poco, porque había un fondo de verdad: se sentía profundamente cansado.

—No, no, Livia. —Apoyó los codos en la mesa y colocó la cabeza entre las manos. La pantomima surtió efecto, y ella cambió de tono.

—Pero razona un poco, Salvo, yo te hablo y tú...

—Lo sé, lo sé. Perdóname, perdóname, pero soy así. A veces no me doy cuenta de que...

Habló con la voz ahogada y tapándose los ojos con las manos. De pronto se levantó y corrió a encerrarse en el cuarto de baño. Se lavó la cara y salió.

Livia, arrepentida, lo esperaba al otro lado de la puerta. Había hecho teatro del bueno; la espectadora estaba emocionada. Se abrazaron conmovidos y se pidieron mutuamente perdón.

—Discúlpame, es que hoy he tenido un día...

—Discúlpame tú a mí, Salvo.

Se pasaron dos horas charlando en la galería.

Después fueron a la sala y el comisario sintonizó el canal de Televigata. Naturalmente, el secuestro de Susanna Mistretta era la noticia principal. El presentador habló de la chica, cuya imagen apareció en la pantalla. Montalbano reparó entonces en que no había sentido curiosidad por ver qué aspecto tenía la muchacha. Era una joven preciosa, alta, rubia y de ojos azules. No era de extrañar que le echaran piropos por la calle, como le había contado Francesco. Sin embargo, su expresión segura y decidida hacía que aparentara más años de los que tenía. A continuación ofrecieron unas imágenes del chalet. El locutor no tuvo el menor reparo en asegurar que se trataba de un secuestro, a pesar de que la familia aún no había recibido ninguna petición de rescate. El reportaje concluyó con las declaraciones en exclusiva del padre de la secuestrada.

Ya desde las primeras palabras que pronunció el geólogo, Montalbano se quedó asombrado. Hay personas que, delante de una cámara de televisión, se pierden, balbucean, bizquean, sudan, dicen chorradas —él mismo pertenecía a esa categoría—; otras, en cambio, se muestran muy naturales, y hablan y gesticulan como de costumbre. Y finalmente existe una tercera clase de elegidos que, ante las cámaras, adquieren lucidez y claridad. Pues bien, el geólogo pertenecía a esta última. Pocas palabras, nítidas y precisas. Mistretta dijo que quienes habían raptado a su hija habían cometido un error, pues él no estaba en condiciones de reunir ninguna cantidad que le exigieran por la liberación de su hija. Que los secuestradores se informaran mejor. Por eso lo único que podían hacer era dejar en libertad a Susanna de inmediato. Si, por el contrario, querían otra cosa, que lo dijeran, y él haría lo imposible por satisfacerlos. Eso era todo. La voz sonaba firme y los ojos estaban secos. Se

lo veía inquieto, pero no asustado. Con aquella declaración, el geólogo se ganó el aprecio y la consideración de quienes lo escucharon.

—Ese señor es un verdadero hombre —afirmó Livia.

Apareció de nuevo el locutor y anunció que daría las noticias restantes después del comentario acerca de lo que, sin duda, era el hecho más destacado de la jornada. A continuación inundó la pantalla la cara de culo de gallina del comentarista estrella de la emisora, Pippo Ragonese, quien comenzó diciendo que era de todos conocida la escasez de medios del geólogo Mistretta, cuya esposa —ahora gravemente enferma y a quien enviaba sus mejores deseos— había sido muy rica en otros tiempos, pero que lo había perdido todo en un revés de la fortuna. Por tanto, como acababa de declarar el pobre padre, si el móvil del secuestro era el dinero —y él prefería no sospechar otra cosa peor—, constituía una trágica equivocación. Porque ¿quién ignoraba que la familia del geólogo Mistretta pasaba estrecheces económicas? Solo los extranjeros, los extracomunitarios mal informados. Además, era evidente que desde el inicio de aquella invasión de inmigrantes ilegales, la criminalidad había aumentado, poniendo en peligro la seguridad ciudadana. ¿Qué esperaban los responsables locales del Gobierno para aplicar una ley que ya existía? Sin embargo, él encontraba un motivo de consuelo en todo aquel asunto del secuestro: la investigación había sido encomendada al eficiente Filippo Minutolo, de la Jefatura Superior de Montelusa, y no al comisario Montalbano, más conocido por sus discutibles genialidades y opiniones poco ortodoxas —a menudo decididamente subversivas— que por su capacidad para resolver casos. Y una vez dicho esto, buenas noches a todos.

—¡Cabrón! —bufó Livia, apagando el televisor.

Montalbano prefirió no abrir la boca. A esas alturas, lo que decía Ragonese de él ya no le causaba ni frío ni calor. Sonó el teléfono. Era Gallo.

—*Dottore*, acabo de volver ahora mismo. Solo en una casa no me abrieron, pero parece deshabitada desde hace tiempo. En el resto, la respuesta ha sido la misma: no conocen a Susanna y anoche no vieron pasar a ninguna chica en ciclomotor. Pero una señora me dijo que el que nadie haya visto a la chica no significa necesariamente que no pasara por allí.

—No entiendo a qué viene ese comentario.

—*Dottore*, todas esas casas tienen el huerto y la cocina en la parte de atrás. No dan al sendero.

Montalbano colgó. La decepción que sintió lo sumió en un profundo cansancio.

—¿Qué te parece si nos vamos a la cama?

—Sí —dijo Livia—, pero ¿por qué no me has dicho nada del secuestro?

«Porque no me has dejado espacio para ello», le entraron ganas de contestar, pero consiguió reprimirse a tiempo. Aquellas palabras habrían sido seguramente el principio de una feroz discusión. Se limitó a hacer un vago gesto con la mano.

—¿Es cierto que te han apartado de la investigación, como ha dicho ese cornudo de Ragonese?

—Enhorabuena, Livia.

—¿Por qué?

—Veo que te estás vigatizando. Llamar cornudo a alguien es típico de los aborígenes de la zona.

—Sin duda me lo has contagiado tú. Pero, dime, ¿es cierto que te han...?

—No exactamente. Tengo que colaborar con Minutolo. La investigación se la han encargado a él desde el principio. Yo estaba de baja.

—Háblame del secuestro mientras recojo la mesa.

El comisario le contó todo lo que había que contar. Livia parecía preocupada.

—Si finalmente piden rescate, cualquier otra suposición quedaría descartada, ¿no es así?

A ella también se le había ocurrido la posibilidad de que hubieran raptado a la chica para violarla. Montalbano habría querido decirle que la petición de rescate no excluía la violación, pero prefirió ahorrarse esa inquietud.

—Sí, claro. ¿Quieres ir tú primero al cuarto de baño?

—Muy bien.

Montalbano abrió la puerta cristalera de la galería y salió a fumarse un cigarrillo. La noche era tan serena como el sueño de un niño. Consiguió no pensar en Susanna, en el horror que supondría aquella noche para ella.

Al poco rato oyó un ruido procedente del interior, se dio la vuelta y se quedó petrificado. Livia estaba en el centro de la sala, desnuda y con un

pequeño charco de agua a sus pies. Era obvio que había salido a medio duchar a causa de algo que acababa de pasarle por la cabeza. Estaba guapísima, pero Montalbano no se atrevió a moverse. Los ojos de Livia, convertidos en rendijas, eran una señal de tormenta inminente; después de tantos años de convivencia lo sabía muy bien.

—Tú... tú... —dijo ella, extendiendo el brazo y el dedo índice en gesto acusador.

—Yo ¿qué?

—¿Cuándo te has enterado del secuestro?

—Esta mañana.

—¿En la comisaría?

—No, antes.

—¿Antes cuándo?

—Pero ¿cómo? ¿No te acuerdas?

—Quiero oírtelo decir.

—Cuando telefonearon y tú fuiste a preparar café. La primera vez era Catarella, pero no entendí ni jota, y después llamó Fazio para comunicarme la desaparición de la chica.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me duché y me vestí.

—¡Pues no, grandísimo hipócrita! ¡Me tumbaste sobre la mesa de la cocina! ¡Monstruo! ¿Cómo se te ocurre hacer el amor mientras una pobre chica...?

—Trata de razonar. Cuando me llamaron, no conocía la gravedad...

—¿Ves como tiene razón el periodista ese, como se llame, el que ha dicho que eres un inepto que no entiende nada? ¡No, peor! ¡Eres un bruto! ¡Un ser inmundo!

Se dio media vuelta, y el comisario oyó la llave del dormitorio. Se acercó y llamó a la puerta.

—Vamos, Livia, ¿no te parece que te estás pasando?

—No. Y esta noche dormirás en el sofá.

—¡Es muy incómodo! ¡Vamos, Livia! ¡No podré pegar ojo!

No hubo respuesta. Entonces jugó la carta de la compasión.

—Seguramente volverá a dolerme la herida —dijo en tono lastimero.

—Peor para ti.

Sabía que no conseguiría hacerla cambiar de idea. Tendría que resignarse. Soltó una maldición en voz baja, y a modo de respuesta sonó el teléfono. Era Fazio.

—Pero ¿no te había dicho que te fueras a descansar?

—No he tenido ánimos para dejarlo, *dottore*.

—¿Qué quieres?

—Acaban de llamar ahora mismo. El *dottor* Minutolo dice si puede usted acercarse un momento.

Salió disparado, y cuando se detuvo delante de la verja del chalet cayó en que no había avisado a Livia de su partida. A pesar de la pelea, debería haberlo hecho. Aunque solo fuera con la simple finalidad de evitar otra pelea. A lo mejor ella pensaba que se había ido a dormir a un hotel como represalia. Paciencia.

Y ahora ¿cómo haría para que le abrieran? Miró a la luz de los faros. No había timbre ni portero automático, nada. Tendría que tocar el claxon, confiando en no despertar a todo el pueblo. Dio un tímido y rápido bocinazo y casi de inmediato vislumbró una figura masculina que salía de la casa con un manajo de llaves y un momento después abría la verja. Montalbano subió al coche y entró en el jardín. El hombre que había abierto se presentó.

—Soy Carlo Mistretta.

El hermano médico tenía cincuenta y cinco años. Iba muy bien vestido y llevaba gafas de montura fina. Era más bien bajito, de rostro sonrosado y lampiño, y tenía un poco de tripa. Parecía un obispo de paisano.

—Su compañero —continuó— me ha informado de la llamada de los secuestradores, y he venido corriendo porque Salvatore se encontraba mal.

—¿Cómo está ahora?

—Confío en haberlo dejado en condiciones de dormir.

—¿Y la señora?

El médico abrió los brazos sin contestar.

—¿Aún no la han informado del...?

—No, no. Salvatore le ha dicho que Susanna se está examinando en Palermo. La verdad es que mi pobre cuñada no está muy lúcida. Tiene momentos de ausencia absoluta.

En el salón solo estaban Fazio, adormilado en el sillón habitual, y Fifi Minutolo, fumando un cigarrillo en el otro. Por las ventanas abiertas de par en par entraba un punzante aire fresco.

—¿Habéis conseguido averiguar el origen de la llamada? —fue lo primero que preguntó Montalbano.

—No. Fue demasiado corta —contestó Minutolo—. Escúchala y después hablamos.

—De acuerdo.

En cuanto percibió la presencia de Montalbano, Fazio, impulsado por una especie de reflejo instintivo, abrió los ojos y se levantó de un brinco.

—¿Ya ha llegado, *dottore*? ¿Quiere oírlo? Siéntese en mi sillón.

Y sin esperar respuesta, puso en marcha la grabadora.

—¿Diga? ¿Con quién hablo? Aquí casa Mistretta. ¿Con quién hablo?... ¿Con quién hablo?

—Presta atención sin interrumpir. La chica está aquí con nosotros y por ahora se encuentra bien. ¿Reconoces su voz?...

—Papá... papá... te lo ruego... ayuda...

—¿La has oído? Prepara un montón de dinero. Te llamaré pasado mañana...

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Oiga?

—Vuelve a pasarla desde el principio —dijo el comisario.

No le apetecía nada oír de nuevo la tremenda desesperación que se percibía en la voz de la chica, pero debía hacerlo. Por prudencia, se cubrió los ojos con una mano, pues temía sucumbir a un arrebató de emoción.

Al final de la segunda escucha, el doctor Mistretta salió al jardín con el rostro oculto entre las manos y los hombros sacudidos por el llanto.

Minutolo comentó:

—Quiere mucho a su sobrina. —Y después, mirando a Montalbano—: ¿Y bien?

—El mensaje es grabado. ¿Estás de acuerdo?

—Totalmente.

—La voz del hombre está falseada.

—En efecto.

—Hay como mínimo dos personas. La voz de Susanna está en segundo plano, un poco alejada de la grabadora. Cuando el tipo dice «¿Reconoces su voz?» transcurren unos segundos antes de que ella hable, el tiempo necesario para que el cómplice le baje la mordaza. Y después vuelve a ponérsela y le corta la palabra, que seguramente era «ayúdame». ¿Qué opinas?

—Que tal vez sea uno solo. Dice «¿Reconoces su voz?» y va a quitarle la mordaza.

—No es posible; en ese caso, tendría que haber una pausa más larga entre la pregunta y la voz de Susanna.

—De acuerdo. ¿Sabes una cosa?

—No, el experto eres tú.

—No están siguiendo la praxis habitual.

—Explícate mejor.

—Veamos. ¿Cómo se realizan habitualmente los secuestros? Hay unos peones, digamos el grupo B, que se encargan de llevarlo materialmente a cabo. Después el grupo B transfiere la persona raptada al grupo C, es decir, a los encargados de ocultarla y custodiarla, otros peones de segunda categoría. En este punto intervienen los del grupo A, es decir, los cabecillas, los organizadores, que exigen un rescate. Para seguir todos estos pasos se necesita tiempo. Por eso la petición de rescate suele producirse unos días después del secuestro. Aquí, en cambio, solo han transcurrido unas horas.

—Y eso ¿qué significa?

—A mi juicio, que los que han capturado a Susanna son los mismos que la mantienen prisionera y reclaman el rescate. Quizá no sea una gran organización, sino una de tipo familiar que tiende al ahorro de medios. Y si no son profesionales, todo se complica y se vuelve más peligroso para la muchacha. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Y eso significa también que no la esconden muy lejos. —Hizo una pausa para pensar—. Sin embargo, tampoco presenta las características de un secuestro relámpago. En esos casos siempre piden el rescate de inmediato. No tienen tiempo que perder.

—¿El hecho de que hayan dejado oír la voz de Susanna es normal? —preguntó Montalbano.

—No, no mucho —dijo Minutolo—. Suele ocurrir solo en las películas. Únicamente en el caso de que la familia no quiera pagar, al cabo de un par de días hacen que el secuestrado escriba dos líneas. O bien les envían un trozo de oreja. Y esas son las únicas formas de contacto entre la persona raptada y su familia.

—¿Has observado cómo hablaba?

—¿Cómo hablaba?

—En perfecto italiano. Sin inflexiones dialectales.

—Ya —dijo con aire pensativo.

—Y ahora ¿qué harás?

—¿Qué quieres que haga? Llamar al jefe superior y comunicarle la novedad.

—Esta llamada me ha dejado más confuso que convencido —dijo Montalbano a modo de conclusión.

—También a mí.

—Por cierto, ¿por qué has permitido que Mistretta hablara con un periodista?

—Para revolver las aguas y acelerar el ritmo. No me hace gracia que una chica tan guapa permanezca demasiado tiempo a merced de tipos de esa calaña.

—¿Le contarás a la prensa lo de la llamada?

—Ni soñarlo.

De momento, no había nada más. El comisario se acercó a Fazio, que se había quedado dormido otra vez, y lo sacudió por el hombro.

—Despierta, te acompañaré a casa.

Fazio intentó oponer una débil resistencia.

—¿Y si hay alguna llamada importante?

—Vamos, hasta pasado mañana no volverán a dar señales de vida. ¿No lo has oído?

Tras haber dejado a Fazio, se dirigió a Marinella. Entró con sigilo, fue al cuarto de baño, regresó a la sala y se quedó mirando el sofá. Estaba demasiado cansado para ponerse a soltar maldiciones. Mientras se quitaba la

camisa observó que la puerta del dormitorio estaba entornada. Por lo visto, Livia se había arrepentido de haberlo enviado al exilio. Fue de nuevo al cuarto de baño, terminó de quitarse la ropa, entró de puntillas en la habitación y se acostó. Al cabo de un rato se arrimó muy despacio a Livia, que dormía profundamente. Cerró los ojos y empezó a viajar de inmediato por el país de los sueños. Y de pronto, «clac». El resorte del tiempo se bloqueó. Sin necesidad de mirar el reloj supo que eran las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos. ¿Cuánto había dormido? Por suerte, volvió a dormirse enseguida.

Livia despertó hacia las siete de la mañana. Y Montalbano también. E hicieron las paces.

Delante de la comisaría lo esperaba Francesco Lipari, el novio de Susanna.

Sus ojeras denotaban nerviosismo y noches en blanco.

—Disculpe, comisario, pero esta mañana temprano telefoneó el padre de Susanna para contarme lo de la llamada...

—¡Pero cómo! ¡Minutolo no quería que se supiera nada!

El muchacho se encogió de hombros.

—Bueno, pasa —dijo Montalbano—. Pero no le menciones a nadie lo de la llamada.

Al entrar, le advirtió a Catarella que no lo molestaran.

—¿Tienes algo que decirme? —le preguntó al joven.

—Nada en particular, pero ayer se me olvidó una cosa. No sé hasta qué extremo puede ser importante...

—Todo puede ser importante.

—Cuando descubrí el ciclomotor no fui inmediatamente al chalet para avisar a su padre. Recorrí el sendero hasta Vigàta y luego volví por el mismo camino.

—¿Por qué?

—No sé. Fue algo instintivo, pensé que a lo mejor se había desmayado, que podía haberse caído y perdido la memoria; sin embargo, a la vuelta ya no buscaba a Susanna, sino el...

—... el casco que ella siempre llevaba.

El muchacho lo miró con los ojos como platos.

6

—¿También usted lo pensó?

—Verás, cuando llegué al lugar, hacía rato que mis hombres estaban allí. Y cuando supieron por su padre que Susanna siempre iba con el casco, comenzaron a buscarlo no solo a lo largo del sendero, sino detrás de los muros que rodean los campos.

—No me imagino a los secuestradores llevándose en coche a Susanna con el casco puesto y gritando.

—Yo tampoco —dijo Montalbano.

—Pero ¿de veras no tiene usted una idea de cómo pudieron suceder las cosas? —preguntó Francesco, debatiéndose entre la incredulidad y la esperanza.

«¡Hay que ver los chicos de hoy en día! ¡Lo dispuestos que están a confiar en los adultos y la cantidad de cosas que hacemos nosotros para decepcionarlos!», pensó el comisario.

Para que no se percatara de su emoción —aunque temeroso de que se tratara de un principio de gilipollez senil y no de una consecuencia de la herida—, se inclinó como para examinar unos papeles en el interior de un cajón. Solo habló cuando estuvo seguro de que no le temblaría la voz.

—Todavía hay demasiadas cosas por explicar. Y la primera de todas es por qué Susanna tomó un camino que jamás tomaba.

—Quizá porque en aquella zona vive alguien que...

—Nadie la conoce. Ni siquiera la vieron pasar. Aunque es posible que alguno de ellos no diga la verdad, y en ese caso sería cómplice del secuestro, o colaborador, pues sabía que Susanna pasaría a esa hora por el sendero. ¿Está claro?

—Sí.

—No obstante, si ella siguió esa ruta sin un motivo concreto, el secuestro habría sido fruto de un encuentro casual. Pero las cosas no pudieron suceder así.

—¿Por qué?

—Porque han demostrado tener un mínimo de organización, que fue un acto premeditado. De la llamada se infiere que no se trata de un secuestro relámpago. No tienen prisa por librarse de Susanna. Eso significa que disponen de un lugar seguro donde ocultarla, tan seguro que no es posible encontrarlo en unas horas.

El muchacho reflexionó sobre lo que había escuchado con tal concentración que al comisario le pareció percibir el ruido de los engranajes de su cerebro. Después Francesco llegó a una conclusión.

—De su planteamiento se deduce que Susanna ha sido secuestrada por alguien que sabía que esa tarde tomaría ese camino. Alguien que vive por esa zona. Y en ese caso habría que llegar hasta el fondo, averiguar los nombres de todos, cerciorarse de que...

—Para, para. Si comienzas a razonar y adelantar hipótesis, también has de estar preparado para el fracaso.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaré. Supongamos que iniciamos una exhaustiva investigación de todas las personas que viven a lo largo del sendero, averiguamos su vida y milagros y cuántos pelos tienen en el culo, y al final resulta que nadie ha tenido jamás el menor contacto con Susanna. ¿Qué haces entonces? ¿Empiezas de nuevo por el principio? ¿Te rindes? ¿Te pegas un tiro?

El muchacho no se dio por vencido.

—¿Qué hay que hacer entonces, según usted?

—Formular simultáneamente otras hipótesis y comprobarlas todas al mismo tiempo sin dar preferencia a ninguna, ni siquiera a la que parezca más probable.

—¿Y usted se las ha formulado?

—Por supuesto.

—¿Puede decirme alguna?

—Bueno, si eso te consuela... Si Susanna tomó aquel sendero, fue porque se había citado con alguien allí, un lugar por donde no pasa casi nadie...

—No es posible.

—¿El qué? ¿Que se hubiera citado con alguien? ¿Crees saberlo todo sobre tu chica? ¿Pondrías la mano en el fuego? Ten en cuenta que no estoy diciendo que se tratara de una cita amorosa. Podría ser por cualquier otro motivo que nosotros desconocemos. Bien, prosigamos. Susanna acude a la cita ignorando que le han tendido una trampa. Llega, apoya el ciclomotor contra el muro, se quita el casco pero no lo suelta porque se trata de una reunión muy breve, se acerca al coche y la secuestran. ¿Te convence?

—Pues no.

—¿Por qué no?

—Porque cuando nos vimos por la tarde, ella me habría hablado de esa cita. De eso estoy seguro, créame.

—Vale. Pero tal vez Susanna no tuvo la posibilidad de avisarte.

—No entiendo.

—¿La acompañaste cuando fue a casa de su amiga?

—No.

—Susanna tenía un móvil que no hemos encontrado, ¿correcto?

—Correcto.

—Pudo haber recibido una llamada mientras se dirigía a casa de su amiga y haber acordado entonces la cita. Y como después ya no os visteis, no tuvo ocasión de decírtelo.

El muchacho lo pensó un poco. Al final lo aceptó.

—No puedo descartarlo.

—Entonces, ¿a qué vienen tantas dudas?

Francesco apoyó la cabeza entre las manos y Montalbano dio otra vuelta de tuerca.

—Pero quizá nos estemos equivocando de medio a medio.

El chico pegó un respingo.

—¿Cómo?

—Solo estoy diciendo que a lo mejor partimos de una premisa equivocada. Es decir, que Susanna fue por aquel camino.

—¡Pero el ciclomotor estaba allí!

—Eso no significa necesariamente que ella tomara ese sendero desde Vigàta. Te expondré la primera posibilidad que se me ocurre. Susanna sale de casa de su amiga y sigue la ruta de todos los días, la misma que utilizan muchos de los que viven en las casas situadas antes y después del chalet y que termina tres kilómetros más adelante, en una especie de barrio rural de Vigàta, La Cucca creo que se llama. Por allí transitan agricultores y gente que trabaja en Vigàta pero prefiere vivir en el campo. Se conocen todos entre sí y hasta puede que pasen por allí a las mismas horas.

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

—Déjame terminar. Los secuestradores llevan algún tiempo siguiendo a Susanna para ver cuánta gente frecuenta el camino a esas horas y cuál es el mejor lugar para actuar. Esa tarde tienen suerte y pueden llevar a cabo su plan en el cruce con el sendero. De alguna manera logran bloquearle el paso a Susanna. Son tres por lo menos. Dos bajan y la obligan a subir al automóvil, que vuelve a ponerse en marcha en dirección a Vigàta. El otro se queda en tierra, coge el ciclomotor y lo deja en un lugar determinado del sendero. Eso explicaría, entre otras cosas, por qué lo encontraron colocado en dirección a Vigàta. Después ese tercero también sube al coche y listo.

Francesco pareció dudar.

—Pero ¿por qué se toman tantas molestias con el ciclomotor? ¿Qué más les da? Su única preocupación es largarse de allí cuanto antes.

—Acabo de decirte que es un camino muy transitado. No podían dejar el ciclomotor allí. Alguien habría podido pensar que se había producido un accidente, o simplemente identificarlo como el ciclomotor de Susanna... En resumen, la alarma se habría disparado de inmediato y ellos no habrían tenido tiempo de esconderse. Y ya que estaban, no les costaba nada llevarlo a un sendero por el que no pasa nadie. Pero se pueden formular otras hipótesis.

—¿Más aún?

—Todas las que quieras. Al fin y al cabo, son simples conjeturas. Pero primero quiero hacerte una pregunta. Me dijiste que algunas veces habías acompañado a Susanna hasta su casa.

—Sí.

—¿La verja solía estar abierta o cerrada?

—Cerrada. Susanna tenía su propia llave.

—Entonces también se puede pensar que cuando Susanna acaba de apoyar el ciclomotor y está sacando la llave para abrir la verja, aparece alguien a quien ella ha visto algunas veces por ese camino. El hombre le suplica que lo acompañe con el ciclomotor al sendero, le cuenta cualquier chorrada, que su mujer se ha sentido indispuesta en el coche mientras se dirigían a Vigàta y ha pedido auxilio por el móvil, que un coche ha atropellado a su hijo... o una historia por el estilo. Susanna no puede negarse, le permite subir, se dirige al sendero y listo. Y en este caso también se explicaría la posición del ciclomotor. O bien... —Montalbano se interrumpió de golpe.

—¿Qué pasa?

—Que ya me he hartado. En realidad no es tan importante averiguar lo que sucedió.

—¿No?

—No. Si lo piensas bien, los detalles que nos parecen esenciales pierden más el perfil y se desenfocan cuanto más los examinamos. Tú, por ejemplo, ¿no habías venido para preguntarme qué había sido del casco de Susanna?

—¿El casco? Ah, sí.

—Pues bien, como has podido ver, cuanto más ahondábamos en nuestros razonamientos, menos importancia le dábamos al casco, hasta el extremo de que ni siquiera hemos hablado de él. El verdadero problema no es el cómo sino el porqué.

Francesco abrió la boca para plantear otra cuestión, pero el ruido de la puerta al golpear contra la pared le pegó tal susto que saltó de la silla.

—Pero ¡qué...! —exclamó.

—Se me ha ido la mano —se disculpó Catarella desde el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó Montalbano.

—Como usted me ha dicho que no quería ninguna molestia de ningún molestatador, tengo que hacerle una pregunta.

—Hazla.

—¿El periodista señor Zito pertenece a la categoría de los molestatadores o bien a la de los que no?

—No, no molesta. Pásamelo.

Catarella lo hizo.

—Hola, Salvo, soy Nicolò. Perdona, pero quería decirte que acabo de llegar al despacho...

—¿Y a mí qué coño me importan tus horarios de oficina? Díselo a tu jefe.

—Salvo, no es momento para bromas. Acabo de llegar y mi secretaria me ha dicho que... se trata de algo relacionado con el secuestro de esa chica.

—Bueno, dime.

—No; es mejor que vengas.

—Trataré de pasarme en cuanto pueda.

—No, ahora mismo.

Montalbano colgó, se levantó y le tendió la mano a Francesco.

Retelibera, la televisión privada en que trabajaba Nicolò Zito, estaba situada en las afueras de Montelusa. Mientras se dirigía allí en coche, el comisario intuyó lo que su amigo periodista quería revelarle. Y acertó plenamente. Nicolò lo esperaba en la puerta, y en cuanto vio aparecer su coche, se acercó a él. Parecía alterado.

—¿Qué ocurre?

—Esta mañana, nada más llegar al despacho, hemos recibido una llamada anónima. Una voz masculina le preguntó a mi secretaria, que es quien cogió el teléfono, si estábamos equipados para grabar un mensaje, ella contestó que sí y entonces el otro le dijo que lo preparara todo porque volvería a llamar al cabo de cinco minutos. Y así fue.

Entraron en el despacho de Nicolò. Sobre la mesita había una grabadora portátil de tipo profesional. El periodista la puso en marcha y Montalbano escuchó, como había previsto, una copia idéntica de la llamada a casa de los Mistretta, ni una palabra más ni una menos.

—Da impresión. Esa pobre chica... —musitó Zito. Y preguntó—: ¿Los Mistretta la han recibido o esos cornudos quieren que nosotros hagamos de intermediarios?

—Los llamaron ayer por la noche.

Zito lanzó un suspiro de alivio.

—Menos mal. ¿Y por qué crees que nos la han enviado también a nosotros?

—He llegado a la conclusión de que estos tipos quieren dar a conocer a todo el mundo, y no solo al padre, que la chica está en sus manos. En general los secuestradores tienen más que ganar con el silencio, pero estos hacen todo lo posible por armar jaleo. Buscan que la voz angustiada de Susanna pidiendo ayuda impresione a la gente.

—¿Por qué?

—Ahí está el quid.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Si quieres echarles una mano, emite la llamada.

—Yo no estoy al servicio de unos delincuentes.

—¡Bravo! Me encargaré de hacer grabar esas nobles palabras en tu lápida.

—¡Pero qué cabrón eres! —dijo Zito, agarrándose los cojones.

—Puesto que te declaras un periodista honrado, llama al juez y al jefe superior de policía y entrégales la grabación.

—Así lo haré.

—Te conviene hacerlo enseguida.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Zito mientras marcaba el número de la jefatura superior.

Montalbano no contestó.

—Te espero fuera —dijo levantándose, y salió.

Era una mañana verdaderamente apacible. Soplaban un viento ligero, como empujado por una delicada mano. El comisario encendió un cigarrillo; no había tenido tiempo de terminarlo cuando apareció el periodista.

—Listo.

—¿Qué te han dicho?

—Que no emita nada de nada. Ahora mismo enviarán a un agente para recoger la cinta.

—¿Entramos? —preguntó el comisario.

—¿Quieres hacerme compañía?

—No; quiero ver una cosa.

Cuando entraron en el despacho, Montalbano le pidió a Nicolò que encendiera el televisor y sintonizara el canal de Telegata.

—¿Qué quieres oír de esos cabrones?

—Espera y comprenderás por qué te apremiaba para que llamaras enseguida al jefe superior.

En la pantalla, un texto anunciaba: «Dentro de unos minutos les ofreceremos una edición extraordinaria del telediario».

—¡Mierda! —dijo Nicolò—. ¡Los han llamado también a ellos! ¡Y esos grandísimos maricones van a pasar la cinta!

—¿No te lo esperabas?

—No. ¡Y tú has hecho que pierda la noticia!

—¿Vas a echarte atrás ahora? ¡Decídetes! ¿Eres un periodista honrado o no?

—Muy honrado, ¡pero perder una noticia de este tipo es muy duro!

El texto se desvaneció, salió el logotipo del noticiario y, sin más, surgió el rostro del geólogo Mistretta. Era la repetición del llamamiento que había hecho al día siguiente del secuestro. Luego apareció un periodista.

«Hemos vuelto a mostrarles el llamamiento del padre de Susanna por una razón muy concreta. A continuación les ofreceremos un documento terrible que hemos recibido esta mañana en nuestra redacción».

Sobre unas imágenes del chalet se oyó la misma grabación que los secuestradores habían facilitado a Retelibera, y después enfocaron la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese.

«En primer lugar quiero decirles que en la redacción nos hemos debatido dramáticamente en la duda antes de llegar a la decisión de emitir la llamada que acaban ustedes de escuchar. La voz angustiada de Susanna Mistretta es algo que difícilmente puede soportar nuestra conciencia de hombres que viven en una sociedad civilizada. Pero ha prevalecido el derecho a la información. El público tiene el sagrado derecho de saber, y nosotros los periodistas tenemos el sagrado deber de respetar ese derecho. De lo contrario, no podríamos llamarnos periodistas al servicio público. Antes de la llamada hemos puesto el desesperado llamamiento del padre. Los secuestradores no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta, de que su petición de rescate está destinada a caer en el vacío, debido a la comprobada precaria situación económica de la familia Mistretta. En esta trágica circunstancia, nuestra esperanza está depositada en las fuerzas del orden, y de manera especial en el

dottor Minutolo, hombre de gran experiencia a quien deseamos ardientemente un rápido éxito».

A continuación volvió a salir el primer periodista, que dijo:

«Esta edición extraordinaria será emitida cada hora».

Y aquí paz y después gloria: acto seguido dieron paso a un programa de música *rock*.

Montalbano no dejaba de asombrarse de los criterios que regían en la televisión. Por ejemplo, te mostraban las imágenes de un terremoto con millares de muertos, pueblos enteros desaparecidos, niños heridos y llorando, cadáveres despedazados, e inmediatamente después anunciaban: «¡Y ahora tenemos aquí unas preciosas secuencias del carnaval de Río!». Carrozas multicolores, alegría, samba, culos.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Zito con el rostro enrojecido de rabia, y le soltó una patada a una silla.

—Espera y verás cómo le arreglo yo las cuentas a ese —dijo Montalbano.

Marcó a toda prisa un número de teléfono y aguardó con el auricular pegado al oído.

—¿Oiga? Soy Montalbano. Con el señor jefe superior, por favor. Sí, gracias, espero... ¿Señor jefe superior? Buenos días. Perdona que lo moleste, estoy en Retelibera. Sí, ya sé que el periodista Zito acaba de llamarlo. Claro, es un ciudadano que ha cumplido con su deber. Ha antepuesto a sus intereses de periodista... Por supuesto, se lo diré. Verá, quería informarle, señor jefe superior, de que mientras yo estaba aquí se ha recibido otra llamada anónima.

Nicolò lo miró perplejo y formó una alcachofa juntando la yema de los dedos, como preguntando: «Pero ¿qué dices?».

—La misma voz de antes —continuó Montalbano al teléfono— ha dicho que se prepararan para grabar un mensaje. Pero el caso es que cuando han llamado al cabo de cinco minutos, la comunicación tenía muchas interferencias y no se entendía nada, y además la grabadora no ha funcionado.

—Pero ¿qué coño te estás inventando? —musitó Nicolò.

—Sí, señor jefe superior, yo me quedaré aquí a la espera de que vuelvan a intentarlo. ¿Cómo dice? ¿Que Televigata acaba de emitir la llamada? ¡No es posible! ¿Y que han repetido el llamamiento del padre? No sabía nada. ¡Pero

eso, con todos mis respetos, es inaudito! Deberían haber entregado la grabación a las autoridades, como ha hecho el periodista Zito. ¿Dice que el juez está estudiando las medidas a adoptar? ¡Bien! ¡Muy bien! Ah, señor jefe superior, tengo una sospecha. Pero es solo una sospecha, que conste. Si han llamado otra vez a Retelibera, seguro que habrán llamado también a Televigata. Y puede que ellos hayan tenido más suerte y hayan conseguido grabar el segundo mensaje... que sin duda negarán haber recibido, pues querrán jugar la carta cuando lo consideren oportuno... Un juego muy sucio, como bien dice usted... Nada más lejos de mi intención que atreverme a sugerirle nada a un hombre de su experiencia, pero creo que un exhaustivo registro en las oficinas de Televigata podría revelar... sí... sí... Mis respetos, señor jefe superior.

Nicolò lo miró con admiración.

—¡Eres un auténtico maestro de la astucia!

—Ya verás como entre las medidas adoptadas por el juez y el registro ordenado por el jefe superior no tendrán tiempo ni de ir a mear. ¡Y un cuerno van a emitir la edición extraordinaria!

Ambos se echaron a reír, pero inmediatamente Nicolò volvió a ponerse serio.

—Esto parece un diálogo de sordos —dijo—. El padre asegura que no tiene una lira y los secuestradores insisten en que prepare el dinero. Aunque el hombre vendiera su chalet, ¿cuánto podría sacar?

—¿Tú eres de la misma opinión que tu eximio colega Pippo Ragonese?

—¿Qué quieres decir?

—Que el secuestro es obra de unos ingenuos inmigrantes ilegales que ignoran que tienen todas las de perder.

—En absoluto.

—Quizá los secuestradores no tengan televisor y no hayan visto el llamamiento del padre.

—Puede que... —empezó Nicolò, pero se detuvo, presa de la duda.

7

—¿Y bien? —lo animó Montalbano.

—Se me acaba de ocurrir una idea, pero me da vergüenza decírtela.

—Te aseguro que cualquier chorrada que digas no saldrá de esta habitación.

—Es una idea de película americana. Corren rumores por el pueblo de que los Mistretta se encontraban en muy buena situación económica hasta hace unos cinco o seis años, pero que tuvieron que venderlo todo. ¿No podría ser que el organizador del secuestro fuera alguien que ha regresado a Vigàta después de una larga ausencia y, por tanto, ignora el estado actual de la familia Mistretta?

—Esa idea me parece más propia de Totò y Peppino que de una película americana. ¡Piensa un poco, hombre! Un secuestro de este tipo no lo prepara una sola persona, Nicolò, y cualquier cómplice que hubiera escogido le habría dicho que los Mistretta casi no tienen ni para comprar pan.

»Por cierto, ¿quieres explicarme cómo lo perdieron todo?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. Creo que se vieron obligados a malvender de repente...

—Malvender ¿qué?

—Terrenos, casas, almacenes...

—¿Obligados has dicho? ¡Qué extraño!

—¿Por qué te parece extraño?

—Porque suena a que también entonces tuvieron una urgente necesidad de dinero para pagar algo, qué sé yo, un rescate o algo por el estilo.

—Pero hace seis años no hubo ningún secuestro.

—No lo hubo o nadie lo supo.

A pesar de que el juez había actuado de inmediato, Televigata consiguió emitir otra edición extraordinaria antes de recibir la orden de bloqueo por parte del magistrado. Y esa vez no solo toda Vigàta, sino la provincia entera de Montelusa se quedó hechizada ante la pantalla, mirando y escuchando: la voz se había corrido como un relámpago. Si los secuestradores tenían el propósito de dar a conocer a todo el mundo la situación, lo lograron de lleno.

Una hora después, en lugar de emitir por tercera vez la edición extraordinaria, en la pantalla apareció Pippo Ragonese con unos ojos que se le salían de las órbitas. Se sentía impelido, dijo con una voz enronquecida por la furia, a comunicar a la opinión pública que la cadena estaba siendo sometida a «una vejación inaudita que presentaba todos los síntomas de un atropello, una intimidación y un principio de persecución». Explicó que, por orden de la magistratura, les habían requisado la cinta de la llamada de los secuestradores y que las fuerzas del orden estaban procediendo a un registro en la sede de la emisora en búsqueda de no se sabía qué. Terminó asegurando que jamás de los jamases conseguirían ahogar la voz de la libre información representada por él y Televigata, y anunció que mantendría constantemente informado a su público acerca del desarrollo de la «grave situación».

Montalbano disfrutó durante un rato del jaleo que había organizado en la oficina de Nicolò Zito y regresó a la comisaría. Acababa de entrar cuando recibió una llamada de Livia.

—¿Salvo?

—¡Livia! ¿Qué ocurre? —Si ella lo llamaba al despacho, significaba que la cosa era seria.

—Me ha telefonado Marta.

Marta Gianturco era la mujer de un oficial de la Policía Portuaria, una de las pocas amigas de Livia en Vigàta.

—¿Y qué?

—Me ha dicho que encendiera el televisor para ver la edición extraordinaria de Televigata. —Pausa—. Ha sido horrible... la voz de esa pobre chica... desgarradora...

¿Qué se podía decir?

—Ya... pues sí —dijo Montalbano, aunque solo fuera para que viese que la escuchaba.

—Después Ragonese ha dicho que estáis registrando sus despachos.

—Bueno... la verdad es que...

—¿En qué situación estáis?

«Con el agua al cuello», habría querido responder, pero dijo:

—Nos estamos moviendo.

—¿Sospecháis que ha sido Ragonese el que ha secuestrado a la chica? —ironizó.

—Livia, no es momento para sarcasmos. Te he dicho que nos estamos moviendo.

—Eso espero —replicó con entonación tormentosa, similar a la que habría tenido un bajo y oscuro nubarrón.

Y colgó.

Bueno, ahora Livia se dedicaba a hacerle llamadas ofensivas y amenazadoras. ¿No era excesivo calificarlas de amenazadoras? No, no lo era. Era susceptible de denuncia. Vamos, no seas cabrón y deja que se te pase la rabia. ¿Ya te has calmado lo suficiente? ¿Sí? Pues entonces a lo tuyo. Llama a quien tengas que llamar y deja correr lo de Livia.

—¿Oiga? ¿El doctor Carlo Mistretta? Soy el comisario Montalbano.

—¿Hay alguna novedad?

—No, ninguna, lo lamento. Quisiera hablar con usted, doctor.

—Esta mañana estoy muy ocupado. Y esta tarde también. Estoy descuidando un poco a mis pacientes. ¿Qué le parece a última hora de la tarde? ¿Sí? Pues entonces podríamos vernos en casa de mi hermano hacia las...

—Disculpe, pero desearía hablar con usted a solas.

—¿Quiere que vaya a la comisaría?

—No es necesario que se moleste.

—Muy bien. Entonces pásese por mi casa hacia las ocho de la tarde. ¿De acuerdo? Vivo en... verás, es un poco difícil de explicar. Hagamos una cosa.

Podemos encontrarnos en el primer surtidor de gasolina que hay en la carretera de Fela, justo a la salida de Vigàta. A las ocho.

El teléfono volvió a sonar.

—¿*Dottori*? Hay una señora que quiere hablar con usted personalmente en persona. Dice que es una cosa personal de persona.

—¿Ha dicho su nombre?

—Piripipò me ha parecido, *dottori*.

¡No era posible! Movido por la curiosidad de saber cómo se llamaba en realidad la señora del teléfono, se puso al aparato.

—¿Es usía, *dutturi*? Soy Adelina Cirrinciò.

¡Su asistenta! No la veía desde la llegada de Livia. ¿Qué podía haberle ocurrido? A lo mejor ella también quería lanzarle una amenaza del tipo: «Si no liberas a la chica dentro de dos días, dejo de ir a tu casa a prepararte la comida». La perspectiva lo aterrorizó. Entre otras cosas porque recordó una de las frases preferidas de la mujer: «*Tilífuno y tiligrama traen disgracia*». De modo que si había echado mano del teléfono, significaba que el asunto era grave.

—Adeli, ¿qué sucede?

—*Dutturi*, quería participarle que Pippina ya parió.

Pero ¿quién era Pippina? ¿Y por qué tenía que contarle a él que había parido? La asistenta se percató del fallo de memoria del comisario.

—*Dutturi*, ¿es que lo ha olvidado? Pippina es la mujer de mi hijo Pasquali.

Adelina tenía dos hijos delincuentes que se pasaban la vida entrando y saliendo de la cárcel. Y Montalbano había ido a la boda del menor, Pasquale. ¿Ya habían transcurrido nueve meses? ¡Virgen santa, cómo pasaba el tiempo! Y se entristeció por dos razones: la primera, porque la vejez estaba cada vez más cerca; y la segunda, porque la vejez le llevaba a la mente ideas triviales y frases hechas como la que acababa de formular. Y la rabia por el hecho de haber pensado semejante trivialidad le impidió conmovearse.

—¿Niño o niña?

—Niño, *dutturi*.

—Felicidades y enhorabuena.

—Espere, *dutturi*. Pasquali y Pippina dicen que el padrino del bautizo tiene que ser usía.

Vaya, hombre, había hecho una concesión yendo a la boda y ahora le exigían que encima fuera el padrino del recién nacido.

—¿Y cuándo será el bautizo?

—Dentro de unos diez días.

—Adeli, dame dos días para pensarlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Cuándo se va la *siñurita* Livia?

Cuando llegó a la *trattoria* de costumbre, vio a Livia sentada a una mesa. Se notaba de lejos, por la mirada que le dirigió, que no estaba el horno para bollos.

—¿En qué situación estáis? —le soltó.

—¡Pero, Livia, hemos hablado de eso hace menos de una hora!

—¿Y qué? En una hora pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Y te parece este el lugar adecuado para tratar esos temas?

—Sí. Porque cuando vuelves a casa no me cuentas nada de tu trabajo. ¿O acaso quiere que vaya a hablar de ello a la comisaría, *dottore*?

—Livia, la verdad es que estamos haciendo todo lo que podemos. En este momento casi todos mis hombres, incluido Mimì, están batiendo junto con los de Montelusa la campiña de los alrededores en busca de...

—¿Y cómo es posible que, mientras tus hombres baten la campiña, tú estés comiendo tranquilamente conmigo en una *trattoria*?

—Así lo ha querido el jefe superior.

—¿El jefe superior ha querido que, mientras tus hombres trabajan y esa chica vive en el horror, tú te vayas a una *trattoria*?

¡Pero bueno, menuda lata!

—¡Livia, no vengas a *smurritiari* ahora!

—Conque te escondes detrás del dialecto, ¿eh?

—Livia, como agente provocador serías insuperable. El jefe ha repartido las tareas. Yo colaboro con Minutolo, que es el responsable de las investigaciones, mientras que Mimì Augello, junto con otros, se dedica a las pesquisas. Y es un trabajo muy duro.

—¡Pobre Mimì!

Todos eran pobres para Livia. La chica, Mimì... Solo él no era digno de compasión. Apartó el plato de simples espaguetis con ajo y aceite que había tenido que pedir dada la presencia de Livia, y al verlo Enzo, el propietario de la *trattoria*, se acercó presuroso con expresión preocupada.

—¿Qué sucede, *dottore*?

—Nada, es que no tengo mucho apetito —mintió.

Livia no dijo ni pío y siguió comiendo. En un intento de aliviar la tensión y estar en condiciones de saborear el segundo plato —sargos con una salsita cuyo anticipo le llegaba a través de los efluvios procedentes de la cocina—, decidió contarle la llamada de la asistenta. Pinchó en hueso.

—Esta mañana me ha llamado Adelina al despacho.

—Ah. —Seco, soltado como un disparo de revólver.

—¿Qué significa ese «ah»?

—Significa que Adelina te llama al despacho porque en casa podría contestar yo y eso la alteraría.

—Bueno, pues dejémoslo.

—No; tengo curiosidad. ¿Qué quería?

—Quiere que yo sea el padrino de un nieto suyo, el hijo de su Pasquale.

—¿Y qué le has contestado?

—Le he pedido dos días para pensarlo. Pero reconozco que me inclino a decir que sí.

—¡Tú estás loco! —estalló Livia levantando la voz.

El contable Militello, que estaba sentado a la mesa de la izquierda, se quedó con el tenedor suspendido en el aire y la boca abierta; al *dottor* Piscitello, sentado a la mesa de la derecha, se le atragantó el sorbo de vino que iba a beber.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Montalbano, que no esperaba una reacción tan violenta.

—¿Cómo que por qué? Pasquale, ese hijo de tu amadísima criada, ¿no es un delincuente habitual? ¿Acaso tú mismo no lo has detenido varias veces?

—¿Y qué? Yo seré el padrino de un recién nacido que, hasta que se demuestre lo contrario, no ha tenido tiempo de convertirse en delincuente habitual como su padre.

—No me refiero a eso. ¿Tú sabes lo que significa ser padrino de un niño?

—¡Qué sé yo! Sostenerlo en brazos mientras el cura...

Livia movió el dedo índice como un limpiaparabrisas.

—Ser padrino de un niño, querido, significa asumir unas responsabilidades muy concretas. ¿Lo sabías?

—No —contestó con sinceridad.

—El padrino, en caso de imposibilidad del padre, tiene que sustituirlo en todo lo que respecta al hijo. Se convierte en una especie de suplente del padre.

—¿De veras? —preguntó, impresionado.

—Infórmate si no me crees. Por consiguiente, puede ocurrir que detengas a ese Pasquale y, mientras esté en la cárcel, tengas que preocuparte de las necesidades de su hijo, su educación... ¿Te das cuenta?

—¿Les sirvo los sargos? —preguntó Enzo.

—No —contestó Montalbano.

—Sí —dijo Livia.

Se negó a que la acompañara en automóvil y regresó a Marinella en autobús. Montalbano, visto que no había comido nada, renunció a su paseo por el muelle y volvió al despacho cuando aún no habían dado las tres. Catarella le salió al paso en la entrada.

—*¡Dottori, Dottori, ah, dottori!* El señor jefe superior telefónico.

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo está al *tilífono!*

Atendió la llamada desde el trastero que hacía las veces de centralita.

—¿Montalbano? Póngase en acción de inmediato —dijo la autoritaria voz de Bonetti-Alderighi.

¿Y cómo se ponía en acción? ¿Pulsando un botón? ¿Accionando una manivela? Los cojones que empezaban a darle vueltas como hélices en cuanto oía la voz del jefe superior, ¿eso no era ya ponerse en acción?

—A sus órdenes.

—Acaban de comunicarme que el *dottor* Augello ha sufrido una caída en el transcurso de las investigaciones y se ha lastimado. Hay que reemplazarlo de inmediato. Vaya usted con carácter provisional. No tome iniciativas. Yo me encargaré personalmente de enviar lo antes posible a alguien más joven.

¡Ah, qué amable y delicado era el señor jefe superior! ¡Alguien más joven! Pero ¿qué se creía? ¿Que era todavía un bebé con pañales y biberón?

—¡Gallo! —Montalbano pronunció el nombre con toda la rabia que le hervía dentro.

Gallo se presentó como una exhalación.

—¿Qué ocurre, *dottore*?

—Averigua dónde está el *dottor* Augello. Parece que se ha hecho daño. Tenemos que ir enseguida a relevarlo.

Gallo palideció.

—¡Virgen santa! —dijo.

¿Por qué se preocupaba tanto por Mimì Augello? El comisario trató de consolarlo.

—Bueno, no creo que se trate de nada grave. Habrá resbalado y...

—*Dottore*, lo decía por mí.

—¿Qué te pasa?

—*Dottore*, debo de haber comido algo que me ha sentado mal... y he de ir constantemente al retrete.

—Eso quiere decir que tendrás que aguantarte.

Gallo salió farfullando en voz baja y regresó a los pocos minutos.

—El *dottor* Augello y su equipo se encuentran en el término de Canello, junto a la carretera de Gallotta. A tres cuartos de hora de aquí.

—Vamos allá. Coge el vehículo de servicio.

Llevaban más de media hora circulando por la carretera provincial, cuando Gallo se giró hacia el comisario y dijo:

—*Dottore*, ya no aguanto más.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Tres kilómetros escasos, pero es que...

—Bueno, para en cuanto puedas.

A mano derecha arrancaba una especie de vereda marcada por un árbol en cuyo tronco había una tabla con una inscripción en letras rojas: HUEVOS FRESCOS. Los campos estaban baldíos. Eran puros bosques de matojos.

Gallo se adentró en la vereda a toda prisa y se ocultó tras una mata de tabaco. Montalbano bajó del coche y encendió un cigarrillo. A unos treinta metros de distancia había un dado blanco, una casita rural con una pequeña explanada delante. Era allí donde vendían los huevos frescos. Se acercó a la cuneta y se llevó la mano a la bragueta, pero la cremallera se enganchó con la camisa y se negó a seguir abriéndose. Montalbano inclinó la cabeza para ver qué ocurría y en ese momento un reflejo le alcanzó en los ojos. En cuanto terminó su necesidad, el fenómeno volvió a presentarse y la escena se repitió: él inclinó la cabeza y sintió de nuevo el reflejo en los ojos. Entonces miró hacia el lugar del que procedía el destello y, oculta tras un matorral, vio una forma redondeada y comprendió de inmediato de qué se trataba. Era un casco de motorista. Pequeño, para una cabeza de mujer. Debía de llevar allí muy poco tiempo, pues solo tenía una ligera capa de polvo. Estaba nuevo y sin abolladuras. Sacó el pañuelo del bolsillo, se cubrió con él la palma de la mano derecha y los dedos, cogió el casco y le dio la vuelta. Se veía muy limpio, no había manchas de sangre. Sobre el negro del acolchado destacaban dos o tres largos cabellos rubios que habían quedado atrapados en el interior. Tuvo la certeza, como si el propietario hubiera estampado en él su firma, de que aquel era el casco de Susanna.

—*Dottore*, ¿dónde está?

Era la voz de Gallo. Montalbano dejó el casco donde lo había encontrado y se incorporó.

—Ven aquí.

Gallo se acercó con curiosidad y el comisario le señaló el hallazgo:

—Creo que es el de la chica.

—¡Joder, vaya chiripa que tiene! —exclamó sin poder contenerse.

—¡Y un cuerno! —replicó el comisario, sacando su orgullo de investigador.

—Pero si el casco está aquí, ¿significa que tienen a la chica por los alrededores!

—Eso es lo que quieren que creamos. Es una pista falsa.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Ponte en contacto con el equipo de Augello y diles que envíen enseguida a un agente para vigilar. Y tú no te muevas de aquí hasta que

llegue, no sea que alguien coja el casco. Ah, y aparta el coche de ahí. Está obstaculizando el paso.

—¿Y quién cree que va a pasar por aquí?

Montalbano no contestó y emprendió la marcha.

—¿Adónde va?

—A ver si de verdad tienen huevos frescos.

Mientras se acercaba a la casita, oía cada vez más fuerte el cacareo de unas gallinas que, sin embargo, no se veían, pues el corral debía de estar en la parte de atrás. Al llegar a la explanada vio salir por la puerta de la casa a una mujer de unos treinta años, alta, de cabello oscuro, tez clara y cuerpo sensacional, vestida de punta en blanco y con zapatos de tacón. Montalbano pensó que era una señora que había ido a comprar huevos, pero ella le preguntó sonriendo:

—¿Por qué ha dejado el coche tan lejos? Podía haberlo traído hasta aquí.

El comisario hizo un gesto vago con la mano.

—Pase —dijo la mujer, precediéndolo.

Un tabique dividía la casa en dos espacios. En el primero, que parecía el comedor, había una mesa sobre la que descansaban cuatro cestitas con huevos frescos, dos sillas con asiento de paja, un aparador sobre el que estaba el teléfono, una nevera y una cocina de gas. En el rincón del fondo, una cortina de plástico ocultaba un pequeño cubículo. Lo único que desentonaba allí era un catre arrimado a la pared que hacía las veces de sofá. Todo resplandecía de limpieza. La mujer miraba a Montalbano sin decir nada, hasta que al final se decidió a preguntar con una sonrisa que él no supo interpretar:

—¿Quiere huevos o...?

¿Qué significaba aquel «o»? Lo único que podía hacer era probar a ver qué ocurría.

—O —contestó.

La mujer fue a la habitación de atrás, echó un rápido vistazo desde el umbral y entró. El comisario pensó que en aquel cuarto, evidentemente el dormitorio, debía de haber alguien, tal vez un chiquillo dormido. A continuación, la vio sentarse en el catre y quitarse los zapatos. Empezó a desabrocharse la blusa.

—Cierra la puerta de la entrada. Si quieres lavarte, detrás de la cortina hay de todo —le dijo.

Ahora el comisario ya sabía el significado de aquel «o». Levantó el brazo.

—Ya vale.

8

La mujer lo miró perpleja.

—Soy el comisario Montalbano.

—¡Virgen bendita! —dijo ella, ruborizándose y levantándose como impulsada por un resorte.

—No te asustes. ¿Tienes autorización para vender huevos?

—Sí, señor. Ahora mismo voy a buscarla.

—No, no necesito verla, pero unos compañeros míos seguramente te la pedirán.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Primero contéstame tú a mí. ¿Vives sola aquí?

—No, señor, con mi marido.

—¿Dónde está ahora?

—*Drabbanna*.

¿Allí? ¿En la otra habitación? Montalbano puso unos ojos como platos. ¡Pero cómo! ¿El marido estaba allí tan tranquilo mientras su mujer follaba con el primero que pasaba?

—Llámallo.

—No puede venir.

—¿Por qué?

—*Unn'avi gammi*. —«No tiene piernas»—. Tuvieron que cortárselas después de la desgracia —explicó.

—¿Qué desgracia?

—Estaba trabajando en el campo y el tractor volcó.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres años. Llevábamos dos casados.

—Déjame verlo.

La mujer fue a abrir la puerta y se apartó. Nada más entrar, la nariz del comisario se vio asaltada por una vaharada de olor a medicamentos. Tumbado en una cama de matrimonio había un hombre medio adormilado que respiraba con dificultad. En un rincón se apretujaban un televisor y una butaca. El tocador estaba literalmente cubierto de medicinas y jeringas.

—También tuvieron que cortarle la mano izquierda —dijo ella en voz baja—. Día y noche sufre unos dolores terribles.

—¿Por qué no lo llevas al hospital?

—Lo cuido mejor yo. Pero las medicinas son muy caras, y no quiero que le falten. Por eso recibo hombres. El *dutturi* Mistretta me dijo que le pusiera una inyección cuando no pudiese aguantar el dolor. Hace una hora lloraba como una magdalena, me pedía que lo matara, quería morir. Y le he puesto la inyección.

Montalbano miró hacia el tocador. Morfina.

—Vamos fuera.

Regresaron al comedor.

—¿Te has enterado de que han secuestrado a una chica?

—Sí, señor. Lo he visto en la televisión.

—¿Estos últimos días has observado algo extraño por la zona?

—Nada.

—¿Seguro?

La mujer titubeó.

—La otra noche... pero puede que sea una tontería.

—Dilo de todos modos.

—La otra noche oí que se acercaba un coche... Pensé que era alguien que venía a verme y me levanté de la cama.

—¿También recibes clientes de noche?

—Sí, señor. Pero son hombres de bien, educados, que no quieren que los vean merodeando por aquí de día. Y siempre llaman por teléfono antes. Por eso me extrañó aquel coche, porque nadie había llamado. Llegó hasta la explanada, porque aquí hay espacio para maniobrar, y dio media vuelta.

Imposible que aquella pobre mujer y aquel desventurado atado a una cama tuvieran alguna relación con el secuestro. Además, la casa estaba muy a la vista y era demasiado frecuentada de día y de noche.

—Oye —dijo Montalbano—, en el cruce he encontrado una cosa que a lo mejor pertenece a la chica raptada.

La mujer se puso tan blanca como una sábana.

—Nosotros no tenemos nada que ver —dijo con firmeza.

—Lo sé. Pero vendrán a interrogarte. Cuenta lo del coche, pero no digas que recibes visitas de noche. Y que no te vean vestida así. Quítate el maquillaje y esos zapatos de tacón. En cuanto al catre, escóndelo en el dormitorio. Tú solo vendes huevos, ¿está claro?

Oyó el rumor de un automóvil y salió. Era el agente que había pedido Gallo. Pero con él iba también Mimì Augello.

—Estaba a punto de relevarte —le dijo Montalbano.

—Ya no hace falta. Han enviado a Bonolis. Es evidente que al jefe superior no le apetece confiarte el mando ni siquiera un minuto. Nosotros podemos regresar a Vigàta.

Mientras Gallo le mostraba al agente el lugar donde estaba el casco, Mimì subió al otro coche con la ayuda de Montalbano.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Me caí en una zanja llena de piedras y seguro que me he roto alguna costilla. ¿Has informado del hallazgo del casco?

Montalbano se dio un manotazo en la frente.

—¡Vaya, se me ha olvidado!

Augello conocía demasiado bien a Montalbano para saber que cuando se olvidaba de algo, era porque no le apetecía hacerlo.

—¿Quieres que llame yo?

—Sí. Telefona a Minutolo y cuéntale lo ocurrido.

Ya estaban de camino a Vigàta cuando Augello dijo con tono indiferente:

—¿Sabes una cosa?

—¿Lo haces a propósito?

—¿Qué?

—Preguntarme si sé una cosa. Es algo que me ataca los nervios.

—Bueno, está bien. Hace un par de horas los carabineros han hallado la mochila de la chica.

—¿Seguro que es la suya?

—¡Desde luego! ¡Dentro estaba su carnet de identidad!

—¿Y qué más había?

—Nada más.

—Menos mal —dijo el comisario—. Uno a uno.

—No entiendo.

—Nosotros hemos encontrado una cosa y los carabineros, otra. Estamos empatados. ¿Dónde estaba la mochila?

—En la carretera de Montereale. Detrás de la piedra que señala el kilómetro cuatro. Bastante a la vista.

—O sea, al otro lado de donde estaba el casco.

—Justamente.

Se hizo el silencio.

—¿Ese «justamente» significa que piensas lo mismo que yo?

—Justamente.

—Tu capacidad de síntesis es extraordinaria. Voy a intentar glosar tu discurso con palabras más claras. A saber, que todas estas pesquisas, todas estas batidas, son tan solo una pérdida de tiempo, una solemnísima bobada.

—Justamente.

—Bien. Continúo. Según nosotros dos, la misma noche de los hechos los secuestradores dieron una vuelta en coche y arrojaron aquí y allá objetos que pertenecían a Susanna para crear una serie de pistas falsas. Lo cual quiere decir...

—... que la chica no está prisionera cerca de los lugares donde se están encontrando sus efectos personales —concluyó Mimì, y añadió—: Y habría que hablar de este tema con el jefe superior; de lo contrario acabará enviándonos a Calabria a batir el Aspromonte.

Cuando llegó al despacho, Montalbano halló a Fazio con un maletín en la mano.

—¿Te vas?

—No, señor *dottore*. Regreso al chalet. El *dottor* Minutolo quiere que atienda yo el teléfono. Aquí dentro llevo una muda.

—¿Tenías que decirme algo?

—Sí, señor. *Dottore*, después de la emisión extraordinaria de *Televigata*, el teléfono del chalet se ha colapsado... nada interesante, peticiones de entrevistas, palabras de solidaridad, gente que reza por la chica, cosas de ese tipo. Pero ha habido dos llamadas de carácter distinto. La primera era de un exadministrativo de la Peruzzo.

—¿Y qué es la Peruzzo?

—No lo sé, *dottore*. Pero él se ha presentado así. Ha dicho que su nombre no importaba y me ha pedido que le dijera al señor Mistretta que el orgullo es bueno, pero que demasiado hace daño. Eso es todo.

—Bah. ¿Y la otra?

—Era una voz de anciana. Deseaba hablar con la señora Mistretta, pero al final ha comprendido que no podía ponerse al teléfono y entonces me ha dicho que le repitiera estas palabras textuales: «La vida de Susanna está en tus manos, despeja el camino y da el primer paso».

—¿Tienes idea de qué quería decir con eso?

—No. *Dottore*, he de irme. ¿Pasará usía por el chalet?

—Esta noche no creo. Oye, ¿le has comentado lo de esas llamadas al *dottor Minutolo*?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque he pensado que no las consideraría importantes. Mientras que a usía tal vez le parecieran de interés.

Fazio se retiró.

Buen policía. Había comprendido que aquellas dos extrañas llamadas tenían algo en común; no era gran cosa, pero era algo. En efecto, tanto el exadministrativo de la Peruzzo como la anciana invitaban a los Mistretta, marido y mujer, a cambiar de actitud. El primero aconsejaba al marido una mayor flexibilidad y la segunda sugería a la mujer que tomara la iniciativa, ni más ni menos, que «despejara el camino». Puede que la investigación, hasta entonces dirigida totalmente hacia el exterior, tuviera que cambiar el sentido de la marcha e indagar en el interior de la familia de la secuestrada. Sería importante hablar con la señora Mistretta. Pero ¿en qué condiciones se encontraba la enferma? ¿Y cómo justificar las preguntas si ella no estaba al

corriente del rapto de su hija? El doctor Mistretta podría prestarle una ayuda considerable. Consultó el reloj. Eran las ocho menos veinte.

Llamó a Livia para decirle que no llegaría a tiempo para la cena y se tragó su irritada reacción sin replicar porque no tenía tiempo para discutir.

—¿Es que no hay manera de cenar a la hora en esta casa?

Volvió a sonar el teléfono: era Gallo. Los médicos del hospital de Montelusa habían decidido mantener a Mimì en observación.

Llegó a las ocho en punto, con precisión de reloj suizo, al primer surtidor de gasolina de la carretera de Fela, pero no había ni rastro del doctor Mistretta. Al cabo de diez minutos y dos cigarrillos, el comisario empezó a preocuparse. De los médicos nunca puede fiarse uno. Cuando acudes a su consultorio para una visita, te hacen esperar una hora como mínimo; y si te citas con ellos fuera, también se presentan una hora después con la excusa de que un paciente ha llegado en el último momento.

El doctor Mistretta detuvo su todoterreno al lado del automóvil de Montalbano con un retraso de solo media hora.

—Perdone, pero en el último momento un paciente...

—Comprendo.

—¿Me sigue?

Se pusieron en marcha, uno delante y el otro detrás. Y circulando así avanzaron y avanzaron, abandonaron la nacional, luego la provincial y se adentraron por senderos que rápidamente iban dejando a su espalda. Al final llegaron a la entrada de un chalet apartado, mucho más grande y mejor conservado que el del hermano geólogo. Un muro muy alto rodeaba la finca. Pero ¿es que estos Mistretta se sentían inferiores al resto si no vivían en casas de campo? El médico bajó, abrió la verja y entró con el automóvil, haciendo señas a Montalbano para que lo siguiera.

Aparcaron en el jardín, que no estaba tan descuidado como el de su hermano, aunque le faltaba poco.

A la derecha se veía una especie de almacén de techo bajo, tal vez unos antiguos establos. El médico abrió la puerta de la casa, encendió las luces e hizo pasar al comisario a un espacioso salón.

—Un momento, voy a cerrar la verja.

Era evidente que vivía solo. El salón estaba bien amueblado. Una rica colección de objetos de vidrio pintados ocupaba toda una pared. Montalbano contempló aquellos brillantes colores, signos ingenuos y refinados a la vez. Otra pared estaba parcialmente cubierta por estantes de libros. No de medicina o científicos, como él había supuesto en un principio, sino novelas.

—Disculpe —dijo Mistretta al entrar de nuevo—, ¿puedo ofrecerle algo?

—No, gracias. ¿No está usted casado, doctor?

—De joven jamás se me pasó por la mente casarme. Y después tenía demasiados años para hacerlo.

—¿Vive solo aquí?

El médico esbozó una sonrisa.

—Comprendo lo que quiere decir. Esta casa es demasiado grande para una persona. Antigüamente había viñedos y olivares alrededor. En el almacén de al lado hay ruedas de molino, cubas, almazaras inservibles... Y el piso de arriba está cerrado desde tiempo inmemorial. Sí, hace años que vivo solo. De las tareas domésticas se encarga una asistente que viene tres días a la semana. Para las comidas, me las arreglo yo... —Hizo una pausa—. O si no, voy a comer a casa de una amiga mía... Sí, no me importa que lo sepa, tarde o temprano iba a averiguarlo. Es una viuda con la que mantengo una relación desde hace más de diez años. Y eso es todo.

—Le agradezco su franqueza, doctor, pero el motivo de querer hablar con usted es averiguar algo acerca de la enfermedad de su cuñada, siempre y cuando usted quiera y pueda...

—Mire, señor comisario, aquí no hay ningún secreto profesional que deba guardar. Mi cuñada fue envenenada. Un envenenamiento irreversible que está llevándola inexorablemente a la muerte.

—¿La envenenaron?

Un mazazo en la cabeza, una piedra caída del cielo, un tortazo en pleno rostro. El golpe repentino y violento de aquella revelación hecha con tanta serenidad y casi sin la menor emoción afectó físicamente al comisario hasta el extremo de que las orejas le hicieron «riiing». ¿O acaso aquel brevísimo «riiing» había sonado de verdad? ¿Quizá habían llamado al timbre de la

puerta? ¿Tal vez el teléfono que estaba encima de la consola había hecho amago de sonar? Pero el médico no parecía haber oído nada.

—¿Por qué utiliza el plural? —preguntó Mistretta sin alterarse, como un maestro que señalara un pequeño error en una redacción—. Quien la envenenó fue un solo hombre.

—¿Y usted sabe quién fue?

—Por supuesto —contestó sonriendo.

No, bien mirado no era una sonrisa lo que había tomado forma en el rostro de Carlo Mistretta, sino más bien una mueca. O más exactamente una risa maliciosa.

—¿Por qué no lo denunció?

—Porque no es legalmente perseguible. Quien desee denunciarlo solo podrá hacerlo ante Dios Todopoderoso, el cual, por lo demás, ya debe de estar al corriente de todo.

Montalbano empezó a comprender.

—Cuando dice que la señora fue envenenada, habla usted de manera metafórica, ¿verdad?

—Digamos que no me atengo a términos estrictamente científicos. Utilizo palabras y expresiones que, como médico, no debería usar. Pero usted no ha venido aquí para escuchar un parte médico.

—¿Y con qué fue envenenada la señora?

—Con la vida. Como ve, sigo utilizando conceptos inaceptables en un diagnóstico. Con la vida. O, mejor dicho, alguien la forzó a emprender una travesía por un camino poco transitable de la existencia. Y Giulia, en determinado momento, se negó a seguir adelante. Abandonó toda defensa, toda resistencia, y se hundió por completo.

Carlo Mistretta sabía hablar muy bien. Pero el comisario necesitaba hechos concretos, no frases bonitas.

—Disculpe, doctor, pero me veo obligado a formularle más preguntas. ¿Fue su marido, tal vez involuntariamente...?

Los labios de Carlo Mistretta dejaron entrever los dientes. Era su manera de sonreír.

—¿Mi hermano? ¿Bromea? Daría la vida por su mujer. Y cuando usted conozca toda la historia, comprenderá que esa suposición es absurda.

—¿Un amante?

El médico lo miró aturdido.

—¿Cómo?

—Quería decir otro hombre... un desengaño amoroso. Perdone, pero...

—Creo que el único hombre en la vida de Giulia ha sido mi hermano.

Y ahí Montalbano perdió la paciencia. Se había cansado de jugar a las adivinanzas. Además, la verdad era que Carlo Mistretta no le caía demasiado bien. Estaba a punto de empezar a hacer preguntas menos respetuosas cuando el doctor, como si hubiera advertido su cambio de actitud, levantó una mano para detenerlo.

—El hermano —dijo.

¡Jesús! ¿De dónde salía ahora ese hermano? ¿Y hermano de quién?

Presentía que entre tantos hermanos, tíos, cuñados y sobrinos acabaría perdiendo la cabeza.

—El hermano de Giulia —añadió el médico.

—¿La señora tiene un hermano?

—Sí, Antonio.

—¿Y cómo es posible que no...?

—No ha dado señales de vida, ni siquiera en esta dramática circunstancia, porque hace tiempo que no se tratan. Mucho tiempo.

Y entonces a Montalbano le pasó una cosa que le sucedía a menudo en el transcurso de las investigaciones, y era que en su cerebro se juntaban de golpe datos aparentemente no relacionables entre sí y cada pieza se colocaba en su correspondiente lugar del rompecabezas. Y eso le ocurría antes incluso de que fuese consciente de ello, de modo que fueron sus labios los que dijeron casi al margen de su voluntad:

—¿Pongamos... desde hace seis años?

Mistretta lo miró sorprendido.

—¿Ya lo sabe usted?

Montalbano hizo un gesto con la mano que no significaba nada.

—No desde hace seis años —puntualizó el médico—, pero todo empezó hace seis años. Verá, mi cuñada Giulia y su hermano Antonio, que es tres años menor que ella, quedaron huérfanos en su infancia. Una desgracia. Los padres murieron en un accidente ferroviario, y dejaron unas pequeñas

propiedades. Los niños fueron acogidos en su casa por un tío materno que estaba soltero y siempre los trató con mucho cariño. Giulia y Antonio crecieron muy unidos, como suele ocurrir entre los huérfanos. Poco después de que ella cumpliera dieciséis años, el tío murió. Tenían muy poco dinero, por lo que Giulia dejó el instituto para que Antonio pudiera seguir estudiando y se puso a trabajar como dependienta. Mi hermano Salvatore la conoció cuando ella tenía veinte años, y se enamoró. Pero Giulia se negó a casarse con él sin antes ver a Antonio licenciado y colocado. Jamás aceptó la menor ayuda económica de su futuro marido, lo hizo todo ella. Con el tiempo Antonio se convirtió en ingeniero y encontró un buen puesto de trabajo, y Giulia y Salvatore pudieron casarse. Al cabo de tres años, a mi hermano le ofrecieron un empleo en Uruguay. Aceptó y se fue allí con su mujer. Entretanto...

El timbre del teléfono en el silencio del chalet y la campiña que lo rodeaba fue como una ráfaga de kalashnikov. El médico se levantó de golpe y se acercó a la consola sobre la que descansaba el aparato.

—¿Diga? Sí, dígame... ¿Cuándo? Sí, voy ahora mismo... El comisario Montalbano está aquí conmigo. ¿Quiere hablar con él?

Se volvió sin decir nada y le tendió el auricular. Era Fazio.

—¿*Dottore*? Lo he buscado en la comisaría y en casa, pero no han sabido decirme... Los secuestradores han llamado hace diez minutos... Es mejor que venga usted también.

—Voy ahora mismo.

—Un momento —dijo Carlo Mistretta—, he de coger unos medicamentos para Salvatore, está trastornado.

Se retiró. Habían llamado antes de lo previsto. ¿Por qué? ¿Quizá les había fallado algo y ya no disponían de tiempo? ¿O era una simple táctica para crear confusión? El médico regresó con un maletín.

—Yo iré delante. Sígame. Tomaremos un atajo.

9

Llegaron al chalet de Salvatore en menos de media hora. Les abrió la verja un agente de Montelusa que no conocía al comisario. Dejó pasar al médico e impidió el paso del vehículo de Montalbano.

—¿Quién es usted?

—¡Lo que daría yo por saberlo! Digamos que, convencionalmente, soy el comisario Montalbano.

El agente lo miró extrañado, pero le permitió entrar. En el salón solo se encontraban Minutolo y Fazio.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó el médico.

—Arriba —contestó Minutolo—. Cuando oyó el mensaje estuvo a punto de desmayarse, y la enfermera lo convenció de que se tumbara un rato.

—Voy a verlo.

Y se retiró con su maletín. Entretanto, Fazio había preparado los aparatos junto al teléfono.

—Puede que este también sea un mensaje grabado —advirtió Minutolo—. Y esta vez van al grano. Escucha.

Prestad atención. Susanna se encuentra bien de salud, pero está desesperada por volver junto a su madre. Preparad seis mil millones. Repito, seis mil millones. Los Mistretta saben dónde hallarlos. Hasta pronto.

La misma voz masculina falseada de la primera vez.

—¿Han conseguido localizar de dónde llamaban? —preguntó Montalbano.

—¡Qué preguntas haces! —replicó Minutolo.

—Esta vez no se oye a Susanna.

—Pues no.

—Y hablan de miles de millones.

—¿Y de qué quieres que hablen? —preguntó irónicamente Minutolo.

—De euros.

—¿Acaso no es lo mismo?

—No, no lo es. A no ser que tú seas como esos comerciantes para quienes mil liras equivalen a un euro.

—Explícate.

—No es nada, una simple impresión.

—Cuéntamela.

—La cabeza del que envía el mensaje funciona a la antigua, le resulta más natural contar en liras que en euros. No ha dicho tres millones de euros, sino seis mil millones. En resumen, eso para mí significa que el que llama tiene cierta edad.

—O que quiere confundirnos, como ha hecho al dejar el casco en un sitio y la mochila en otro.

—¿Puedo salir un momento? Necesito un poco de aire. Vuelvo dentro de cinco minutos. Total, si llama alguien, ya están ustedes —dijo Fazio. No es que lo necesitara realmente, pero no le parecía bien permanecer allí escuchando la conversación de sus jefes.

—Ve, ve —dijeron a un tiempo Minutolo y Montalbano.

—Sin embargo, hay una importante novedad en esta llamada —dijo Minutolo, reanudando su reflexión.

—Sí. El secuestrador está convencido de que los Mistretta saben dónde buscar los seis mil millones.

—Mientras que nosotros no tenemos la más mínima idea.

—Pero podríamos tenerla.

—¿Cómo?

—Poniéndonos del lado de los raptos.

—¿Estás de guasa?

—En absoluto. Nosotros también podríamos obligar a los Mistretta a dar los pasos necesarios en la dirección apropiada para obtener la suma del rescate. Y esos pasos podrían aclararnos muchas cosas.

—No te entiendo.

—Resumo. Esos tipos sabían desde el principio que los Mistretta no podían pagar y sin embargo secuestraron a la chica. ¿Por qué? Porque sabían que los Mistretta, en caso necesario, tenían la posibilidad de conseguir el dinero. ¿Bien hasta aquí?

—Bien.

—Pero no eran los únicos que lo sabían.

—¿No?

—No.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Fazio me ha informado de dos extrañas llamadas. Dile que te lo cuente.

—¿Y por qué no me ha dicho nada?

—Se le habrá olvidado —mintió Montalbano.

—En resumen, ¿qué se supone que debería hacer yo ahora?

—¿Has informado al juez de esta llamada?

—Todavía no, pero lo haré ahora mismo. —Hizo ademán de descolgar el auricular.

—Espera. Deberías sugerirle que, ahora que los secuestradores han formulado una petición concreta, sería conveniente bloquear los bienes del señor Mistretta y su mujer. E informar de todo ello a la prensa.

—¿Y qué sacamos con eso? Los Mistretta no tienen una lira, lo sabe todo el mundo. Sería algo puramente formal.

—Sería formal si quedara entre tú, yo, el juez y los Mistretta. Tal vez eso del poder de la opinión pública sea una chorrada, pero hay quienes aseguran que tiene importancia. Y la opinión pública empezará a preguntarse si es cierto que los Mistretta saben dónde encontrar el dinero y, en ese caso, por qué no hacen nada por conseguirlo. Quizá los propios secuestradores puedan decir qué es lo que deben hacer los Mistretta. Y algo acabaría por salir a la luz. Porque a primera vista, amigo mío, esto no me parece un simple secuestro.

—Entonces ¿qué es?

—No lo sé. Me recuerda una partida de billar, cuando el jugador busca el apoyo de las bandas para lograr la carambola.

—¿Sabes qué te digo? En cuanto se recupere un poco el padre de Susanna, empezaré a apretarle las tuercas.

—Hazlo si quieres. Pero ten en cuenta una cosa: aunque dentro de cinco minutos sepamos la verdad, el juez debe actuar como hemos establecido. Yo, con tu permiso, hablaré con el médico en cuanto baje. Me encontraba con él en su casa cuando Fazio lo ha llamado, y estaba contándome unas cosas muy interesantes.

En ese momento entró en el salón Carlo Mistretta.

—¿Es verdad que han pedido seis mil millones?

—Sí —contestó Minutolo.

—¡Pobre sobrina mía! —exclamó.

—Venga a respirar un poco de aire fresco —lo invitó Montalbano.

El hombre lo siguió como un sonámbulo hasta un banco del jardín y Fazio se apresuró a regresar al salón. Montalbano estaba a punto de abrir la boca cuando, una vez más, el médico se le adelantó.

—Esta llamada viene al caso de lo que le contaba en mi casa.

—Estoy convencido —dijo el comisario—. Por consiguiente convendría, si usted se siente con ánimos...

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—Cuando su hermano y su mujer se trasladan a Uruguay.

—Ah, sí. Al cabo de un año Giulia le escribió una larga carta a Antonio para proponerle que se reuniera con ellos. El país estaba en pleno desarrollo económico y había muy buenas perspectivas de trabajo. Salvatore se había granjeado el aprecio de personas importantes y podía echarle una mano... He olvidado decirle que Antonio se había licenciado en Ingeniería Civil, ya sabe, puentes, viaductos, carreteras... Bien, aceptó y emprendió el viaje. En los primeros tiempos mi cuñada lo ayudó sin escatimar esfuerzos. Él estuvo cinco años en Montevideo. Se habían comprado dos apartamentos en la misma finca para estar juntos, entre otras cosas porque Salvatore, por motivos de trabajo, se ausentaba largas temporadas y se sentía más tranquilo sabiendo que no dejaba sola a la recién casada. Resumiendo, en aquellos cinco años Antonio amasó una fortuna. No tanto como ingeniero, como después me explicó Salvatore, cuanto por su habilidad para manejarse entre las zonas francas que tanto abundaban por allí... una manera más o menos legal de evadir y hacer que otros evadieran impuestos.

—¿Por qué lo dejó?

—Decía que echaba de menos Sicilia. Que ya no aguantaba más. Y que, con todo lo que había ganado, ya podía establecerse por su cuenta. Pero mi hermano sospechó, no entonces sino más tarde, que hubo un motivo más serio.

—¿A saber?

—Que había dado un paso en falso y temía por su vida. En los dos meses anteriores a su partida estaba de un humor terrible, pero Giulia y Salvatore lo atribuían a la inminente separación. Formaban una familia. Y de hecho, Giulia lo pasó muy mal con la marcha de su hermano. Hasta el extremo de que Salvatore aceptó una oferta de trabajo en Brasil solo para que ella pudiera vivir en un ambiente distinto.

—¿Y no volvieron a verse hasta...?

—No, no. Aparte de que se escribían y llamaban constantemente, Giulia y Salvatore venían a Italia al menos una vez cada dos años y pasaban las vacaciones con Antonio. Piense que cuando nació Susanna... —Al pronunciar ese nombre, la voz del médico se quebró—. Cuando nació Susanna, que llegó cuando ya no esperaban tener hijos, vinieron aquí a bautizarla para que su padrino fuera Antonio, pues él estaba demasiado ocupado para viajar. Hace ocho años mi hermano y Giulia regresaron definitivamente. Estaban cansados; habían recorrido casi toda América del Sur y querían que la niña creciera entre nosotros. Además, Salvatore había ahorrado un montón de dinero.

—¿Podía calificársele de hombre rico?

—Sinceramente sí. Era yo quien se encargaba de todo. Invertía las transferencias que me enviaba en títulos, terrenos, casas... En cuanto llegaron, Antonio les comunicó que tenía novia y no tardaría en casarse. La noticia sorprendió a mi cuñada: ¿por qué su hermano jamás le había insinuado siquiera que había conocido a una chica con quien tenía la intención de casarse? Obtuvo la respuesta cuando él le presentó a Valeria, su futura esposa. Una joven de veinte años, guapísima. Él ya rozaba los cincuenta, y había perdido la cabeza por aquella chica.

—¿Aún siguen casados? —preguntó Montalbano con involuntaria malicia.

—Sí. Pero Antonio no tardó en descubrir que, para conservarla a su lado, tendría que cubrirla de regalos y satisfacer todos sus deseos.

—¿Y se arruinó?

—No, las cosas no fueron así. Ocurrió lo de Manos Limpias.

—Un momento —lo interrumpió—. La historia de Manos Limpias empezó en Milán hace más de diez años, cuando su hermano y su cuñada aún vivían en el extranjero, antes de la boda de Antonio.

—Sí. Pero ya sabe usted cómo funciona este país. Todo lo que ocurre en el norte, fascismo, liberación, industrialización, llega a nosotros con mucho retraso, como una ola perezosa. El caso es que también un magistrado de aquí acabó por despertar. Antonio había obtenido muchas adjudicaciones de obras públicas. No me pregunte cómo lo hizo porque ni lo sé ni quiero saberlo, aunque es fácil de adivinar.

—¿Fue sometido a investigación?

—Él se adelantó a los acontecimientos. Es un hombre muy hábil. Para salvarse de una posible inspección que seguramente lo habría llevado al arresto y la condena, debía deshacerse de algunos documentos. Así se lo confesó entre lágrimas a su hermana una noche, de esto hace seis años. Y añadió que el precio de la operación ascendía a dos mil millones, suma que debería conseguir en un mes como máximo porque en aquel momento carecía de liquidez y no quería pedir dinero a los bancos. En aquella época, cualquier cosa que hubiera hecho habría podido interpretarse de manera errónea. Dijo que le entraban ganas de reír y llorar al mismo tiempo porque dos mil millones eran una bobada en comparación con las enormes sumas que pasaban por sus manos. Sin embargo, aquella cantidad representaba su salvación. Además, solo se trataba de un préstamo. En tres meses se comprometía a devolver la totalidad, más el importe de las pérdidas sufridas con las ventas precipitadas. Giulia y mi hermano se pasaron toda la noche en vela discutiendo. Pero Salvatore habría dado hasta el traje que llevaba con tal de no ver la desesperación en los ojos de su mujer. A la mañana siguiente me llamaron y me pusieron al corriente de la petición de Antonio.

—¿Y usted qué hizo?

—Le confieso que en un primer momento reaccioné mal. Pero después se me ocurrió una idea.

—¿Cuál?

—Dije que aquello me parecía una locura, algo absurdo. Bastaba con que Valeria, la mujer de Antonio, vendiera el Ferrari, el yate y algunas joyas para reunir los dos mil millones. Y en caso de que no se alcanzara esa cantidad, ellos podrían cubrir la diferencia, pero solo la diferencia. En resumen, traté de minimizar los riesgos.

—¿Y lo consiguió?

—No. Aquel mismo día Giulia y Salvatore hablaron con Antonio y le expusieron mi propuesta. Pero él se echó a llorar; por aquel entonces tenía la lágrima fácil. Dijo que si aceptaba, no solo perdería a Valeria, sino que la noticia se divulgaría por ahí y perdería el crédito del que gozaba. Y todo el mundo diría que estaba al borde de la quiebra. Así pues, mi hermano decidió malvenderlo todo.

—Por pura curiosidad, ¿cuánto dinero reunieron?

—Mil setecientos cincuenta millones. En cuestión de un mes se quedaron sin nada, excepto la pensión de Salvatore.

—Otra curiosidad, disculpe. ¿Sabe cómo reaccionó Antonio al ver que le entregaban una suma inferior?

—¡Pero si obtuvo los dos mil millones que quería!

—¿Y quién cubrió la diferencia?

—¿De veras hace falta decirlo?

—Sí.

—Yo —contestó a regañadientes.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ocurrió que, al cabo de dos meses, Giulia le preguntó a su hermano si podía devolverles el préstamo, al menos una parte, y él pidió una prórroga de una semana. Tenga presente que no había nada por escrito, ni compromisos, ni letras, ni cheques conformados, nada. Lo único escrito era el recibo de mis doscientos cincuenta millones, que Salvatore insistía en restituirme. A los cuatro días Antonio recibió una solicitud de fianza. Se lo acusaba de varios delitos, entre ellos estafa, falsedad documental y cosas por el estilo. Cuando al cabo de cinco meses Giulia quiso enviar a Susanna a estudiar a un exclusivo colegio de Florencia y volvió a pedirle a su hermano al menos una parte del préstamo, él le contestó de muy malos modos que no era el

momento. Y Susanna se quedó a estudiar aquí. En resumidas cuentas y para abreviar, ese momento jamás llegó.

—¿Está diciendo que todavía no han recuperado aquellos dos mil millones?

—En efecto. Antonio consiguió salir bien librado del juicio, probablemente porque se encargó de que desaparecieran los documentos que lo incriminaban, pero una de sus empresas quebró de manera misteriosa. Por una especie de efecto dominó, sus restantes sociedades acabaron de la misma manera, y todo el mundo se vio afectado: acreedores, proveedores, empleados, obreros. Además, a su mujer le había dado por el juego y había perdido sumas increíbles. Hace tres años se produjo una violenta escena entre los hermanos, se interrumpió la relación entre ambos y Giulia enfermó. Ya no quería vivir. Y como usted comprenderá, no era por una simple cuestión de dinero.

—¿Cómo van ahora los negocios de Antonio?

—Viento en popa. Hace dos años logró rehacer su fortuna. Yo creo que las quiebras fueron todas fraudulentas y que, en realidad, sacó ilegalmente su dinero al extranjero. Después, con la nueva ley, lo trajo otra vez al país, pagó el porcentaje exigido y regularizó su situación. Como hicieron muchas personas deshonestas cuando, gracias a la nueva ley, lo ilegal se convirtió en legal. Todas sus empresas, a causa de las anteriores quiebras, figuran ahora a nombre de su mujer. Pero nosotros, repito, no hemos visto ni una lira.

—¿Cómo se apellida Antonio?

—Peruzzo. Antonio Peruzzo.

Conocía el apellido. Se lo había mencionado Fazio al informarlo de la llamada del «exadministrativo de la Peruzzo» en que recordaba al geólogo Mistretta que a veces el excesivo orgullo hacía daño. Ahora todo empezaba a cobrar sentido.

—Como usted comprenderá —prosiguió el médico—, la enfermedad de Giulia complica la situación.

—¿De qué manera?

—Una madre siempre es una madre.

—¿Mientras que un padre a veces no lo es? —preguntó bruscamente el comisario, un poco molesto con la trillada frase que acababa de oír.

—Me refiero a que si Giulia no estuviera tan enferma, no habría vacilado ni un instante en pedir ayuda a Antonio, teniendo en cuenta el peligro que corre la vida de Susanna.

—¿Y usted cree que su hermano no lo hará?

—Salvatore es un hombre muy orgulloso.

La misma palabra utilizada por el exadministrativo de la Peruzzo.

—¿Usted piensa que no cedería en ningún caso?

—Bueno, tanto como en ningún caso... Puede que bajo una fuerte presión...

—¿Como, por ejemplo, recibir por carta una oreja de su hija?

Una frase pronunciada a propósito. La forma en que Mistretta le había contado todo aquel asunto lo había puesto de los nervios; parecía que él no tuviera nada que ver con la historia, a pesar de haber perdido doscientos cincuenta millones. Solo se alteraba cuando se mencionaba el nombre de Susanna. Esa vez, sin embargo, el médico experimentó tal sobresalto que Montalbano lo percibió a través de la ligera sacudida del banco en que estaban sentados.

—¿A tanto pueden llegar?

—Y a mucho más si quieren.

Había conseguido conmovirlo. A la mortecina luz que procedía de las dos ventanas del salón, lo vio introducir una mano en el bolsillo, sacar un pañuelo y pasárselo por la frente. Había que cruzar el umbral del hueco que se había abierto en la armadura de Carlo Mistretta.

—Doctor, le hablo con toda claridad. Hasta el momento no tenemos la más remota idea de quiénes son los secuestradores ni del lugar donde mantienen cautiva a Susanna. Ni siquiera una idea aproximada, aunque hayamos encontrado el casco y la mochila de su sobrina. ¿Estaba usted al corriente de esos hallazgos?

—No.

Y se produjo un silencio. Porque Montalbano esperaba una pregunta por parte del médico. Una pregunta natural que cualquier persona habría formulado. Pero el médico no abrió la boca, y el comisario decidió seguir adelante.

—Si su hermano no toma ninguna iniciativa, es posible que los captores interpreten su actitud como una voluntad declarada de no colaborar.

—¿Y qué se puede hacer?

—Trate de convencerlo de que dé un paso hacia Antonio.

—Eso va a ser muy duro.

—Dígale que, en caso contrario, se verá obligado a darlo usted. ¿O es que a usted también le cuesta?

—Pues sí, a mí también me cuesta, ¿sabe? Aunque no tanto como a Salvatore, por supuesto. —Se levantó muy tenso—. ¿Entramos?

—Prefiero quedarme a tomar un poco más el aire.

—Bien, entonces me voy. Pasaré a ver cómo se encuentra Giulia y después, si Salvatore está despierto, aunque lo dudo, le diré lo que hemos hablado. En caso contrario, lo haré mañana por la mañana. Buenas noches.

Montalbano no había tenido tiempo de fumarse un cigarrillo cuando vio la silueta del médico salir del salón, subir al todoterreno y alejarse.

Estaba claro que no había encontrado a Salvatore despierto y no había conseguido intercambiar palabra con él.

Entonces él también se levantó y entró en la casa. Fazio estaba leyendo un periódico, Minutolo tenía la cabeza inclinada sobre una novela y el agente hojeaba una revista de viajes.

—Lamento interrumpir la tranquilidad de este círculo de lectura —dijo Montalbano. Y dirigiéndose a Minutolo, añadió—: Tengo que hablar contigo.

Ambos se retiraron a un rincón del salón y el comisario le reveló todo lo que había averiguado a través del médico.

Consultó el reloj mientras regresaba en su automóvil a Marinella. ¡Virgen santa, qué tarde era! Seguramente Livia ya se habría acostado. Mejor así; de lo contrario, seguro que se armaba la clásica discusión. Abrió muy despacio la puerta. Todas las luces se encontraban apagadas, excepto la lámpara exterior de la galería. Livia estaba allí, sentada en el banco. Llevaba un jersey grueso y tenía delante un vaso de vino.

Montalbano se inclinó para besarla.

—Perdóname.

Ella le devolvió el beso. El comisario se puso a cantar por dentro; no habría discusión. Pero le pareció que Livia estaba triste.

—¿Te has quedado en casa esperándome?

—No. Me ha llamado Beba para decirme que Mimì estaba en el hospital, y he ido a verlo.

10

Una súbita punzada de celos. Absurda, sin duda, pero no podía evitarlo. ¿Sería posible que Livia estuviera triste porque Mimì se encontraba en el hospital?

—¿Cómo está?

—Tiene dos costillas rotas. Mañana le dan el alta. Se restablecerá en casa.

—¿Has cenado?

—Sí, no he podido esperarte —dijo levantándose.

—¿Adónde vas?

—A calentarte...

—No, deja. Cogeré algo de la nevera.

Regresó con un plato de aceitunas, higos secos y queso picante de Ragusa en una mano, y en la otra un vaso y una botella de vino. El pan lo llevaba bajo el brazo. Se sentó. Livia estaba contemplando el mar.

—No hago más que pensar en la chica secuestrada —dijo sin volverse—. Y no consigo quitarme de la cabeza una cosa que me dijiste la primera vez que hablamos del tema.

En cierto sentido Montalbano se tranquilizó. Livia no estaba triste por Mimì sino por Susanna.

—¿Qué te dije?

—Que la tarde en que fue secuestrada, la chica había ido al apartamento de su novio para hacer el amor.

—¿Y qué?

—Me contaste que siempre era el chico el que le pedía que fuera, pero esa vez fue ella quien tomó la iniciativa.

—¿Y eso qué significa en tu opinión?

—Que tal vez tuvo como un presentimiento de lo que iba a ocurrir.

Montalbano prefirió no contestar, pues no creía en los presentimientos ni en los sueños premonitorios ni en nada por el estilo.

Tras una breve pausa, Livia preguntó:

—¿En qué punto estáis?

—Hasta hace un par de horas andaba sin brújula ni sextante.

—¿Y ahora los tienes?

—Eso creo.

Y empezó a contarle lo que había averiguado. Al final del relato, Livia lo miró perpleja.

—No comprendo qué conclusiones puedes extraer de esa historia.

—Ninguna, Livia. Pero hay muchos puntos de partida que antes no tenía.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, y de eso estoy convencido, que no querían secuestrar a la hija de Salvatore Mistretta, sino a la sobrina de Antonio Peruzzo. El que tiene el dinero es él. Y no está demostrado que se haya realizado solo por el dinero del rescate; también puede ser por venganza. Cuando Peruzzo quebró, debió de poner en apuros a mucha gente. Y la estrategia que están utilizando los secuestradores es la de atraerlo poco a poco para no mostrar desde el principio que querían llegar hasta él. El que lo ha organizado todo sabe lo que ocurrió entre Antonio y su hermana, sabe que Antonio tenía ciertas obligaciones con los Mistretta, sabe que Antonio, como padrino de Susanna...

De repente se detuvo; habría querido morderse la lengua. Livia lo miró dulcemente, parecía un ángel.

—¿Por qué no continúas? ¿Acabas de recordar que tú también has aceptado ser el padrino del hijo de un delincuente y que tendrás que asumir unas obligaciones bastante duras?

—Por favor, ¿quieres dejar ese asunto?

—No; quiero que sigamos.

Siguieron, discutieron, hicieron las paces y se fueron a dormir.

A las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos el resorte del tiempo se disparó. Pero esta vez el «clac» sonó lejano y lo despertó solo a medias.

Fue como si el comisario hubiera hablado con las *ciàule*. En Vigàta y los alrededores existe la creencia de que las urracas, aves muy parlanchinas, comunican a quien sabe entenderlas las últimas novedades de lo que les ocurre a los hombres, pues ellas, desde las alturas, tienen una visión privilegiada del conjunto. El caso es que a las diez de la mañana, mientras Montalbano se encontraba en su despacho, estalló literalmente la bomba. Lo llamó Minutolo.

—¿Sabes algo de Televigata?

—No, ¿por qué?

—Porque han interrumpido la emisión. En pantalla solo aparece un letrero que dice que dentro de diez minutos ofrecerán una edición extraordinaria del telediario.

—Se ve que le han cogido gusto a la cosa.

Colgó y llamó a Nicolò Zito.

—¿Qué es esa historia de la edición extraordinaria?

—No sé nada.

—¿Los secuestradores se han puesto en contacto con vosotros?

—No, como ayer no les hicimos caso...

Cuando Montalbano llegó al bar, aún se veía el letrero en el televisor. Había unas treinta personas a la espera de la edición extraordinaria. Era evidente que la voz se había corrido en un abrir y cerrar de ojos. Desapareció el texto y salió el logotipo del telediario con las palabras «edición extraordinaria». A continuación se materializó la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese.

—Distinguidos telespectadores, hace una hora ha llegado a nuestra redacción, a través del correo normal, un sobre franqueado en Vigàta sin indicación del remitente y con la dirección escrita en letras mayúsculas. Contenía una instantánea polaroid. Era una fotografía de Susanna en el lugar donde la tienen recluida. No podemos mostrarla porque, por imperativo legal, la hemos entregado de inmediato al magistrado que se encarga de las investigaciones. Sin embargo, consideramos nuestro deber dar a conocer públicamente este hecho. La muchacha está en el fondo de una especie de pozo seco y lleva una pesada cadena alrededor de los tobillos. No está vendada ni amordazada. Aparece sentada en el suelo sobre unos trapos, con

los brazos rodeándose las rodillas, y mira hacia arriba con los ojos arrasados en lágrimas. En el reverso de la fotografía, también en letras mayúsculas, se lee esta enigmática frase: «A QUIEN CORRESPONDA».

Hizo una pausa y la cámara lo enfocó de cerca. Primerísimo plano. Montalbano tuvo la sensación de que de la boca de Ragonese iba a salir un huevo de un momento a otro.

—Nada más recibir la noticia del rapto de la pobre chica, nuestra diligente redacción se puso en marcha. Nos preguntamos: ¿qué sentido tiene secuestrar a una muchacha cuya familia no puede pagar el rescate? Y de esa manera encauzamos de inmediato nuestras pesquisas en la dirección adecuada.

«¡Y una mierda, grandísimo cornudo! —saltó para sus adentros Montalbano—. ¡Tú en lo que has pensado de inmediato ha sido en los inmigrantes ilegales!».

—Y hoy tenemos un nombre —añadió Ragonese, poniendo voz de película de terror—, el nombre de quien está en condiciones de pagar el rescate exigido, que no es el del padre, sino quizá el del padrino. A él va dirigida la frase que aparece en el reverso de la fotografía: «A QUIEN CORRESPONDA». Nosotros, por el respeto que siempre hemos tenido y seguimos teniendo a la intimidad de las personas, no facilitaremos el nombre. Pero le suplicamos que intervenga, tal como debe y puede, in-me-dia-ta-men-te.

El rostro de Ragonese desapareció y el bar se sumió en un profundo silencio. Montalbano regresó a la comisaría. Los secuestradores habían conseguido lo que deseaban. Acababa de entrar cuando volvió a llamar Minutolo.

—¿Montalbano? El juez acaba de enviarme ahora mismo la fotografía de la que ha hablado ese cornudo. ¿Quieres verla?

En el salón solo estaba Minutolo.

—¿Y Fazio?

—Ha bajado al pueblo, tenía que firmar no sé qué papel para su cuenta corriente —contestó, entregándole la fotografía.

—¿Y el sobre?

—Se lo ha quedado la Policía Científica.

La instantánea presentaba algunas diferencias con respecto a la descripción de Ragonese. En primer lugar, resultaba evidente que no se trataba de un pozo, sino de una especie de piscina de unos tres metros de profundidad y revestida de cemento, que con toda certeza no se utilizaba desde hacía mucho tiempo, pues a la izquierda se veía una grieta de unos cuarenta centímetros que bajaba desde el borde y se ensanchaba en la parte final.

Susanna se encontraba en la posición descrita, pero no lloraba. Al contrario. Montalbano vio en su rostro una fuerte determinación. No estaba sentada sobre unos trapos, sino sobre un colchón viejo.

Y no llevaba ninguna cadena alrededor de los tobillos. Eso se lo había inventado Ragonese, una nota de color, como suele decirse, ya que la muchacha jamás habría conseguido salir de allí ella sola. A su lado, pero casi fuera del campo visual, había un plato y un vaso de plástico. La ropa era la misma que vestía cuando la secuestraron.

—¿La ha visto el padre?

—¿Estás de guasa? No, no se la he mostrado. Ni siquiera le he permitido ver la televisión. Le he dicho a la enfermera que no lo dejara salir de su dormitorio.

—¿Has avisado al tío?

—Sí, me ha dicho que no podría venir antes de dos horas.

Mientras hacía preguntas, el comisario seguía contemplando la fotografía.

—Probablemente la tienen en un depósito de agua de lluvia que ya no se utiliza —dijo Minutolo.

—¿En el campo?

—Eso parece. No creo que en Vigàta quede ni un solo depósito de esos. Además, no está amordazada. Podría ponerse a gritar, y en una zona habitada sus gritos se oírían.

—Ni siquiera se han molestado en vendarle los ojos.

—Eso no significa nada, Salvo. A lo mejor, cuando van a verla, se cubren la cabeza con una capucha.

—Para bajarla tuvieron que utilizar una escalera, que deben de colocar cuando ella lo necesita. Y quizá le den la comida en una cesta que descenden con una cuerda.

—Bien, le pediré al jefe superior que ordene intensificar la búsqueda en los alrededores —concluyó Minutolo—. Sobre todo en las casas de los campesinos. Por lo menos la fotografía ha servido para saber que no la esconden en el interior de una cueva.

Montalbano hizo ademán de devolverle la fotografía, pero se lo pensó mejor y continuó estudiándola.

—¿Hay algo que no encaja?

—La luz —contestó Montalbano.

—¡Habrán utilizado una lámpara!

—Sí, pero no una cualquiera.

—No me dirás que han empleado un reflector...

—No; es una lámpara de esas de cable largo que usan los mecánicos para revisar los motores... ¿Ves estas sombras regulares que se entrecruzan? Son de la malla metálica que protege el foco de los golpes.

—¿Y qué?

—No, no es la luz lo que no encaja. Tiene que haber otra fuente luminosa, la que proyecta esa sombra en el extremo opuesto. ¿Lo ves? El que ha hecho la fotografía no está de pie, sino tumbado en el borde para enfocar a Susanna en el fondo. Eso quiere decir que los bordes del depósito son bastante anchos y se encuentran ligeramente elevados por encima del terreno. Para proyectar una sombra de esa clase es necesario que el fotógrafo tenga una luz detrás. Pero cuidado: si fuera una luz concentrada, la sombra sería más fuerte y definida.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—A que tenía una ventana abierta a su espalda.

—¿Y qué?

—¿Te parece lógico que fotografíen a una chica secuestrada con la ventana abierta y sin amordazarla?

—¡Eso avala mi hipótesis! Si la tienen en una casa de campo aislada, puede gritar todo lo que quiera. Nadie la oirá, aunque estén todas las ventanas abiertas de par en par.

—En fin —dijo Montalbano, volviendo la fotografía.

A QUIEN CORRESPONDA

Escrito con bolígrafo, en letras mayúsculas, por una persona acostumbrada sin duda a escribir en italiano. Pero en la caligrafía se notaba algo extraño, forzado.

—Yo también lo he observado —dijo Minutolo—. No han querido falsear la letra, más bien parece un zurdo que trata de escribir con la mano derecha.

—A mí se me antoja una escritura ralentizada.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cómo explicarme. Es como si uno que tiene muy mala letra, casi ilegible, se hubiera aplicado en trazar las letras claramente y, por tanto, hubiera tenido que ralentizar su ritmo natural de escritura. Además, hay otra cosa. La C de «corresponda» presenta una corrección. Antes, se ve con toda nitidez, había una I. Pretendía poner «a quien interese» y lo cambió por «a quien corresponda», que es más apropiado. El que ha secuestrado o ha mandado secuestrar a Susanna no es un memo cualquiera, sino alguien que conoce el valor de las palabras.

—Muy perspicaz —dijo Minutolo—. Pero ¿adónde nos llevan estas deducciones tuyas?

—De momento a ninguna parte.

—Entonces, ¿qué tal si pensamos en nuestro próximo paso? En mi opinión, lo primero es establecer contacto con Antonio Peruzzo. ¿De acuerdo?

—Totalmente. ¿Tienes su número?

—Sí. Mientras te esperaba he buscado información. Veamos. En este instante Peruzzo posee tres o cuatro sociedades que convergen en una especie de sede central en Vigàta que se llama Progresso Italia.

Montalbano soltó una carcajada.

—¿Qué pasa?

—Nada, que el nombre me parece muy apropiado para los tiempos que corren. ¡El progreso de Italia confiado a un estafador!

—Bueno, oficialmente todo está a nombre de su mujer, Valeria Cusumano, aunque estoy convencido de que ella jamás ha puesto los pies en

ese despacho.

—Bien, llama.

—No, llama tú y pide una cita. Aquí tienes.

En el papel que le entregó Minutolo había cuatro números de teléfono. Montalbano eligió el correspondiente a «Dirección General».

—¿Oiga? Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el ingeniero.

—¿Cuál de ellos?

—¿Es que hay más de uno?

—Pues claro, el ingeniero Di Pasquale y el ingeniero Nicotra.

¿Y el bueno de Antonio qué era? ¿Un fantasma?

—La verdad es que yo quería hablar con el ingeniero Peruzzo.

—Lo siento, pero está fuera.

A Montalbano le dio un ataque de nervios.

—¿Fuera del despacho? ¿Fuera de la ciudad? ¿Fuera de sí? ¿Fuera de...?

—Fuera de la ciudad... —lo cortó la secretaria con tono pausado y formal.

—¿Cuándo regresa?

—No sabría decirle.

—¿Adónde ha ido?

—A Palermo.

—¿Sabe dónde se aloja?

—En el Excelsior.

—¿Tiene móvil?

—Sí.

—Démelo.

—La verdad es que no sé si...

—Pues entonces, ¿sabe qué voy a hacer? —repuso Montalbano con la voz sibilante de quien desenvaina un puñal en la oscuridad—. Iré a pedírselo personalmente.

—¡No, no, ahora mismo se lo doy!

En cuanto lo tuvo, llamó al Excelsior.

—El ingeniero no se encuentra en este momento en el hotel.

—¿Sabe cuándo regresará?

—Pues no. Ni siquiera ha pasado la noche aquí.

El móvil estaba apagado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Minutolo.

—Nos hacemos una buena paja —contestó Montalbano, todavía nervioso. En aquel momento llegó Fazio.

—¡El pueblo está alborotado! Todos hablan del ingeniero Peruzzo, el tío de la chica. Aunque la televisión no ha mencionado su nombre, todo el mundo lo ha identificado. Se han creado dos bandos: unos dicen que el ingeniero debe pagar el rescate y otros, que no tiene ninguna obligación con su sobrina. Pero los primeros son mucho más numerosos. En el café Castiglione han estado a punto de llegar a las manos.

—Y han conseguido joder a Peruzzo —comentó Montalbano.

—Mandaré que le pinchen los teléfonos —dijo Minutolo.

Hizo falta muy poco para que el agua que había empezado a caer sobre Peruzzo se convirtiera en un auténtico diluvio universal. Y esa vez el ingeniero no había tenido tiempo de prepararse un arca de Noé.

El padre Stanzillà, el cura más viejo y sensato del pueblo, les decía a los fieles que acudían a consultarle sobre el asunto que no cabía la menor duda, ni humana ni divina: correspondía al tío pagar el rescate, puesto que era el padrino de la chica. Además, de esa forma no haría sino devolverles a los padres de Susanna la elevada suma que les había birlado mediante engaños. Y luego les contaba la historia del presunto préstamo de dos mil millones, del que estaba al corriente hasta en sus mínimos detalles. En resumen, el hombre ejerció toda la presión que pudo. Por suerte para Montalbano, Livia no tenía amistad con beatas que hubieran podido revelarle la opinión del padre Stanzillà.

Nicolò Zito anunció *urbi et orbi* en Retelibera que el ingeniero Peruzzo había decidido desaparecer. Una vez más había sido fiel a su fama. Pero esa fuga

ante una cuestión de vida o muerte no lo eximía de su responsabilidad, antes bien la aumentaba.

Pippo Ragonese proclamó en Telegata que, habiendo sido el ingeniero una víctima más de la magistratura roja, un hombre que había conseguido rehacer su fortuna gracias al impulso dado por el nuevo Gobierno a la empresa privada, tenía el deber moral de demostrar que la confianza que la banca y las instituciones habían depositado en él era merecida. Tanto más cuanto que era del dominio general su próximo salto a la política entre las filas de los que estaban renovando Italia. Cualquier gesto suyo que pudiera interpretarse como un desprecio a la opinión pública podría tener fatales consecuencias para sus aspiraciones.

Titomanlio Giarrizzo, venerable expresidente del Tribunal de Montelusa, declaró con firmeza a los socios del Círculo de Ajedrez que, si los secuestradores hubieran caído en sus manos, los habría condenado sin duda a severísimas penas, pero también los habría alabado por haber descubierto el verdadero rostro de un aventurero sin escrúpulos como el ingeniero Peruzzo.

La señora Concetta Pizzicato, que tenía un puesto en el mercado con un letrero que ponía: «Pescado vivo de Cuncetta, quiromántica y vidente», siempre respondía lo mismo cuando sus clientes le preguntaban si el ingeniero pagaría el rescate:

—El que a su sangre hace daño, por los cerdos muere devorado.

—¿Oiga? ¿Progreso Italia? Soy el comisario Montalbano. ¿Hay por casualidad alguna noticia del ingeniero?

—Ninguna. Ninguna.

La voz de la chica era la misma de antes, solo que ahora sonó más aguda y nerviosa.

—Volveré a llamar.

—No, mire, es inútil. El ingeniero Nicotra ha ordenado que desconectemos los teléfonos dentro de diez minutos.

—¿Por qué?

—Estamos recibiendo decenas y decenas de llamadas... insultos, groserías.

Parecía a punto de echarse a llorar.

11

Hacia las cinco de la tarde, Gallo informó a Montalbano de que, por si era poco, la propagación de un rumor había encendido los ánimos contra el ingeniero: que Peruzzo, para no pagar el rescate, le había pedido al juez el bloqueo de sus bienes y el juez se había negado. Aquello no tenía pies ni cabeza, pero Montalbano quiso aclararlo.

—¿Minutolo? Soy Montalbano. ¿Sabes por casualidad cómo piensa actuar el juez en relación con Peruzzo?

—Pues mira, acaba de llamarme ahora mismo. Está fuera de sí. Alguien le ha contado un rumor que circula...

—Lo conozco.

—Bueno, me ha dicho que no ha mantenido ningún contacto ni directo ni indirecto con el ingeniero y que, por el momento, no está en condiciones de decretar el bloqueo de los bienes de los familiares de los Mistretta, ni de los amigos de los Mistretta, ni de los conocidos de los Mistretta, ni de los paisanos de los Mistretta... No había manera de detenerlo, era un río en plena crecida.

—Oye, ¿conservas aún la fotografía de Susanna?

—Sí.

—¿Puedes prestármela hasta mañana? Enviaré a Gallo a recogerla.

—Estás obsesionado con esa historia de la luz, ¿eh?

—Sí. —Pero no era una cuestión de luz, sino de sombra.

—Sobre todo, Montalbà, no la pierdas. De lo contrario, el juez nos crucificará.

—Aquí está la fotografía —dijo Gallo media hora después, entregándole un sobre.

—Gracias. Mándame a Catarella.

Catarella se presentó en un santiamén con la lengua fuera, como los perros cuando oyen el silbido del amo.

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—Catarè, ese amigo tuyo de confianza, el que sabe ampliar fotografías... ¿cómo se llama?

—Su nombre de él mismo es Cicco de Cicco, *dottori*.

—¿Aún está en la jefatura de Montelusa?

—Sí, *signor dottori*. Todavía está permanente en su sitio.

—Muy bien. Deja a Imbrò al cuidado de la centralita y llévale a tu amigo esta foto. Te explicaré lo que tiene que hacer.

—Un joven quiere hablar con usted. Se llama Francesco Lipari.

—Hazlo pasar.

Francesco había adelgazado y las ojeras le ocupaban medio rostro; parecía el hombre del antifaz, el de los tebeos.

—¿Ha visto la fotografía? —le preguntó a Montalbano sin saludarlo siquiera.

—Sí.

—¿Y?

—Pues, en primer lugar, no estaba encadenada como ha dicho el cabrón de Ragonese. Y no la tienen en un pozo, sino en el interior de una especie de piscina de más de tres metros de profundidad. Dadas las circunstancias, me ha parecido que estaba bien.

—¿Puedo verla?

—Si hubieras venido un poco antes... Acabo de enviarla a Montelusa para que la analicen.

—¿Por qué?

No podía contarle todo lo que le pasaba por la cabeza.

—No guarda relación con Susanna, sino con el lugar en que la fotografiaron.

—¿Hay signos de que... le hayan hecho daño?

—Yo lo descartaría.

—¿Se le veía la cara?

—Por supuesto.

—¿Cómo era su mirada?

Aquel chico acabaría siendo un policía estupendo.

—No parecía asustada. Es quizá lo primero que me ha llamado la atención. Al contrario, tenía una mirada extremadamente...

—¿Decidida? —dijo Francesco Lipari.

—Exacto.

—La conozco bien. Eso significa que no piensa ceder, que tarde o temprano tratará de escaparse como sea. Los secuestradores habrán de andarse con mucho cuidado. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Cree usted que el ingeniero pagará?

—Tal como están las cosas, no tendrá más remedio que hacerlo.

—¿Sabe que Susanna jamás me había hablado de esa historia entre su tío y su madre? No me ha sentado nada bien.

—¿Por qué?

—Me parece una falta de confianza.

Cuando Francesco abandonó el despacho, algo más tranquilo que al entrar, Montalbano se quedó pensando en las palabras del chico. No había duda de que Susanna era valiente, como confirmaba su mirada en la fotografía. Pero entonces, ¿por qué en la primera llamada su voz era la de una persona desesperada? ¿Acaso no había una contradicción entre la voz y la imagen? Aunque tal vez la contradicción fuera solo aparente. Probablemente el mensaje se había grabado a las pocas horas del secuestro, y en esos momentos Susanna no había recuperado aún el control de sí misma y se encontraba bajo los efectos de un violento *shock*. No se puede ser valiente las veinticuatro horas del día. Sí, esa era la única explicación posible.

—*Dottori*, me ha dicho Cicco de Cicco que se pone ahora mismo a trabajar y que por eso las fotografías estarán listas mañana por la mañana sobre las nueve.

—Bien, irás a recogerlas tú en persona.

De repente Catarella adoptó un aire misterioso, se inclinó hacia delante y preguntó en voz baja:

—¿Es una cosa reservada entre nosotros, *dottori*?

Montalbano asintió con la cabeza y Catarella salió con los brazos separados del cuerpo, los dedos de las manos extendidos y las rodillas rígidas. El orgullo de compartir un secreto con su jefe lo había transformado de perro en pavo real.

Montalbano se sentó ante el volante para regresar a Marinella enfrascado en un único pensamiento. Pero ¿podía calificarse de pensamiento aquella confusa serie de ideas sin sentido e imágenes indefinibles que le pasaban por la cabeza? Era como cuando uno está viendo la televisión y atraviesa la pantalla esa arenosa franja en zigzag, esa molesta y nebulosa interferencia de canales que te impide ver con claridad, y tienes que accionar los botones para que desaparezca.

Y de pronto el comisario ya no supo dónde estaba, no reconocía el habitual paisaje del trayecto a Marinella. Las casas eran distintas; los establecimientos, distintos; las personas, distintas. ¡Jesús! ¿Adónde demonios había ido a parar? Sin duda se había equivocado, había seguido otra carretera. Pero ¿cómo era posible, si durante años había recorrido ese camino al menos dos veces al día?

Se orilló en la cuneta, se detuvo, miró alrededor y comprendió. Sin quererlo se había dirigido hacia el chalet de los Mistretta. Las manos que sujetaban el volante y los pies que accionaban los pedales habían actuado por cuenta propia. Era algo que le ocurría a veces. Su cuerpo se comportaba con absoluta independencia, como si no estuviera supeditado al cerebro. Y en esos casos no podía oponer resistencia, pues siempre acababa por haber un motivo. ¿Qué hacer ahora? ¿Volver atrás o seguir adelante? Naturalmente, siguió adelante.

Cuando entró en el salón, había siete personas escuchando a Minutolo alrededor de una mesa de gran tamaño, desplazada al centro desde el lugar que habitualmente ocupaba en un rincón. Sobre la mesa, un mapa topográfico

de Vigàta y alrededores, de los de tipo militar, en que figuraban marcadas hasta las farolas y veredas adonde iban a mear los perros y las cabras.

Desde su cuartel general, el comandante en jefe *dottor* Minutolo dictaba las órdenes con vistas a unas investigaciones más exhaustivas y, a ser posible, fructíferas. Fazio se encontraba en su sitio, ya como fundido con el sillón que estaba junto a la mesita del teléfono y los correspondientes aparatos. Minutolo pareció sorprendido de ver a Montalbano. Fazio hizo ademán de levantarse.

—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado? —preguntó Minutolo.

—Nada, nada —contestó Montalbano, no menos sorprendido de hallarse allí.

Algunos de los presentes lo saludaron y él respondió de una manera un tanto vaga.

—Estoy adoptando medidas para... —empezó Minutolo.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Querías decirme algo? —lo invitó amablemente.

—Sí. Que no disparéis. Por ningún motivo.

—¿Puedo preguntar por qué?

El que había formulado esa cuestión era un jovencito impulsivo e impecablemente trajeado, un subcomisario un tanto trepa, cliente asiduo de gimnasios, con un mechón sobre la frente y pinta de ejecutivo arribista. En los últimos tiempos se veían muchos como él. Era una raza de cabrones que proliferaba como las moscas. A Montalbano le cayó fatal.

—Porque una vez alguien como usted disparó y mató a un pobre desgraciado que había secuestrado a una chica. Se llevaron a cabo las investigaciones oportunas, pero todo fue inútil. El único que habría podido decir dónde se encontraba la chica ya no estaba en condiciones de hablar. La hallaron al cabo de un mes, atada de pies y manos, muerta de hambre y sed. ¿Satisfecho?

Se produjo un tenso silencio. ¿Qué coño había ido a hacer al chalet? ¿Acaso estaba envejeciendo y empezaba a dar vueltas como un tornillo pasado de rosca?

Necesitaba beber agua. ¿Dónde estaba la cocina? La encontró al fondo del pasillo; dentro había una enfermera cincuentona y regordeta de expresión

cordial y amistosa.

—¿Usía es el comisario Montalbano? ¿Desea algo? —preguntó con una amable sonrisa.

—Un vaso de agua, por favor.

La mujer le sirvió un vaso de una botella de agua mineral que sacó de la nevera. Mientras Montalbano bebía, la enfermera llenó una bolsa con agua hirviendo e hizo ademán de retirarse.

—Un momento —dijo él—. ¿Dónde está el señor Mistretta?

—Durmiendo. Órdenes del doctor. Tiene sus motivos. Yo le doy los tranquilizantes y los somníferos que él prescribió.

—¿Y la señora?

—¿Qué quiere decir?

—¿Está mejor? ¿Está peor? ¿Hay alguna novedad?

—La única novedad que puede haber para esa pobre mujer es la muerte.

—¿Le rige la cabeza?

—A ratos sí y a ratos no. Pero incluso cuando parece que está más lúcida, me da la impresión de que no entiende nada.

—¿Podría verla?

—Venga conmigo.

A Montalbano le surgió una duda. Pero sabía que era una duda ficticia, dictada por el deseo de retrasar un encuentro muy difícil para él.

—¿Y si me pregunta quién soy?

—¿Está de guasa? Sería un milagro.

Hacia la mitad del pasillo había una ancha y cómoda escalera que conducía al piso de arriba. Subieron y llegaron a otro corredor con tres puertas a cada lado.

—Este es el dormitorio del señor Mistretta, este el cuarto de baño y esta la habitación de la señora. La hemos instalado aquí para poder atenderla mejor. Al otro lado están la habitación de la hija, pobrecita, otro baño y un cuarto de invitados —explicó la enfermera.

—¿Puedo ver el dormitorio de Susanna? —se le ocurrió preguntar.

—Sí, claro.

Abrió la puerta, asomó la cabeza y encendió la luz. Había una cama pequeña, un armario, dos sillas, una mesita con varios libros encima y una

librería. Todo en perfecto orden. Y todo con un aire anónimo, provisional. Nada de carácter personal, ni un póster, ni una fotografía. La celda de una monja laica. Apagó la luz y cerró. La enfermera abrió con delicadeza la otra puerta. La frente y las manos del comisario se perlaron de sudor. Siempre lo asaltaba aquel miedo incontrolable cuando se hallaba en presencia de una persona moribunda. No sabía cómo actuar, tenía que impartir severas órdenes a sus piernas para evitar que emprendieran la huida por su cuenta y lo arrastraran consigo. Un cuerpo muerto no le causaba impresión; era la inminencia de la muerte lo que lo trastornaba desde lo más profundo de su ser, o mejor dicho, desde una profundidad abismal.

Consiguió dominarse, cruzó el umbral e inició su descenso personal a los infiernos. De inmediato lo acometió el mismo tufo insoportable que había percibido en la habitación del hombre sin piernas, el marido de la mujer que vendía huevos, solo que este era mucho más intenso. Notó que se le pegaba a la piel y tenía un color amarillento estriado por unos relámpagos de fuego. Un color en movimiento. Jamás le había ocurrido semejante cosa. Los olores solían tener sus colores correspondientes, como si estuvieran pintados e inmovilizados en un cuadro. Esta vez, en cambio, las estrías rojas dibujaban una especie de lodazal. Estaba empapado en sudor. La cama había sido sustituida por otra de hospital, cuya blancura dividía en dos la memoria de Montalbano y lo empujaba hacia atrás, a los días en que había estado ingresado. A su lado había bombonas de oxígeno, un gotero, una complicada maquinaria sobre una mesita y un carrito (¡también de color blanco, maldita sea!) literalmente cubierto de frascos, botellines, gasas, vasos milimetrados y recipientes de distintos tamaños. Desde el lugar en que se había detenido, le pareció que la cama estaba desocupada. Bajo la tensada colcha no se veía ningún bulto de cuerpo humano, ni siquiera las dos puntas a modo de colinas de los pies. Y aquella especie de pelotita gris olvidada sobre la almohada era demasiado pequeña para ser una cabeza; quizá fuese una vieja y gruesa pera de lavativa que había perdido el color. Avanzó dos pasos y el horror lo paralizó. Aquella cosa sobre la almohada era una cabeza humana que, sin embargo, ya nada tenía de humana, una cabeza sin cabello, reseca, un amasijo de arrugas tan profundas que parecían excavadas con un taladro. La boca estaba abierta, un agujero negro sin la más mínima blancura de los dientes.

Una vez había visto en una revista algo similar, el resultado del trabajo que los cazadores de cabezas llevaban a cabo en sus presas. Mientras miraba sin poder moverse, sin poder dar crédito a lo que veía, a través del agujero de la boca brotó un sonido que procedía de la garganta ardiente y quemada:

—Ghanna...

—Llama a su hija —dijo la enfermera.

Montalbano se echó hacia atrás con las piernas rígidas; sus rodillas se negaban a doblarse. Para no caer, se recostó en la consola.

Y ocurrió lo inesperado. «Clac». El disparo del resorte atascado en el interior de su cabeza resonó como el de un revólver. ¿Por qué? No eran en absoluto las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos, de eso estaba seguro. ¿Entonces? El pánico lo asaltó con la intensidad de un perro enfurecido. El rojo desesperado del olor se convirtió en un remolino que lo aspiraba. La barbilla empezó a temblarle, las piernas se le volvieron como de requesón, y para no desplomarse apoyó los brazos en el mármol de la consola. Por suerte, la enfermera, ocupada en atender a la moribunda, no se daba cuenta de nada. Después, la parte de su cerebro aún no dominada por aquel ciego temor reaccionó y le permitió hallar la respuesta oportuna. Había sido una señal. Aquel «algo» que lo había marcado mientras el proyectil le perforaba la carne le decía que también estaba allí, en aquella habitación, agazapado en un rincón, listo para comparecer en el momento preciso y de la manera más adecuada: bala de revólver, tumor, fuego que quema, agua que inunda. Era solo una manifestación de presencia. No iba dirigida a él, no lo afectaba a él. Y eso bastó para infundirle un poco de fuerza. Entonces vio encima de la consola una fotografía con marco de plata. Un hombre, el geólogo Mistretta, tomaba de la mano a una chiquilla de unos diez años, Susanna, la cual sujetaba a su vez la mano de una hermosa mujer sonriente, sana y llena de vida, su madre, la señora Giulia. El comisario contempló un rato aquel rostro feliz para intentar borrar la imagen del otro sobre la almohada, si es que se podía llamar así todavía. Después dio media vuelta y salió, olvidando despedirse de la enfermera.

Condujo como un desesperado hacia Marinella, detuvo el coche a la entrada, bajó y echó a correr hacia la orilla del mar; se quitó la ropa, dejó un instante que el aire frío de la noche le helase la piel y se metió lentamente en el agua. A cada paso el frío lo cortaba con cien hojas, pero necesitaba limpiarse la piel, la carne, los huesos y más adentro, hasta el interior del alma.

Se adentró un poco más y dio unas brazadas, pero un puñal surgido de las oscuras aguas se le clavó en la herida. Al menos eso le pareció, tan repentino y violento fue el dolor que se le extendió por todo el cuerpo, insoportable, paralizador. El brazo izquierdo se le bloqueó y a duras penas consiguió volverse boca arriba y hacer el muerto.

¿Acaso se estaba muriendo de verdad? No, ahora intuía vagamente que su destino no era morir ahogado.

Poco a poco pudo moverse.

Regresó a la orilla, recogió la ropa, se olió el brazo y le pareció percibir todavía el terrible hedor de la habitación de la moribunda. El agua del mar no había conseguido borrarlo; tendría que lavarse uno a uno todos los poros de la piel. Subió jadeando los peldaños de la galería y llamó a la puerta cristalera.

—¿Quién es? —preguntó Livia desde dentro.

—Ábreme, me estoy congelando.

Ella se lo encontró desnudo, empapado, morado de frío, y rompió en sollozos.

—Vamos, Livia...

—¿Te has vuelto loco, Salvo? ¿Es que quieres matarte? ¿Y quieres matarme a mí también? Pero ¿qué has hecho? ¿Por qué? ¿Por qué?

Desesperada, lo siguió al cuarto de baño. Él se untó todo el cuerpo con gel, y cuando estuvo todo amarillo, se metió en la ducha, abrió el grifo y se restregó con piedra pómez. Livia ya no lloraba, pero lo miraba petrificada. El agua corrió largo rato y el depósito del techo estuvo a punto de vaciarse. Nada más salir de la ducha, Montalbano preguntó con mirada alterada:

—¿Quieres olerme, por favor? —Y él mismo se husmeó el brazo como un perro de caza.

—Pero ¿qué te ha dado? —preguntó Livia angustiada.

—Huéleme, te lo suplico.

Ella obedeció y desplazó la nariz por su pecho.

—¿Qué notas?

—El olor de tu piel.

—¿Seguro?

Al final quedó convencido. Se puso ropa interior limpia, una camisa y unos tejanos.

Fueron al comedor. Montalbano se sentó en un sillón y Livia en el otro, a su lado. Después de un buen rato sin abrir la boca, ella preguntó con voz todavía vacilante:

—¿Se te ha pasado?

—Se me ha pasado.

Más silencio. Y otra vez Livia:

—¿Te apetece comer algo?

—Espero que dentro de un poco.

Otro silencio. Y después Livia se atrevió:

—¿Me lo cuentas?

—Me cuesta mucho.

—Inténtalo, por favor.

Y se lo contó. Tardó lo suyo porque le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas para describir lo que había visto. Y sentido.

Al final Livia hizo una pregunta, solo una, pero clave:

—¿Por qué has ido a verla? ¿Qué necesidad tenías?

«Necesidad». ¿Era la palabra adecuada o la palabra equivocada? No había ninguna necesidad, cierto, pero inexplicablemente la había habido. «Pregúntaselo a mis manos y pies», debería haber contestado, pero mejor dejarlo; aún se sentía demasiado conmocionado. Extendió los brazos.

—No sabría explicártelo, Livia. —Y mientras pronunciaba esas palabras, comprendió que eran solo una parte de la verdad.

Continuaron hablando un rato, pero a Montalbano no le entraba el apetito; seguía con el estómago encogido.

—¿Crees que el ingeniero pagará? —preguntó Livia cuando se iban a dormir.

Era la pregunta del día, inevitable.

—Pagaré, seguro que pagaré.

«Ya está pagando», habría querido añadir, pero se abstuvo.

* * *

Mientras la abrazaba y besaba y acababa de penetrarla, Livia sintió que Montalbano estaba transmitiéndole una desesperada petición de consuelo.

—Pero ¿no te das cuenta de que estoy aquí? —le susurró al oído.

12

El comisario despertó cuando ya era de día. A lo mejor el «clac» no había sonado aquella noche, o el ruido no había sido tan fuerte como para empujarlo a abrir los ojos. A pesar de que ya era hora de levantarse, se quedó un rato tumbado. No se lo dijo a Livia, pero le dolían los huesos, consecuencia sin duda del baño de la víspera. Y la cicatriz del hombro estaba morada y le dolía. Livia notó que algo no marchaba, pero prefirió no hacer preguntas.

Entre una cosa y otra, llegó con un poco de retraso al despacho.

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! ¡Las ampliaciones *futuográficas* que le encargó a Cicco de Cicco sobre su mesa están! —dijo Catarella en cuanto lo vio entrar, mirando a un lado y otro con cara de conspirador.

De Cicco había hecho un trabajo excelente. Montalbano descubrió que la grieta que partía del borde de la piscina no era tal. Era un efecto engañoso de luz y sombra. En realidad se trataba de una cuerda atada a un clavo que sujetaba un termómetro de gran tamaño, de los que servían para medir la temperatura del mosto. Tanto la cuerda como el termómetro se habían vuelto de color negro, en primer lugar por el uso y después por el polvo acumulado encima.

A Montalbano ya no le cupo ninguna duda: los secuestradores habían arrojado a la chica al interior de un depósito donde antaño se recogía el mosto. Por consiguiente, junto a él y en un lugar más elevado debía de haber también un lagar, el receptáculo donde se pisa la uva. ¿Por qué no se habían tomado la molestia de retirar el termómetro? Quizá no le habían prestado atención por estar demasiado acostumbrados a su presencia. Uno acaba por

no ver lo que tiene siempre delante de los ojos. En cualquier caso, aquello reducía el área de investigación. Ya no había que buscar una apartada casita rural sino una auténtica finca, aunque estuviera medio en ruinas.

Llamó de inmediato a Minutolo para comunicarle su descubrimiento. El dato le pareció muy importante a su colega. Dijo que eso limitaba considerablemente el campo de las pesquisas y que dictaría nuevas órdenes a los hombres que estaban batiendo la zona.

Después preguntó:

—¿Qué opinas de la novedad?

—¿Qué novedad?

—¿No has visto Telegigata esta mañana a las ocho?

—¡Yo no veo la televisión a esas horas!

—Los secuestradores han llamado a Telegigata. Allí lo han grabado todo y lo han emitido. La consabida voz falseada. Dice que aquel «a quien corresponda» dispone hasta mañana por la noche. De lo contrario, nadie volverá a ver a la chica.

Montalbano sintió que una fría víbora le subía por la espalda.

—Han inventado el secuestro multimedia. ¿No han dicho nada más?

—Te he repetido palabra por palabra el contenido de la llamada. De todos modos, si deseas escucharla, dentro de poco me enviarán la cinta. El juez está histérico. Quería mandar a la cárcel a Ragonese. ¿Y sabes una cosa? Estoy empezando a preocuparme en serio.

—Yo también —dijo Montalbano.

Los que retenían a la chica ya ni siquiera se dignaban llamar a casa de los Mistretta. Su propósito, implicar a Peruzzo sin nombrarlo, ya lo habían alcanzado. El ingeniero tenía a la opinión pública en contra. Montalbano estaba seguro de que si los secuestradores mataran a Susanna en ese instante, la gente no la tomaría contra ellos, sino contra el tío que se había negado a intervenir en el asunto. ¿Mataran? Un momento. Los captores no habían utilizado ese verbo. Ni siquiera «asesinar». Y tampoco «liquidar». Era gente que dominaba el italiano. Habían dicho que no volverían a ver a la chica. Y dirigiéndose a personas corrientes, no cabía duda de que un verbo como «matar» causa más impresión. Así pues, ¿por qué no lo habían usado? Se aferró a ese detalle lingüístico con toda la fuerza de la desesperación. Era

como agarrarse a una brizna de hierba para no caer a un precipicio. A lo mejor, los secuestradores pretendían dejar un margen para las negociaciones y evitaban emplear un verbo definitivo y sin posibilidad de retorno. En cualquier caso, convenía actuar con rapidez. Sí, pero ¿qué hacer?

Por la tarde, Mimì Augello, que se había hartado de dar vueltas por la casa, se presentó en la comisaría con dos noticias.

La primera era que a última hora de la mañana, mientras abría la puerta de su automóvil en un aparcamiento de Montelusa, la señora Valeria, esposa del ingeniero Antonio Peruzzo, había sido abordada por tres mujeres que la increparon y la emprendieron a puntapiés con ella, diciéndole a gritos que no tenía vergüenza y que aconsejara a su marido que pagara el rescate cuanto antes. Entretanto se acercaron otras personas, que se pusieron de parte de las tres mujeres, hasta que una patrulla de carabinieri que pasaba por allí salvó a la señora. En el hospital le detectaron contusiones, moretones y desgarros.

La segunda noticia era que habían incendiado dos camiones de gran tamaño de la empresa de Peruzzo. Para evitar equívocos y falsas interpretaciones, en el lugar de los hechos habían escrito en una pared: «¡Paga enseguida, cornudo!».

—Si matan a Susanna, seguro que el ingeniero muere linchado —dijo Mimì.

—¿Tú crees que esto acabará mal? —le preguntó Montalbano.

Mimì Augello contestó de inmediato:

—No.

—Pero supongamos que el ingeniero se niega a pagar ni una lira. Ya han lanzado una especie de ultimátum.

—Los ultimátums nunca acaban siéndolo. Ya verás como terminan poniéndose de acuerdo.

—¿Cómo está Beba? —preguntó, cambiando de tema.

—Bastante bien. Ya es solo cuestión de días. Por cierto, ha venido Livia a vernos, y Beba le ha contado nuestra intención de pedirte que seas el padrino de nuestro hijo.

¡Pero bueno! ¿Es que todo el pueblo se había empeñado en nombrarlo padrino?

—¡Y me lo dices así! —reaccionó por fin el comisario.

—¿Y cómo quieres que te lo diga? ¿Con papel timbrado? ¿No suponías que te lo pediríamos?

—Sí, claro, pero...

—Por otra parte, Salvo, te conozco bien: si no te lo hubiera pedido, te habrías ofendido.

Montalbano pensó que era mejor dejar para otro momento el tema de su carácter, pues se prestaba a interpretaciones encontradas.

—¿Y qué ha dicho Livia?

—Pues que estarías encantado, sobre todo porque así equilibrarías la balanza. Esa última frase no la he comprendido.

—Yo tampoco —mintió.

Pero la comprendía muy bien: un hijo de delincuente y otro de policía, ambos apadrinados por él. Empate. Livia, cuando se ponía, podía ser tan cabrona o más que él.

* * *

Ya se había hecho de noche. Se disponía a abandonar la comisaría para regresar a Marinella cuando lo llamó Nicolò Zito.

—No tengo tiempo de explicártelo, pero estoy a punto de salir en antena —dijo con tono expeditivo—. Mira mi telediario.

Montalbano corrió al bar, donde había unas treinta personas. El televisor estaba sintonizado con Retelibera. En la pantalla se leía: «Dentro de unos minutos, importante declaración sobre el secuestro Mistretta». Pidió una cerveza. El anuncio desapareció, salió el logotipo del telediario y a continuación se vio a Nicolò Zito sentado detrás de su habitual mesita de cristal. La expresión de su rostro era la de las grandes ocasiones.

—Esta tarde se ha puesto en contacto con nosotros Francesco Luna, el abogado que ha defendido en diversas ocasiones los intereses del ingeniero Antonio Peruzzo, y nos ha pedido espacio para una declaración. No una entrevista. Imponía la condición de que no añadiéramos ningún comentario por nuestra parte. A pesar de esas limitaciones, hemos decidido aceptar

porque, en este momento tan crucial para la suerte de Susanna Mistretta, las palabras del abogado Luna pueden ser extremadamente clarificadoras y contribuir a la feliz solución de este dramático caso.

Corte. Apareció en pantalla un típico despacho de abogado. Estanterías de madera negra llenas de libros jamás leídos, recopilaciones de leyes que se remontaban a finales del siglo XVIII, aunque seguramente todavía en vigor en nuestro país; como ocurre con el cerdo, aquí todo se aprovecha y jamás se tira nada, aunque las leyes tengan cien años. El abogado era como su apellido indicaba: una luna. Cara de luna llena, cuerpo de luna obesa. Obviamente sugestionado por la imagen, el técnico de luces lo había envuelto todo en un resplandor de plenilunio. El letrado, que desbordaba un sillón, sostenía en la mano una hojita de papel sobre la que de vez en cuando ponía el ojo.

—Hablo en mi propio nombre y en el de mi cliente el ingeniero Antonio Peruzzo, el cual se ha visto en la necesidad de salir de su obligado retiro para responder al creciente alud de mentiras y difamaciones que se ha volcado sobre él. El ingeniero desea anunciar a todo el mundo que desde el día siguiente del rapto de su sobrina se puso a la total disposición de los secuestradores, conector de la precaria economía de la familia Mistretta. Sin embargo, e inexplicablemente, su inmediata disponibilidad no se ha visto correspondida por una análoga actitud por parte de los captores. Dada la coyuntura, el ingeniero Peruzzo no puede más que reiterar su compromiso, antes que con los secuestradores, con su propia conciencia.

En el bar estalló una sonora carcajada que no permitió oír la siguiente noticia.

—¡Si el ingeniero ha adquirido un compromiso con su conciencia, la chica está jodida! —dijo uno, resumiendo los pensamientos de todos los presentes.

La situación había llegado a tal punto que si Peruzzo se declaraba dispuesto a pagar el rescate, todos pensarían que iba a hacerlo con billetes falsos.

Montalbano regresó a su despacho y telefoneó a Minutolo.

—Acaba de llamarme el juez, que también ha oído la declaración del abogado. Quiere que vaya inmediatamente a ver a Luna para pedirle explicaciones, una visita más bien informal. Y respetuosa. En resumen,

debemos actuar con pies de plomo. He llamado a Luna, que me conoce y está dispuesto. ¿Lo conoces?

—Bueno, de vista.

—¿Quieres ir tú también?

—Desde luego. Dame la dirección.

Minutolo lo esperaba en el portal; se había desplazado en su propio automóvil, al igual que Montalbano. Sabía precaución, pues a muchos clientes del abogado igual les daba un soponcio si veían aparcado allí un vehículo policial.

La casa era lujosa y estaba recargadamente amueblada. Una criada vestida de criada los hizo pasar al despacho que todo el mundo había visto en la televisión y les indicó que se acomodaran.

—El señor viene enseguida.

Minutolo y Montalbano se sentaron en los sillones de una especie de saloncito que había en un rincón. En realidad, más que sentarse, se perdieron en el interior de sus respectivos y gigantescos sillones, hechos a la medida de elefantes y de Luna. La pared de detrás del escritorio estaba cubierta por fotografías de distintos tamaños, todas debidamente enmarcadas. Debía de haber por lo menos cincuenta y parecían exvotos colgados en memoria y agradecimiento a algún santo milagroso. La disposición de las luces no permitía ver el rostro de las personas retratadas. Tal vez fueran clientes salvados de las prisiones patrias gracias a esa mezcla de oratoria, astucia y saber hacer que era el abogado Luna. Puesto que la llegada del señor de la casa se retrasaba, el comisario no pudo resistir la tentación y se levantó para examinar de cerca las fotografías. Todas eran de políticos, senadores, diputados, ministros y subsecretarios, retirados o todavía en activo. Todas con firma y dedicatoria que oscilaba entre el «querido» y el «queridísimo». Regresó a su asiento. Ahora comprendía por qué el jefe superior había recomendado prudencia.

—¡Mis queridísimos amigos! —dijo el abogado al entrar—. ¡No, por favor, no se levanten! ¿Puedo ofrecerles algo? Tengo todo lo que puedan desear.

—No, gracias —respondió Minutolo.

—Sí, gracias, un daiquiri —pidió Montalbano.

Luna lo miró perplejo.

—La verdad es que no...

—No importa —dijo magnánimamente el comisario, haciendo un gesto como si apartara una mosca.

Mientras el abogado se hundía en el sofá, Minutolo le lanzó a Montalbano una enfurecida mirada advirtiéndole que no empezara a dárselas de gracioso.

—Bien. ¿Hablo yo o preguntan ustedes?

—Hable usted —dijo Minutolo.

—¿Puedo tomar notas? —preguntó Montalbano, llevándose la mano a un bolsillo en el que no guardaba absolutamente nada.

—¡No, por Dios! —saltó Luna.

Minutolo le suplicó con la mirada que dejara de tocar los cojones.

—Está bien, está bien —dijo el comisario en tono conciliador.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el letrado, que se había perdido.

—Aún no hemos salido.

Luna intuyó el cachondeo, pero fingió no darse cuenta. Montalbano percibió que el otro había comprendido y decidió acabar con las bromas.

—Claro, claro. Bueno, mi cliente recibió una llamada anónima hacia las diez de la mañana del día siguiente del secuestro de su sobrina.

—¿Cuándo? —preguntaron al unísono Minutolo y Montalbano.

—Hacia las diez de la mañana del día siguiente del secuestro.

—O sea, ¿apenas catorce horas después? —inquirió Minutolo, todavía sorprendido.

—Exactamente. Una voz masculina le advertía de que, habida cuenta de que los Mistretta no estaban en condiciones de pagar el rescate, él era considerado a todos los efectos la única persona capaz de satisfacer sus exigencias. Volverían a llamar a las tres de la tarde. Mi cliente...

Cada vez que decía «mi cliente», ponía la cara de una enfermera que enjuga el sudor de un moribundo en su lecho de muerte.

—... vino aquí corriendo. Enseguida llegamos a la conclusión de que lo habían engañado y que los secuestradores tenían todas las cartas en la mano para implicarlo. Si se sustraía a esa responsabilidad, lesionaría gravemente su

imagen, bastante dañada ya por ciertos episodios desagradables, y comprometería de manera irreversible sus aspiraciones políticas. Tal como creo que ya ha ocurrido, por desgracia. Iba a figurar en las listas de candidatos para las próximas elecciones.

—Supongo que no es necesario que le pregunte de qué partido —dijo Montalbano, mirando hacia la fotografía del presidente en atuendo de *jogging*.

—En efecto, es innecesario —replicó con dureza el abogado—. Yo le hice alguna sugerencia sobre el modo de actuar —continuó—. A las tres llamó de nuevo el secuestrador. A una pregunta propuesta por mí, contestó que la prueba de que la chica estaba viva se facilitaría a través de Televigata. Cosa que ocurrió puntualmente. Pidieron seis mil millones. Exigieron que mi cliente adquiriera un móvil nuevo y se trasladara de inmediato a Palermo sin establecer contacto con nadie, salvo con los bancos. Una hora después volvieron a llamar para que les facilitara el número del móvil. Mi cliente no tuvo más remedio que obedecer, y en un tiempo récord retiró los seis mil millones reclamados. La tarde del día siguiente contactaron otra vez con él, y les dijo que estaba dispuesto a pagar. Sin embargo, e inexplicablemente, repito lo que he dicho en la televisión, aún no ha recibido ninguna instrucción.

—¿Por qué el ingeniero no lo autorizó antes a revelar eso? —preguntó Minutolo.

—Porque se lo prohibieron los secuestradores. Le ordenaron que desapareciera durante unos días y que no hiciera declaraciones ni concediera entrevistas.

—¿Y ahora han levantado la prohibición?

—No. Ha sido una iniciativa de mi cliente, ante el grave riesgo que está corriendo... Pero es que ya no puede más... sobre todo después de la vil agresión sufrida por su mujer y el incendio de los camiones.

—¿Sabe dónde se encuentra él ahora?

—No.

—¿Conoce el número de su nuevo móvil?

—No.

—¿Y cómo se mantienen en contacto?

—Me llama él. Desde cabinas públicas.

—¿Tiene correo electrónico el señor Peruzzo?

—Sí, pero ha dejado el ordenador portátil en casa a petición de los secuestradores.

—En resumen, ¿nos está diciendo que un hipotético bloqueo de los bienes del ingeniero no tendría sentido, pues ya ha conseguido la cantidad exigida?

—Exactamente.

—¿Cree usted que él lo llamará en cuanto sepa dónde y cuándo debe entregar la suma del rescate?

—¿Por qué lo pregunta?

—Supongo que no hace falta que le recuerde que si tal cosa ocurriera, tendría el deber de comunicárnoslo de inmediato.

—Por supuesto que sí. Y lo haré. Solo que mi cliente no me llamará hasta que los hechos se hayan consumado.

El que formulaba las preguntas hasta ese momento había sido Minutolo. Montalbano decidió abrir la boca.

—¿Qué tipo de billetes?

—No entiendo —dijo el abogado.

—¿Sabe qué tipo de billetes bancarios han exigido?

—Ah, sí. De quinientos euros.

Muy extraño. Billetes más fáciles de transportar, pero mucho más difíciles de gastar.

—¿Sabe si su cliente anotó los números de serie?

Luna puso cara de enfermera.

—No, no lo sé. —Consultó su Rolex de oro e hizo una mueca—. Y eso es todo —dijo, levantándose.

Estuvieron un rato hablando en el portal del abogado.

—¡Pobre ingeniero! —comentó Montalbano—. Ha tratado de protegerse las espaldas confiando en que fuera un secuestro relámpago sin repercusión mediática y en cambio...

—Eso es algo que me preocupa —dijo Minutolo, y se explicó—: Por lo que ha dicho el abogado, si los captores establecieron contacto con Peruzzo

de inmediato...

—Casi doce horas antes de efectuar la primera llamada —puntualizó Montalbano—. Nos han tratado como un teatro de marionetas. Nos han utilizado como comparsas. Porque lo que han hecho no es sino pura comedia. Sabían desde el primer momento quién era la persona indicada para pagar el rescate. A ti y a mí nos han hecho perder el tiempo, y a Fazio, el sueño. Han sido muy hábiles. Bien mirado, los mensajes enviados a la casa de los Mistretta eran la puesta en escena de un viejo guión. Lo que nosotros queríamos ver, lo que esperábamos oír.

—A juzgar por lo que nos ha contado Luna, a las veinticuatro horas del rapto, los secuestradores ya tenían la situación en sus manos. Bastaba con llamar al ingeniero para que este soltara la pasta. Solo que no han vuelto a contactar con él. ¿Por qué? ¿Se encuentran en dificultades? ¿Quizá los hombres que tenemos batiendo la campiña estén obstaculizando su libertad de movimientos? ¿No crees que deberíamos aflojar un poco de cuerda?

—¿Para qué?

—Temo que si se ven en peligro cometan cualquier tontería.

—Me parece que estás olvidando un detalle fundamental.

—¿Cuál?

—Que han seguido dando señales de vida en las televisiones.

—Entonces, ¿por qué no se ponen en contacto con el ingeniero?

—Porque primero quieren que hierva a fuego lento en su propio caldo —contestó Montalbano.

—¿Pero cuanto más tiempo pasa, más riesgos corren!

—Sí, lo saben muy bien. Y creo que también son conscientes de que han tensado la cuerda al máximo. Estoy convencido de que el regreso de Susanna a casa es solo cuestión de horas.

Minutolo lo miró, confundido.

—¿Cómo? Esta mañana no parecías muy...

—Esta mañana el abogado aún no había hablado a través de la televisión, ni había utilizado un adverbio que ha repetido en la charla que hemos tenido con él. Ha sido muy listo. Les ha instado indirectamente a los secuestradores a que terminen de una vez con su juego.

—Perdona —dijo Minutolo desconcertado—, ¿qué adverbio ha utilizado?

—Inexplicablemente.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que él, el abogado, se lo explica muy bien.

—No entiendo ni jota.

—Dejémoslo estar. ¿Qué haces ahora?

—Voy a informar al juez.

13

Cuando llegó a casa, Livia había salido. La mesa estaba puesta para dos y al lado de su plato había una nota: «He ido al cine con mi amiga. Espérame para cenar». Fue a ducharse y se sentó delante del televisor. En Retelibera ofrecían un debate sobre el secuestro de Susanna, moderado por Nicolò. Participaban un monseñor, tres abogados, un juez retirado y un periodista. Al cabo de media hora, el debate se había convertido en una especie de proceso al ingeniero Peruzzo. Más que un proceso, un auténtico linchamiento. De hecho, nadie creía lo que había dicho el abogado Luna ni la historia de que Peruzzo tuviera el dinero preparado y los secuestradores no hubiesen dado señales de vida. Lo lógico era que quisieran cobrar el dinero cuanto antes, soltar a la chica y desaparecer. Cuanto más tiempo perdieran, más peligro correrían. Por consiguiente había que concluir que el responsable de la puesta en libertad de Susanna era el ingeniero, el cual, como insinuó el monseñor, quizá estaba dilatando el asunto para conseguir alguna miserable rebajita en el rescate. ¿Le harían alguna rebajita, después de haber actuado de aquella forma, el día que compareciera ante Dios? Al final se llegó a la conclusión de que, una vez liberada la chica, a Peruzzo no le quedaría más remedio que cambiar de aires.

¡Y un cuerno, aspiraciones políticas! Montelusa, Vigàta y alrededores ya no serían lugares adecuados para él.

Esa vez, el «clac» de las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos lo despertó. Se sentía con la cabeza despejada y en perfecto funcionamiento, circunstancia que aprovechó para repasar todos los aspectos del secuestro desde la primera llamada de Catarella. A las cinco y media terminó sus

cavilaciones a causa de un repentino acceso de somnolencia. Estaba a punto de sumergirse de nuevo en el sueño cuando sonó el teléfono. Por suerte Livia no lo oyó. El reloj marcaba las cinco y cuarenta y siete. Era Fazio, muy emocionado.

—Susanna ha sido liberada.

—¿Ah, sí? ¿Cómo está?

—Bien.

—Nos vemos —concluyó Montalbano.

Y se acostó de nuevo.

Le contó la noticia a Livia en cuanto la vio removerse en la cama, dando las primeras señales de despertar.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó ella, levantándose de un salto como si hubiera descubierto una araña entre las sábanas.

—Me ha llamado Fazio. Un poco antes de las seis.

—¿Por qué no me lo has dicho enseguida?

—¿Y despertarte?

—Sí. Sabes lo inquieta que estoy con esta historia. ¡Me has dejado dormir a propósito!

—Bueno, si eso es lo que crees, reconozco mi culpa y no se hable más. Ahora tranquilízate.

Pero Livia tenía ganas de armar jaleo. Lo miró con desdén.

—Además, no entiendo cómo puedes quedarte en la cama y no ir a reunirme enseguida con Minutolo para saber, para informarte...

—¿De qué? Si quieres información, pon la televisión.

—¡A veces tu indiferencia me ataca los nervios!

Y corrió a encender el televisor. Montalbano, en cambio, se encerró en el cuarto de baño y se lo tomó con calma. Con la obvia intención de incordiarlo, Livia puso el volumen muy alto, y mientras el comisario bebía café en la cocina le llegaban voces alteradas, sirenas, frenazos, a tal punto que estuvo a punto de no oír el timbre del teléfono. Cuando fue al comedor, todo vibraba a causa del fragor infernal procedente del aparato.

—Livia, por favor, ¿quieres bajar el volumen?

Ella obedeció a regañadientes. El comisario descolgó el auricular.

—¿Montalbano? ¿Qué haces? ¿No vienes? —Era Minutolo.

—¿Para qué?

Minutolo pareció desconcertarse.

—Bueno... no sé... pensaba que te gustaría...

—Además, supongo que estaréis asediados.

—En eso tienes razón. Delante de la verja hay decenas de periodistas, fotógrafos, cámaras... He tenido que pedir refuerzos. Dentro de poco llegarán el juez y el jefe superior. Un follón.

—¿Cómo está la chica?

—Cansada pero bien. Su tío la ha examinado y la ha encontrado en buenas condiciones físicas.

—¿Cómo la han tratado?

—Dice que jamás han hecho un gesto violento contra ella. Al contrario.

—¿Cuántos eran?

—Ella siempre vio a dos personas encapuchadas. Campesinos, con toda seguridad.

—¿Cómo la han liberado?

—Dice que la despertaron en plena noche, la obligaron a ponerse una capucha, le ataron las manos a la espalda, la sacaron de su encierro y la metieron en el maletero de un automóvil. Según ella, viajaron durante más de dos horas. Después el coche se detuvo, la hicieron bajar y caminaron durante media hora. Luego le aflojaron la cuerda de las muñecas, la sentaron en el suelo y se marcharon.

—Y en todo ese tiempo ¿no le dirigieron la palabra?

—Ni una sola vez. Susanna tardó un poco en librarse de las ataduras de las manos y luego se quitó la capucha. Como aún era noche cerrada, no veía nada, pero no se desanimó y consiguió orientarse y dirigirse hacia Vigàta. Finalmente comprendió que se encontraba en las inmediaciones de La Cucca, ¿recuerdas aquel pueblo...?

—Sí, continúa.

—Recorrió los algo más de tres kilómetros que hay hasta el chalet, llamó al timbre y Fazio salió a abrir.

—O sea que todo se desarrolló según el guión.

—¿Qué quieres decir?

—Que siguen mostrándonos el escenario que estamos acostumbrados a ver: un espectáculo falso; el verdadero lo han interpretado para un solo espectador, el ingeniero Peruzzo, y lo han invitado a participar. Después ha habido un tercer espectáculo destinado a la opinión pública. ¿Sabes cómo ha representado su papel Peruzzo?

—Montalbà, sinceramente no entiendo qué quieres decir.

—¿Habéis logrado contactar con el ingeniero?

—Todavía no.

—¿Y ahora qué haréis?

—El juez oirá el relato de Susanna y por la tarde se celebrará una rueda de prensa. ¿No vendrás?

—Ni loco.

Acababa de llegar a la puerta de su despacho cuando sonó el teléfono.

—¿*Dottori*? Hay al *tilífuno* uno que dice que es la luna. Y yo, creyendo que era una broma, le he contestado que yo era el sol. Se ha cabreado. Un chiflado, me parece.

—Pásamelo.

¿Qué querría de él el fiel enfermero de sus clientes?

—¿*Dottor* Montalbano? Buenos días. Soy el abogado Luna.

—Buenos días, abogado, dígame.

—Ante todo, lo felicito por el telefonista.

—Verá, abogado...

—«No les prestes atención, mira y pasa», como dice nuestro excelso Dante. Dejémoslo. Lo llamo solo para recordarle su inútil y ofensivo sarcasmo de anoche tanto contra mí como contra mi cliente. Porque resulta que tengo la desgracia, o la suerte, de poseer una memoria de elefante.

«¿Pero no es usted un elefante?», habría querido contestarle, pero se contuvo.

—Explíquese mejor, se lo ruego.

—Anoche, cuando vino a mi casa con su compañero, usted estaba convencido de que mi cliente no pagaría, y en cambio, como ha visto...

—Abogado, sin duda usted me interpretó mal. Yo estaba convencido de que su cliente, por las buenas o por las malas, pagaría. ¿Ha conseguido ponerse en contacto con él?

—Me telefoneó anoche tras haber cumplido con su deber.

—¿Podemos hablar con él?

—Todavía no se siente con ánimos. Ha pasado por una experiencia terrible.

—Sí, una experiencia terrible de seis mil millones en billetes de quinientos euros.

—Metidos en una maleta o en una bolsa, no lo sé.

—¿Sabe dónde le dijeron que depositara el dinero?

—Pues mire, lo llamaron anoche sobre las nueve, le describieron con todo detalle el camino que tenía que seguir para llegar a un pequeño paso elevado, el único que hay a lo largo de la carretera de Brancato. Una zona muy poco transitada. Bajo el paso elevado le dijeron que encontraría un pequeño pozo cubierto por una laja muy fácil de levantar. Solo debía introducir en su interior el maletín o la bolsa, volver a tapar el pozo y largarse. Poco antes de medianoche mi cliente llegó al lugar, cumplió al pie de la letra lo que le habían mandado y se apresuró a retirarse.

—Le doy las gracias, abogado.

—Disculpe, comisario. Tengo que pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Que colabore diciendo lo que sabe, ni una palabra más ni una menos, con el fin de restaurar la imagen de mi cliente, tan gravemente dañada.

—¿Puedo preguntarle quiénes son los demás restauradores?

—Yo, el *dottor* Minutolo, usted, todos los amigos del partido y los que no lo son; en resumen, todos los que han tenido la oportunidad de conocer...

—Si se presenta la ocasión, lo haré.

—Se lo agradezco.

El teléfono volvió a sonar.

—*Dottori*, es el *signor* y *dottori* Latte con ese al final.

El *dottor* Lattes, jefe de gabinete del jefe superior de policía, llamado «Latte e miele», es decir «leche y miel», hombre religioso y empalagoso, suscriptor del «Osservatore Romano».

—¡Queridísimo amigo! ¿Cómo está?

—No puedo quejarme.

—¡Gracias a la Virgen! ¿Y la familia?

¡Qué pesadez! Lattes estaba convencido de que el comisario tenía una familia y no había manera de sacarlo de ahí. Si se enteraba de que Montalbano era soltero, a lo mejor le daba un ataque.

—Muy bien, gracias a la Virgen.

—Pues mire, en nombre del señor jefe superior, lo invito a la rueda de prensa que tendrá lugar en la Jefatura hoy a las diecisiete treinta a propósito de la feliz conclusión del secuestro Mistretta. El señor jefe superior quiere puntualizar, sin embargo, que usted deberá limitarse a estar presente. No se le concederá el uso de la palabra.

—Gracias a la Virgen —murmuró entre dientes.

—¿Qué ha dicho? No lo he entendido.

—He dicho que tengo una duda. Como usted sabe, estoy convaleciente y me han llamado al servicio solo para...

—Lo sé, lo sé. ¿Y bien?

—Pues que quizá podrían disculpar mi ausencia en la rueda de prensa. Estoy un poco fatigado.

—¡Cómo no, cómo no! ¡Cuídense mucho, mi queridísimo amigo! Pero considérese todavía en servicio hasta nuevo aviso.

Seguro que existía un *Manual del perfecto investigador*, como existía el *Manual de los jóvenes castores*, y seguro que lo habían publicado los americanos, que son capaces de escribir manuales sobre la mejor manera de introducir los botones en los ojales. Aunque Montalbano no lo había leído, no le cabía duda de que en algún capítulo el autor advertía de que cuanto antes se llevara a cabo el reconocimiento del escenario de un delito, tanto mejor. Es decir, antes de que los elementos naturales, la lluvia, el viento, el sol, el hombre, los animales, lo alteraran hasta convertir en indescifrables las señales, a veces ya de por sí apenas perceptibles.

A través del abogado Luna, Montalbano conocía el lugar donde el ingeniero había dejado el dinero del rescate. Pensó que su deber era

comunicar esa información a Minutolo de inmediato. Seguro que los secuestradores habían permanecido un buen rato escondidos en las proximidades de aquel paso elevado, primero para cerciorarse de que no estuviera apostada la policía en las inmediaciones y después para comprobar que todo estuviera tranquilo antes de salir de su escondrijo e ir a recoger el dinero. Y seguro que habrían dejado alguna huella de su presencia. Por eso tenía que ir enseguida a inspeccionar, antes de que se alterara el escenario de los hechos (véase el susodicho manual). «Un momento», se dijo mientras su mano descolgaba el auricular. ¿Y si Minutolo no podía acudir al instante al lugar? ¿No sería mejor ir a echar un vistazo personalmente? Un simple reconocimiento superficial. En caso de que descubriera algo importante, advertiría a Minutolo para que se efectuara una investigación más pormenorizada.

Y así trató de tranquilizar su conciencia, que llevaba un buen rato murmurando por lo bajo.

Pero su conciencia, la muy testaruda, no solo se negó a calmarse, sino que expresó lo que pensaba con toda claridad: «Es inútil que busques excusas, Montalbà. Tú lo que quieres es fastidiar a Minutolo ahora que la chica ya no corre peligro».

—¡Catarella!

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—¿Conoces el camino más corto para Brancato?

—¿Qué Brancato, *dottori*? ¿Brancato de Arriba o Brancato de Abajo?

—¿Tan grande es?

—No, *signor dottori*. Quinientos habitantes hasta ayer. El caso es que como Brancato de Arriba está resbalando hacia abajo por la montaña...

—¿Qué quieres decir? ¿Algún corrimiento de tierras?

—Sí, *signor*, y como está pasando lo que dice usía, han construido un pueblo nuevo al pie de la montaña. Pero cincuenta viejos no han querido dejar las casas y ahora mismo los habitantes viven todos repartidos, cuatrocientos cuarenta y nueve abajo y cincuenta arriba.

—Un momento, falta uno.

—¿No le he dicho que quinientos hasta ayer? Ayer murió uno, *dottori*. Me lo *cumunicó* mi primo Michele, que vive en Brancato de Abajo.

¡Faltaría más que Catarella no tuviera también algún pariente en aquel remoto pueblo!

—Oye, Catarè, yendo desde Palermo, ¿cuál se encuentra primero, Brancato de Arriba o Brancato de Abajo?

—El de abajo, *dottori*.

—¿Y cómo se llega hasta allí?

La explicación fue muy larga y laboriosa.

—Oye, Catarè, si telefonea el *dottor* Minutolo, dile que me llame al móvil.

* * *

Tomó la vía rápida de Palermo, que estaba muy transitada. Era una carretera de dos carriles ligeramente más anchos de lo habitual, pero, vete tú a saber por qué, todo el mundo la consideraba una autopista. Y debido a eso, todo el mundo circulaba como si fuera tal. Camiones que adelantaban a coches que iban a ciento cincuenta por hora (debido a que un ministro, el llamado «del ramo», había anunciado que se podía circular a esa velocidad por las autopistas), tractores, vespas y camionetas destrozadas, en medio de un diluvio de ciclomotores. La carretera, tanto a la derecha como a la izquierda, estaba constelada de pequeñas lápidas adornadas con ramilletes de flores, no a modo de embellecimiento sino para señalar el punto donde decenas de pobres desgraciados en coche o ciclomotor habían perdido la vida. Un recordatorio continuo que, sin embargo, a todos les importaba un carajo.

Giró al llegar a la tercera bifurcación a la derecha. La carretera estaba asfaltada, pero no había señalización. Tendría que fiarse de las indicaciones de Catarella. El paisaje llano había cambiado por otro de pequeñas colinas y algún que otro viñedo. Del pueblo, en cambio, ni rastro. Aún no se había cruzado con ningún automóvil. Empezó a preocuparse porque, entre otras cosas, no se veía ni un alma a quien pedir información. De golpe se le pasaron las ganas de continuar. Justo cuando se disponía a dar media vuelta para regresar a Vigàta, vio a lo lejos un pequeño carro que se dirigía hacia él y decidió preguntarle al carretero. Siguió adelante, y al llegar a la altura del caballo, se detuvo, abrió la portezuela y bajó.

—Buenos días —saludó al carretero.

El campesino, que no parecía haberse percatado de la llegada del comisario, miraba hacia delante con las riendas en la mano.

—A usted —contestó el hombre, un sexagenario enjuto y tostado por el sol. Iba vestido de fustán y llevaba la cabeza cubierta por un absurdo Borsalino que debía de remontarse a los años cincuenta.

Pero no hizo ademán de detenerse.

—Quería pedirle información —dijo Montalbano, situándose a su lado.

—¿A mí? —preguntó, entre sorprendido y consternado.

¿Y a quién, si no? ¿Al caballo?

—Sí.

—Ehhh —gritó el carretero, tirando de las riendas.

El animal se detuvo.

El hombre no abrió la boca. Sin dejar de mirar hacia delante, esperó a que le hiciera la pregunta.

—Oiga, ¿podría indicarme el camino de Brancato de Abajo?

A regañadientes, como si le costara un enorme esfuerzo, dijo:

—Todo recto. Tercer cruce a la izquierda. Buenos días. ¡Ahhh!

El «ahhh» iba dirigido al caballo, que reanudó la marcha.

Aproximadamente media hora después, Montalbano vio aparecer a lo lejos una especie de construcción mitad paso elevado y mitad puente. Para ser un puente le faltaban los pretilos, aunque tenía unas grandes redes metálicas de protección; pero su forma tampoco era la de un paso elevado porque lo habían hecho en arco, como un puente. Al fondo destacaba una colina en cuya cima se levantaban en imposible equilibrio los dados blancos de unas cuantas casuchas medio deslizadas hacia abajo. Sin duda se trataba de las viviendas de Brancato de Arriba, mientras que de las de Abajo aún no se veía ni siquiera un tejado. En cualquier caso, el pozo debía de estar por allí. Montalbano se detuvo a unos veinte metros de distancia del paso elevado, bajó y empezó a mirar alrededor. La carretera estaba desierta. Desde que girara en el cruce solo había tropezado con el carretero. Después vio un campesino removiendo la tierra con una azada. Y nada más. En cuanto se ponía el sol y caía la oscuridad, en aquella carretera no debía de verse nada de

nada. No había ningún tipo de alumbrado, ni casas desde las cuales pudiera llegar un poco de luz. Entonces, ¿dónde se habían apostado los secuestradores para observar si aparecía el automóvil del ingeniero? Y sobre todo, ¿cómo se las habían arreglado para saber con toda certeza que era el coche de Peruzzo y no otro que, por puro milagro, acertara a pasar por allí?

Cerca del paso elevado, cuya utilidad no conseguía comprender no había ni matorrales ni muretes donde esconderse. Incluso en medio de la oscuridad de la noche, aquel lugar no ofrecía la menor posibilidad de esquivar la luz de los faros de un automóvil. ¿Entonces?

Un perro ladró. Impulsado por la necesidad de contemplar un ser vivo, Montalbano lo buscó con la mirada. Y lo vio. Estaba a la entrada del paso elevado, a la derecha. Solo se le veía la cabeza. ¿Sería posible que hubieran construido aquello para facilitar el paso de perros y gatos? ¿Por qué no? En lo tocante a obras públicas, cualquier cosa es posible en nuestro bello país. De pronto el comisario comprendió que los secuestradores se habían escondido justo donde estaba el perro.

Avanzó por la campiña, cruzó una vereda y llegó al paso elevado, que tenía forma de lomo de asno y, por consiguiente, una acusada curvatura. Alguien que se situara justo al principio del puente no podía ser visto desde la carretera. Miró atentamente el suelo mientras el perro se alejaba gruñendo, pero no encontró nada, ni siquiera una colilla. Pero ¿cómo se puede encontrar una colilla hoy en día, cuando todo el mundo teme fumar debido a esos mensajes que figuran en las cajetillas y ponen cosas tales como «El tabaco provoca cáncer»? Así hasta los delincuentes dejan de fumar, y por eso los pobres policías se quedan sin indicios esenciales. ¿Y si le escribiera una nota al ministro de Sanidad?

Inspeccionó también el otro lado del puente. Nada. Regresó al punto de partida y se tumbó de bruces. Miró hacia abajo, apoyando la cabeza en la rejilla, y vio, casi perpendicular a él, una losa de piedra que cubría un pequeño pozo. Estaba claro que los secuestradores, en cuanto vieron llegar el coche del ingeniero, subieron al paso elevado para hacer lo mismo que él, tumbarse en el suelo. Desde allí verían, a la luz de los faros, cómo Peruzzo levantaba la piedra, introducía la maleta en el pequeño pozo y se iba. Seguro que los acontecimientos se habían desarrollado de esa manera. Sin embargo,

no había logrado el objetivo que lo había inducido a desplazarse hasta allí: los raptos no habían dejado ninguna huella. Abandonó el puente y se situó debajo. Examinó la losa que tapaba el pozo, pero la abertura se le antojó demasiado pequeña para que cupiera una maleta. Efectuó un rápido cálculo: seis mil millones de liras equivalían más o menos a tres millones cien mil euros. Si cada fajo estaba integrado por cien billetes de quinientos euros, eso significaba que bastaban sesenta y dos fajos. Por tanto no se necesitaba una maleta grande, al contrario. La losa se podía levantar sin dificultad porque tenía una especie de argolla de hierro. Introdujo un dedo y tiró. La piedra se alzó. Montalbano miró al interior del pequeño pozo y se sorprendió. Había una bolsa de gran tamaño y no parecía vacía. ¿Aún estaba allí el dinero de Peruzzo? ¿Sería posible que los secuestradores no lo hubieran retirado? Entonces ¿por qué habían soltado a la chica? Se arrodilló, metió el brazo, agarró la bolsa, que pesaba considerablemente, la sacó y la dejó en el suelo. Respiró hondo y la abrió. Estaba llena de fajos, pero no de billetes de banco, sino de recortes de viejas revistas de papel satinado.

14

La sorpresa le provocó una especie de ataque que lo hizo caer de culo al suelo. Con la boca abierta a causa del estupor, empezó a hacerse preguntas. ¿Qué significaba aquel descubrimiento? ¿Que el ingeniero, en lugar de euros, había introducido en la bolsa recortes de papel? ¿Habría sido capaz de inventar una treta que pudiera poner en peligro la vida de su sobrina? Lo pensó un poco y llegó a la conclusión de que Peruzzo era capaz de eso y de mucho más. En tal caso, la actuación de los secuestradores resultaba inexplicable. Porque las posibilidades eran dos, no había vuelta de hoja: o habían abierto la bolsa allí mismo y, a pesar de advertir el engaño, habían decidido soltar a la chica, o habían caído en la trampa, es decir, habían visto al ingeniero depositar la bolsa en el interior del pozo, no habían tenido ocasión de comprobar de inmediato el contenido y habían dado la orden de liberar a Susanna.

¿O acaso Peruzzo sabía que los captores no podrían abrir enseguida la bolsa y había jugado con el tiempo? Calma, razonamiento equivocado. Nada impedía a los secuestradores ir al pozo cuando les diera la gana. La entrega del dinero no significaba necesariamente la instantánea liberación de la chica, así que, entonces, ¿con qué tiempo contaba el ingeniero? Con ninguno. Se mirara como se mirara, esa posibilidad era absurda.

Mientras permanecía allí aturdido, con las preguntas que le taladraban el cerebro cual ráfagas de ametralladora, oyó un extraño son de campanillas. Pensó que tal vez se aproximaba un rebaño de ovejas. Pero el sonido no se acercaba, por más que se oyera muy próximo. Entonces comprendió que lo que sonaba era el móvil, que casi nunca utilizaba.

—¿Es usted, *dottore*? Soy Fazio.

—¿Qué hay?

—El *dottor* Minutolo quiere que le comunique algo que ha ocurrido hace unos tres cuartos de hora. He intentado localizarlo en la comisaría y en su casa, hasta que al final Catarella ha recordado que...

—Muy bien, dime.

—Pues verás, el *dottor* Minutolo ha llamado al abogado Luna para preguntarle por el ingeniero. Y el abogado le ha dicho que Peruzzo pagó anoche el rescate e incluso le ha revelado dónde dejó el dinero. Así que el *dottor* Minutolo se dirige a toda prisa al lugar de los hechos, que se encuentra junto a la carretera de Brancato, para efectuar una inspección. Por desgracia, junto a él se desplazan también los periodistas.

—Pero bueno, ¿qué es lo que quiere Minutolo?

—Dice que le gustaría que usted se reuniera con él. Le explico cuál es el mejor camino para...

Pero el comisario ya había colgado. Minutolo, sus hombres, una caterva de periodistas, fotógrafos y cámaras podían llegar de un momento a otro. Y si lo veían allí, ¿cómo les explicaría su presencia? «¡Oh, qué agradable sorpresa! Estaba aquí arando los campos...».

Introdujo rápidamente la bolsa en el pozo, lo cubrió con la losa, regresó corriendo al coche, encendió el motor, inició la maniobra de marcha atrás... y se detuvo. Si volvía por el mismo camino, se cruzaría con la alegre caravana de vehículos encabezada por Minutolo. No, lo mejor era seguir hasta Brancato de Abajo.

Llegó en menos de diez minutos. Un pueblecito limpio, con una plaza muy pequeña, la iglesia, el ayuntamiento, un café, una sucursal bancaria, una *trattoria* y una tienda de zapatos. Alrededor de la placita había unos bancos de granito ocupados por una docena de ancianos y viejos decrepitos. No hablaban, no se movían. Durante un segundo Montalbano pensó que eran estatuas, unos admirables ejemplos de arte hiperrealista. Pero uno de ellos, perteneciente a la categoría de los decrepitos, echó repentinamente la cabeza atrás y la apoyó de golpe en el respaldo del banco. O había muerto, como parecía probable, o había experimentado un súbito acceso de sueño.

El aire del campo le había despertado el apetito. Consultó el reloj. Faltaba poco para la una. Se encaminó hacia la *trattoria*, pero se detuvo. ¿Y si a algún periodista se le ocurría ir a telefonar a Brancato de Abajo? Seguro que

en Brancato de Arriba no había tabernas; pero no se sentía con ánimos para seguir mucho tiempo con el estómago vacío. Lo único que podía hacer era correr el riesgo y entrar en aquella *trattoria*.

Por el rabillo del ojo vio a un tipo que salía de la sucursal bancaria y se paraba a mirarlo. Acto seguido, el hombre, un obeso cuarentón, se le acercó con una ancha sonrisa:

—Pero ¿no es usted el comisario Montalbano?

—Sí, pero...

—¡Qué alegría! Yo soy Michele Zarco. —Pronunció su nombre y apellido con el tono de alguien que es universalmente conocido. Y puesto que el comisario siguió mirándolo sin decir ni pío, aclaró—: Soy el primo de Catarella.

Michele Zarco, aparejador y teniente de alcalde de Brancato, fue su salvación. En primer lugar lo llevó a su casa para comer sin cumplidos, es decir, lo que hubiera, nada especial, tal como dijo. La señora Angila Zarco, rubia hasta la extenuación y parca en palabras, sirvió unos nada despreciables canelones en salsa, seguidos de conejo agridulce de la víspera, plato hartamente difícil de preparar, pues todo se basa en la exacta proporción entre vinagre y miel y en la adecuada amalgama entre los trozos de conejo y la *caponata* (fritura de berenjenas, apio, alcaparras y tomates), dentro de la cual tiene que cocer la carne. La señora Zarco lo había hecho muy bien y, para acabar de redondearlo, le había espolvoreado una picadura de almendras tostadas. Además, es bien sabido que el conejo agridulce recién hecho es una cosa, pero si se come al día siguiente es algo muy distinto, pues gana mucho en sabor y aroma. En resumen, Montalbano se chupó los dedos.

En segundo lugar, el teniente de alcalde Zarco le propuso una visita a Brancato de Arriba, aunque solo fuera para digerir la comida. Como es natural, utilizaron el coche de Zarco. Tras haber recorrido una carretera llena de curvas y más curvas que semejaba la radiografía de un intestino, se detuvieron en el centro de un grupo de casas que habría hecho las delicias de un escenógrafo del cine expresionista. No había ni una sola derecha; todas se inclinaban a un lado o a otro componiendo ángulos tales que la torre de Pisa a

su lado habría parecido perfectamente vertical. Las tres o cuatro que había en la ladera de la colina se proyectaban horizontalmente hacia fuera; a lo mejor tenían ventosas escondidas en los cimientos. Dos ancianos iban conversando en voz alta, pues caminaban con el cuerpo doblado, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, tal vez condicionados por la distinta inclinación de las casas en que vivían.

—¿Volvemos a casa a tomar un café? Mi mujer lo hace muy bueno — propuso el aparejador Zarco cuando vio que Montalbano también empezaba a caminar torcido, contagiado por el ambiente.

Cuando la señora Angila les abrió la puerta, al comisario se le antojó estar viendo el retrato de una mujer dibujado por un niño: casi albina y con trenzas, tenía los pómulos arrebolados y parecía alterada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su marido.

—Acaban de decir en la televisión que la chica ha sido liberada, pero que el rescate no se ha pagado.

—¿Cómo? —preguntó el aparejador, mirando a Montalbano, que se encogió de hombros y extendió los brazos dando a entender que no sabía nada.

—Sí, señor —añadió la mujer—. Han dicho que la policía ha encontrado la bolsa del ingeniero, pero que dentro había papel de diario. Entonces el periodista se ha preguntado cómo es posible que hayan soltado a la chica y por qué. En cualquier caso está claro que el muy asqueroso de su tío ha estado a punto de dejar que la mataran.

Ya no era Antonio Peruzzo. Ya no era el ingeniero, sino el «muy asqueroso», la mierda innombrable, el detrito de las cloacas. Si el ingeniero había querido jugar con los secuestradores, había perdido la partida. Aunque la chica estuviese libre, él ya era prisionero para siempre del desprecio absoluto de la gente.

Decidió ir a Marinella para ver tranquilamente la rueda de prensa en la televisión. Al acercarse al paso elevado circuló con precaución por si quedaba algún rezagado. No había nadie, pero sí abundantes señales de la horda de policías, periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión que había pasado por

allí: latas de coca-cola vacías, botellas de cerveza rotas, paquetes de tabaco estrujados. Un vertedero de basura. Habían roto incluso la losa que tapaba el pocito.

Mientras abría la puerta de la casa, cayó en la cuenta de que no había llamado a Livia para avisarle de que no regresaría a tiempo para el almuerzo. La discusión sería inevitable, y no tenía ninguna excusa. Pero la casa estaba desierta. Cuando entró en el dormitorio, vio la maleta de Livia a medio hacer y recordó de golpe que a la mañana siguiente ella volvía a Boccadasse; los días de vacaciones que había cogido para estar a su lado en el hospital y en su primera convalecencia habían terminado. Experimentó un repentino sobrecogimiento que lo pilló, como siempre, a traición. Menos mal que ella no estaba y podría desahogarse a sus anchas. Y lo hizo. Después se lavó la cara, se acomodó en la silla junto al teléfono y consultó la guía. Luna tenía dos números, el de su domicilio particular y el del despacho. Marcó este último.

—Despacho del abogado Luna —dijo una voz femenina.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Está el abogado?

—Sí, pero se encuentra reunido. Probaré a ver si me contesta.

Ruidos varios, musiquilla grabada.

—Mi queridísimo amigo. En este instante no puedo hablar con usted. ¿Está en su despacho?

—No, en mi casa. ¿Quiere el número?

—Sí.

Montalbano se lo dio.

—Lo llamo dentro de diez minutos.

El comisario observó que, durante la breve conversación, Luna no lo había llamado en ningún momento por su nombre ni por su cargo. ¡A saber con qué clientes se encontraba reunido! ¿Se habrían asustado al oír la palabra «comisario»?

Transcurrió media hora antes de que el teléfono volviera a sonar.

—¿*Dottor* Montalbano? Disculpe el retraso, pero estaba con unas personas y he pensado que sería mejor llamarlo desde un teléfono seguro.

—¿Está insinuando que los de su despacho están pinchados?

—No estoy muy seguro, con los tiempos que corren... ¿Qué quería decirme?

—Nada que usted no sepa ya.

—¿Se refiere al hallazgo de la bolsa con los recortes de periódico?

—En efecto. Como usted comprenderá, eso dificulta enormemente la tarea de restauración de la imagen del ingeniero que usted me había pedido.

Silencio, como si la línea se hubiera cortado.

—¿Oiga? —dijo Montalbano.

—Estoy aquí. Comisario, contésteme con toda sinceridad: ¿cree usted que si yo hubiera sabido que en el interior de aquel pozo había una bolsa con recortes de periódico, se lo habría dicho a usted y al *dottor* Minutolo?

—No.

—Mire, nada más conocer la noticia, mi cliente me ha llamado. Estaba llorando. Es consciente de que ese descubrimiento significa atarle un bloque de cemento en los pies y arrojarlo al agua. Comisario, esa bolsa no es suya. Él había metido el dinero en una maleta.

—¿Puede demostrarlo?

—No.

—¿Y cómo explica él que en el lugar se haya encontrado una bolsa?

—No se lo explica.

—¿Él había depositado el dinero en una maleta?

—Así es. Sesenta y dos fajos de cien billetes de quinientos, lo que suma tres millones cien mil euros, equivalentes a algo más de seis mil millones de las antiguas liras.

—¿Y usted lo cree?

—Comisario, yo tengo que creer a mi cliente. Pero el problema no es que yo lo crea o no, sino que lo crea la gente.

—Hay una manera de probar si su cliente dice la verdad.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Muy fácil. Como usted mismo ha dicho, el ingeniero habrá tenido que reunir en muy poco tiempo el dinero para el rescate. Por consiguiente, deben existir documentos bancarios con sus correspondientes fechas que atestigüen su retirada. Bastará con que los dé a conocer públicamente para demostrar a todo el mundo su buena fe.

Profundo silencio.

—¿Me ha oído, abogado?

—Sí. Es la misma solución que yo le he sugerido.

—¿Entonces?

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Que el ingeniero no recurrió a los bancos.

—Ah, ¿no? Pues ¿a quién?

—Mi cliente se ha comprometido a no facilitar el nombre de quienes generosamente se prestaron a socorrerlo en un momento tan delicado. Resumiendo, no existen documentos escritos.

¿De qué sucia y repugnante cloaca provendría la mano que le había dado el dinero a Peruzzo?

—En ese caso me da la impresión de que la situación es desesperada.

—A mí también, comisario. Hasta el punto de que estoy preguntándome si mi asesoramiento sigue siendo útil al ingeniero.

O sea que hasta las ratas se preparaban para abandonar el barco.

* * *

La rueda de prensa empezó a las cinco y media en punto. Detrás de una mesa estaban sentados Minutolo, el juez, el jefe superior de policía y Lattes. La sala de la jefatura se encontraba abarrotada de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión. Nicolò Zito y Pippo Ragonese también estaban presentes, a la debida distancia el uno del otro. El primero en tomar la palabra fue el jefe superior de policía Bonetti-Alderighi, el cual consideró oportuno empezar por el principio, es decir, desde el momento en que se produjo el secuestro. Aclaró que aquella primera parte del relato se basaba en las declaraciones de la chica. Susanna Mistretta regresaba a casa en su ciclomotor por el camino habitual, cuando, en el cruce con el sendero de San Gerlando, a pocos metros de su casa, un vehículo se situó a su lado y la obligó a meterse en el sendero. Apenas había tenido tiempo de detenerse, todavía alterada y confundida por lo ocurrido, cuando bajaron del automóvil dos hombres con el rostro cubierto por pasamontañas. Uno de ellos la levantó en vilo y la arrojó al interior del coche.

Susanna estaba demasiado aturdida para reaccionar. El hombre le quitó el casco, le tapó la boca con una bola de algodón, la amordazó, le ató las manos a la espalda y la obligó a tumbarse a sus pies.

De una manera confusa, la chica oyó, antes de perder el sentido, que el hombre subía al coche, se sentaba al volante y se ponía en marcha. Era evidente que el segundo, aunque esta era una hipótesis de los investigadores, se había encargado de retirar el ciclomotor de la carretera.

Susanna despertó en medio de una oscuridad absoluta. Seguía con la mordaza, pero le habían desatado las muñecas. Moviéndose en la oscuridad se dio cuenta de que se encontraba en el interior de una especie de estanque de cemento de más de tres metros de profundidad y de que en el suelo había un viejo colchón. Así pasó la noche, desesperada, no tanto por su situación personal cuanto por el recuerdo de su madre moribunda. Después se quedó dormida, hasta que alguien encendió una luz. Una lámpara de las que usan los mecánicos para iluminar los motores. Dos hombres encapuchados la observaban. Uno de ellos sacó una grabadora de bolsillo y el otro bajó utilizando una escala de mano. El de la grabadora dijo algo, el otro le quitó la mordaza a Susanna, que pidió socorro a gritos, y volvieron a amordazarla. Al poco rato regresaron. Uno bajó por la escalerilla, le quitó la mordaza y subió de nuevo. El otro le hizo una instantánea. No la amordazaron más. Para darle la comida, siempre enlatada, empleaban la escalera de mano, que echaban cada vez. En un rincón de la piscina había un balde. A partir de entonces le dejaron la luz constantemente encendida.

Susanna no sufrió malos tratos en ningún momento, pero no tuvo la menor posibilidad de cuidar de su higiene personal. Y nunca oyó hablar entre sí a sus secuestradores, quienes jamás respondieron a sus preguntas ni le dirigieron la palabra. Ni siquiera cuando la sacaron de la piscina para ponerla en libertad. Susanna supo indicar a los investigadores el lugar donde la habían liberado. En efecto, allí encontraron la cuerda y el pañuelo con que la habían amordazado. En resumen, el jefe superior de policía dijo que la joven estaba bastante bien, teniendo en cuenta la terrible experiencia sufrida.

A continuación, Lattes señaló a un periodista, que se levantó y preguntó por qué no se podía entrevistar a la chica.

—Porque las investigaciones aún no han terminado —contestó el juez.

—Pero ¿el rescate se ha pagado o no? —preguntó Nicolò Zito.

—Eso forma parte del secreto del sumario —contestó una vez más el juez.

En ese momento se levantó Pippo Ragonese. Su boca de culo de gallina estaba apretadísima, hasta el punto de que las palabras le salían casi roídas:

—A est respect teng qu hacer no un prgunt sino una declarac...

—Más claro, más claro —dijo el coro griego de periodistas.

—Tengo que hacer una declaración, no una pregunta. Poco antes de venir aquí hemos recibido una llamada en nuestra redacción. He hablado yo en persona y he reconocido la voz del secuestrador que ya me había llamado. Ha declarado textualmente que el rescate no ha sido pagado, que quien tenía que pagar los ha engañado, pero que aun así han decidido soltar a la chica porque no se han sentido con ánimos para cargar con un cadáver en su conciencia.

Estalló un guirigay. Gente que se levantaba gesticulando, gente que salía corriendo, el juez que despotricaba contra Ragonese. El barullo era tal que no se entendía ni una sola palabra. Montalbano apagó el televisor y fue a sentarse a la galería.

* * *

Livia regresó una hora después y lo encontró contemplando el mar. No parecía en absoluto enfadada.

—¿Adónde has ido?

—A despedirme de Beba y después me he pasado por Kolymbetra. Prométeme que cualquier día de estos irás. ¿Y tú? Ni siquiera me has llamado para decirme que no venías a comer.

—Perdóname, Livia, pero es que...

—No te disculpes, no me apetece discutir contigo. Son las últimas horas que pasamos juntos y no tengo intención de estropearlas.

Dio unas cuantas vueltas por la casa y después hizo algo que hacía muy pocas veces. Se sentó sobre las rodillas del comisario y lo estrechó entre sus brazos. Permaneció un buen rato así, en silencio, y después le susurró al oído:

—¿Vamos dentro?

Antes de ir al dormitorio, Montalbano desconectó el teléfono, por si acaso.

Tumbados y abrazados en la cama se les pasó la hora de la cena. Y también la de la tertulia de después.

—Me alegro de que el secuestro de Susanna se haya resuelto antes de mi partida —dijo Livia.

—Ya.

Durante unas horas se había olvidado de todo, y le agradeció instintivamente a Livia que se lo hubiera recordado. ¿Por qué? No supo explicárselo.

Comieron sin apenas decir nada. A ambos les dolía la separación.

Livia se levantó y fue a terminar de preparar la maleta. Montalbano la oyó preguntar desde el pasillo:

—Salvo, ¿has cogido tú el libro que estaba leyendo?

—No.

Era una novela de Simenon, *La prometida del señor Hire*.

Livia fue a sentarse a su lado en la galería.

—No lo encuentro. Me gustaría llevármelo para terminarlo.

Al comisario se le ocurrió dónde podía estar. Se levantó.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo enseguida.

El libro estaba donde él pensaba: en el dormitorio, entre la mesita de noche y la pata de la cama. Se agachó, lo recogió, lo depositó sobre la maleta ya cerrada y regresó a la galería.

—Ya lo he encontrado —dijo. E hizo ademán de volver a sentarse.

—¿Dónde? —preguntó Livia.

Él se quedó paralizado, como fulminado por un rayo, con un pie ligeramente levantado y el cuerpo inclinado hacia delante. Como en un repentino ataque de cervicales. Estaba tan inmóvil que ella se asustó.

—Salvo, ¿qué te ocurre?

No podía hacer el menor movimiento, las piernas se le habían vuelto de plomo; sin embargo, el cerebro estaba en plena actividad, todos sus engranajes giraban con soltura, alegrándose de poder moverse finalmente en la dirección apropiada.

—Salvo, Dios mío, ¿te encuentras mal?

—No.

Poco a poco notó que la sangre ya no estaba solidificada y volvía a circular. Consiguió sentarse. Pero su rostro debía de tener una expresión de asombro infinito y no quería que Livia lo viera.

Apoyó la cabeza en el hombro de ella y le dijo:

—Gracias.

Y entonces comprendió por qué antes, mientras estaban tumbados, había experimentado aquel sentimiento de gratitud que a primera vista le había parecido inexplicable.

15

El resorte de las tres horas, veintisiete minutos y cuarenta segundos no pudo despertar aquella noche a Montalbano porque ya estaba despierto. No había conciliado el sueño. Habría querido dejarse transportar por los pensamientos, que se sucedían como las olas de un mar embravecido, pero no podía agitar los brazos y las piernas; procuraba no moverse para no molestar a Livia, que se había ido muy pronto al país de los sueños.

El despertador sonó a las seis, y a las siete y cuarto ya estaban de camino hacia el aeropuerto de Punta Raisi. Conducía Livia. Durante el trayecto apenas hablaron; él, con la mente sumida en lo que deseaba hacer de inmediato para comprobar si lo que se le había ocurrido era una absurda fantasía o una absurda verdad, y ella, pensando en el trabajo atrasado, en lo que la esperaba en Génova después de haber permanecido más tiempo del previsto al lado de Salvo.

Antes de que Livia pasara a la sala de embarque, ambos se abrazaron en medio de la gente como dos jóvenes enamorados. Mientras la estrechaba entre sus brazos, Montalbano experimentó dos sentimientos contradictorios, dos sentimientos que no era natural que estuviesen juntos, pero que lo estaban. Por un lado, una profunda tristeza por el hecho de que ella se fuera; seguramente la casa de Marinella notaría en todo momento su ausencia, y él, que estaba a punto de convertirse en un señor de cierta edad, empezaba a sentir el peso de la soledad; y por otro lado, una especie de prisa porque Livia se marchase enseguida para poder regresar corriendo a Vigàta y hacer lo que debía con entera libertad, sin verse obligado a cumplir horarios ni a contestar a sus preguntas.

Livia se apartó por fin, lo miró y se encaminó hacia el puesto de control. Montalbano se quedó inmóvil, no para seguirla con la mirada hasta el último

momento, sino a causa de un repentino estupor que le impidió dirigirse a la salida. Porque le había parecido percibir en el fondo de los ojos de Livia, justo en el fondo, un brillo, un resplandor que no tendría por qué estar allí. Había durado solo un instante, agazapado detrás del opaco velo de la emoción. Pero él había tenido tiempo de percibir aquel relámpago apagado, pero relámpago al fin. ¿Acaso Livia, mientras permanecían abrazados, había vivido las mismas emociones contradictorias que él? ¿Acaso ella también sentía la amargura de la separación, pero al mismo tiempo estaba deseando con toda el alma recuperar su libertad?

Primero se enfureció, pero después le entraron ganas de reír. ¿Qué decía aquella sentencia latina? *Nec tecum nec sine te*. Ni contigo ni sin ti. Perfecta.

* * *

—¿Montalbano? Soy Minutolo.

—Hola. ¿Habéis logrado sonsacarle a la chica alguna información provechosa?

—Ahí está el problema, Montalbà. Debido en parte al trastorno que sufre por el secuestro, lo que es lógico, y en parte a que desde su regreso no ha podido dormir, no ha dicho gran cosa.

—¿Y por qué no ha podido dormir?

—Porque el estado de su madre se ha agravado y no ha querido apartarse ni un instante de su cabecera. Por eso, cuando esta mañana me han llamado para decirme que la señora Mistretta había muerto por la noche...

—... has corrido con mucho tacto y sentido de la oportunidad a interrogar a Susanna.

—Montalbà, yo no soy de esos. He venido aquí porque lo he considerado mi deber. A fuerza de estar en esta casa...

—... te has convertido en uno más de la familia. Bravo. Pero todavía no comprendo el motivo de tu llamada.

—Pues verás. Puesto que el funeral se celebrará mañana por la mañana, quisiera empezar a interrogar en serio a Susanna a partir de pasado mañana. El juez está de acuerdo. ¿Y tú?

—¿Qué pinto yo en eso?

—¿No tienes que ir tú también?

—No lo sé. Eso lo decidirá el jefe superior. Mira, hazme un favor: habla con él, pídele que te dé instrucciones y después me llamas.

* * *

—*Dutturi*, ¿es usía? Soy Adelina Cirrincìo.

¡Su asistenta Adelina! ¿Cómo se las había arreglado para enterarse de la marcha de Livia? ¿Por el olfato? ¿Husmeando el aire como los perros? Mejor no indagar; de lo contrario, igual averiguaba que en el pueblo sabían hasta la melodía que canturreaba cuando estaba sentado en el retrete.

—¿Qué hay, Adelì?

—*Dutturi*, ¿puedo ir esta tarde a limpiar la casa y prepararle la comida?

—No, Adelì, hoy no, ven mañana por la mañana. —Necesitaba pensar un poco sin tener a nadie alrededor.

—*Dutturi*, ¿ya *dicidió* la *cuistión* del bautizo de mi nieto?

No lo dudó un instante. Livia, creyendo hacerse la graciosa, había acabado por ofrecerle un excelente motivo con aquella historia del empate.

—Ya lo he decidido, y estoy dispuesto.

—¡Virgen santa, qué alegría!

—¿Ya habéis fijado la fecha?

—*Dutturi*, *dipende* de usía.

—¿De mí?

—Sí, *siñor*, de cuando usía esté libre.

«No; depende de cuando esté libre tu hijo», habría querido replicar, pues Pasquale, el padre de la criatura, se pasaba la vida entrando y saliendo de la cárcel. Pero se limitó a decir:

—Elegid vosotros y me lo comunicáis. Ahora dispongo de todo el tiempo que quiero.

* * *

Francesco Lipari se desplomó en la silla que había delante del escritorio del comisario. Tenía el rostro amarillento y las ojeras se le marcaban tanto que parecían pintadas con betún. Llevaba la ropa arrugada; a lo mejor se había

acostado vestido. Montalbano se sorprendió, pues esperaba verlo sereno y aliviado por la puesta en libertad de la chica. Sin embargo...

—¿Te encuentras mal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Susanna no quiere hablar conmigo.

—Explícate.

—No hay nada que explicar. Desde que supe que la habían soltado, he llamado una docena de veces, pero siempre se pone el padre, el tío o cualquier otra persona. Y siempre me dicen lo mismo, que Susanna está ocupada y no puede atender al teléfono. Incluso esta mañana, cuando me enteré de que había muerto su madre...

—¿Cómo lo supiste?

—Lo oí en una radio local y lo primero que pensé fue que era una suerte que Susanna haya tenido tiempo de verla viva. Y enseguida la llamé, quería estar cerca de ella; pero me dieron la misma respuesta. No podía ponerse. —Ocultó el rostro entre las manos—. ¿Qué le he hecho yo para que me trate de esta manera?

—Tú, nada. Pero compréndelo. El trauma del secuestro es muy fuerte y difícil de superar. Todos los que han pasado por esa experiencia lo dicen. Se requiere tiempo. —Y el buen samaritano Montalbano se calló, satisfecho de sí mismo. Se estaba formando una opinión muy audaz y estrictamente personal acerca de aquel asunto y prefería no exponérsela al chico y mantenerse en un plano general.

—Pero ¿no la ayudaría a superar ese trauma tener a su lado a una persona que la ama de verdad?

—¿Quieres saber una cosa?

—Sí.

—Es una confesión que te hago a ti: creo que yo también preferiría estar solo, ya sabes, para examinarme las heridas.

—¿Heridas?

—Sí. Y no solo las sufridas, sino también las infligidas a los demás.

El muchacho lo miró perplejo.

—No entiendo nada.

—Dejémoslo. —El buen samaritano Montalbano no tenía intención de malgastar toda su dosis de bondad cotidiana—. ¿Querías decirme alguna otra cosa?

—Sí. ¿Sabe que el ingeniero Peruzzo ha sido excluido de las listas de su partido?

—No.

—¿Y sabe que los de la Policía Fiscal están desde ayer por la tarde en los despachos del ingeniero? Corren rumores de que al primer vistazo ya han encontrado suficiente material para enviarlo a la cárcel.

—No sabía nada. ¿Y bien?

—Pues que me hago unas cuantas preguntas.

—Y quieres que yo te dé las respuestas...

—Si es posible.

—Estoy dispuesto a contestar a una sola pregunta, siempre que pueda hacerlo. Elígela.

El chico la formuló de inmediato, se ve que era la primera de la lista.

—¿Cree usted que el ingeniero dejó la bolsa con los recortes de papel de periódico en lugar del dinero?

—¿Tú no lo crees?

Francesco trató de esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió y torció la boca en una mueca.

—No responda a una pregunta con otra pregunta.

Era un muchacho listo y extremadamente hábil. Un auténtico placer hablar con él.

—¿Y por qué no iba a creerlo? —contestó Montalbano—. El ingeniero, a juzgar por lo que se sabe de él, es un hombre de pocos escrúpulos y muy aficionado a actividades peligrosas. Puede que se haya jugado el todo por el todo. Para él era esencial no verse involucrado en el asunto, pues una vez dentro le habría salido muy caro de todos modos. Dada la situación, ¿por qué no arriesgar un poco más y ahorrarse seis mil millones?

—Pero ¿y si mataban a Susanna?

—Habría dicho que él había pagado el rescate y que los secuestradores habían faltado a su palabra; a lo mejor Susanna había reconocido a alguno de

ellos y habían tenido que eliminarla. Se echaría a llorar, se desesperaría delante de las cámaras de la televisión y alguien acabaría por creerlo.

—¿Y estaría usted entre ellos, comisario?

—Me remito a la quinta enmienda —dijo Montalbano.

—¿Montalbano? Soy Minutolo. He hablado con el jefe superior.

—¿Qué ha dicho?

—Que no quiere abusar de tu amable disponibilidad.

—Lo que hablando en plata significa que cuanto antes deje de tocar los cojones, mejor, ¿no?

—Exactamente.

—Amigo mío, ¿qué quieres que te diga? Vuelvo a mi convalecencia y te deseo lo mejor.

—Pero si necesito intercambiar alguna idea contigo, ¿puedo...?

—Cuando quieras.

—¿Sabes que la Policía Fiscal ha encontrado una mina en los despachos del ingeniero Peruzzo? La opinión unánime es que esta vez está definitivamente jodido.

Introdujo en un sobre las ampliaciones fotográficas que le había encargado a Cicco de Cicco y se las guardó, no sin cierta dificultad, en un bolsillo.

—¡Catarella!

—A sus órdenes, *dottori*.

—¿Está el *dottor* Augello?

—No, *signor dottori*. Está en Montelusa, que lo quiere el señor jefe *supirior* porque el *dottori* Augello está haciendo *suplincias*.

Finalmente, el *signor* jefe *supirior* lo había dejado a él al margen, y hablaba solo con Mimì, el que hacía *suplincias*.

—¿Y Fazio?

—Él tampoco está, *dottori*. Se ha ido momentáneo a vía Palazzolo, justo *dilante* de la escuela primaria.

—¿Y eso por qué?

—Un *comircente* que se negaba a pagar el impuesto de *proticción* le ha pegado un tiro al que le *pidía* el dinero, pero no le ha dado.

—Mejor así.

—Mejor así, *dottori*. Pero a cambio le ha dado en el brazo a uno que pasaba por allí.

—Oye, Catarè, yo me vuelvo a mi convalecencia en Marinella.

—¿Ahora mismito?

—Sí.

—¿Puedo ir a verlo cuando tenga ganas de verlo personalmente en persona?

—Cuando quieras.

Antes de regresar a casa se pasó por la tienda de comestibles a la que iba de tanto en tanto. Compró aceitunas verdes, higos secos, queso picante, pan con semillas de sésamo recién hecho y una lata de pesto de Trapani.

En Marinella, mientras se cocía la pasta, puso la mesa en la galería. La jornada, después de un tira y afloja inicial, se había rendido a un sol de primavera anticipada. No había una sola nube ni soplaba el menor viento. El comisario escurrió la pasta, la aliñó con la salsa, llevó el plato fuera y se puso a comer. Un hombre que pasaba por la orilla del mar se detuvo un instante y lo miró. ¿Qué había de extraño en él para que aquel individuo lo observara como si fuera un cuadro? Tal vez era realmente un cuadro, que podría titularse *El almuerzo del jubilado solitario*. Ese pensamiento le quitó el apetito de golpe. Siguió comiendo, pero de mala gana.

Sonó el teléfono. Era Livia para decirle que había llegado bien, que estaba limpiando la casa y que volvería a llamarlo por la noche. Mensaje breve, pero suficiente para que se enfriara la pasta.

No tuvo ánimos para seguir comiendo. Le había dado tal ataque de mal humor que a duras penas pudo beberse una copa de vino y engullir un trozo de pan con semillas de sésamo. Partió el pan, se introdujo un pedazo en la boca, lo masticó largo rato y se bebió la copa de vino mientras con la yema del dedo índice atrapaba las semillas de sésamo que caían en el mantel y se las llevaba a la boca. La gracia de comer pan con semillas de sésamo consiste

sobre todo en ese rito. Pegado a la pared exterior derecha de la galería había un matorral silvestre que con el tiempo se había hecho tan espeso y alto que llegaba a la altura de una persona sentada en la banqueta.

En varias ocasiones Livia le había dicho que había que arrancarlo, pero ahora resultaba muy difícil, pues debía de tener unas raíces tan largas y profundas como las de un árbol. Montalbano, sin saber por qué, experimentó el repentino impulso de cortarlo. Volvió la cabeza a la derecha y el matorral ocupó todo su campo visual. La planta estaba rebrotando, y entre el amarillo de las partes secas asomaba aquí y allá alguna que otra mancha verde. Entre dos ramitas situadas cerca de la copa brillaba al sol una telaraña plateada. Montalbano estaba seguro de que la víspera no estaba allí, pues Livia se habría dado cuenta y, con el miedo que le daban las arañas, se la habría cargado con la escoba. Sin duda, la araña la había elaborado durante la noche.

El comisario se levantó y se apoyó en la barandilla para contemplarla de cerca. Era una asombrosa construcción geométrica.

Hechizado, contó unos treinta hilos en círculos concéntricos que disminuían de tamaño a medida que se acercaban al centro. La distancia entre ellos era siempre la misma, excepto en la zona central, donde aumentaba considerablemente. Además, había otros hilos radiales que partían del centro hasta la circunferencia exterior.

Montalbano calculó que había unos veinte de estos últimos, y la distancia entre ellos era uniforme. El centro de la tela era el punto de convergencia de todos, unidos entre sí por otro hilo distinto con forma espiral.

¡Qué paciencia debía de tener la araña!

Porque seguro que había tropezado con obstáculos: un golpe de viento que rompía la trabazón de hebras, el paso de un animal que desplazaba una rama... Pero ella, nada, había seguido adelante con su trabajo nocturno, dispuesta a tender a toda costa su telaraña, porfiada, ciega y sorda a cualquier otro estímulo.

Pero ¿dónde estaba la araña? Por más que se esforzó, no consiguió verla. ¿Se había ido ya, abandonándolo todo? ¿Se la habría comido otro animal? ¿O acaso estaba escondida debajo de alguna hoja amarilla, escudriñando alrededor con sus ocho ojos dispuestos en diadema y sus ocho patas listas para saltar?

De pronto la tela empezó a vibrar levísimamente. No había sido a causa de un repentino soplo de aire, pues las hojas más próximas, incluso las más finas, estaban inmóviles. No: era un movimiento provocado a propósito. ¿Y por quién sino por la propia araña? Sin duda pretendía que su red se confundiera con otra cosa, un velo de escarcha, un vapor acuoso, y con las patas sacudía los hilos. Una trampa.

Montalbano se volvió hacia la mesita, tomó una minúscula miga de pan, la trituró en trocitos todavía más pequeños y los arrojó hacia la telaraña. Pero eran demasiado ligeros y se dispersaron en el aire; solo uno quedó prendido en el amasijo de hebras del centro, pero desapareció de inmediato. Un punto gris que había salido disparado como un rayo de la parte superior de la tela, donde permanecía oculto detrás de unas hojas, se había tragado la miga y se había esfumado. Más que percibir el movimiento, el comisario lo intuyó. Lo asombró la velocidad con que se había desplazado aquel punto gris. Y decidió examinar mejor el comportamiento de la araña. Cogió otra miga, formó una pelotita un poco mayor que la anterior y la lanzó con precisión en medio de la telaraña, que vibró en su totalidad. El punto gris saltó de nuevo, llegó al centro y cubrió el pan con su cuerpo, pero no volvió a esconderse. Permaneció inmóvil, absolutamente a la vista, en medio de su admirable construcción de geometrías aéreas. A Montalbano le pareció que la araña lo miraba triunfante.

Y entonces, con una lentitud de pesadilla, como en un interminable fundido cinematográfico, la cabecita de la araña empezó a cambiar de color y forma, pasó del gris al rosa, el pelo se transformó en cabello y los ojos, de ocho que eran, se redujeron a dos hasta representar un minúsculo rostro humano que sonreía satisfecho ante el botín que estrechaba entre sus patas.

Montalbano se quedó aterrorizado. ¿Estaba viviendo una pesadilla o había bebido demasiado? De repente, recordó un pasaje de Ovidio que había leído en la escuela, el de la tejedora Aracne, a quien Atenea transformó en araña por haber osado desafiarla... ¿Sería posible que el tiempo se hubiera puesto a correr hacia atrás hasta remontarse a la oscura noche de los mitos? Experimentó una especie de aturdimiento, de vértigo. Por suerte aquella monstruosa visión duró poco, e inmediatamente la imagen volvió a resultar confusa porque se estaba produciendo la transformación inversa. Pero antes

de que la araña fuese otra vez una araña, antes de que desapareciera de nuevo entre las hojas, Montalbano tuvo tiempo de reconocer aquel rostro. No, no era el de Aracne, estaba seguro.

Se sentó en la banqueta, pues las piernas no lo sostenían, y se bebió otra copa de vino de un trago para recuperar fuerzas.

Y pensó que a la otra araña, aquella cuyo rostro había entrevisto un instante, también se le había ocurrido de noche la idea de elaborar una gigantesca telaraña, una de las tantas y tantas noches de angustia, tormento y rabia.

Con paciencia, tenacidad y determinación, sin arredrarse ante nada, había conseguido tejer la tela. Un prodigio geométrico, una obra de arte de lógica.

Pero era imposible que en aquella construcción no hubiera un error, aunque fuese mínimo, una imperfección apenas visible.

Se levantó, entró en la casa y buscó una lupa que tenía que haber en algún sitio. Después de Sherlock Holmes, ningún policía lo es de verdad si no tiene una lupa al alcance de la mano.

Abrió cajones y cajoncitos, lo puso todo patas arriba, encontró la carta de un amigo recibida hacía seis meses y que aún no había abierto, rasgó el sobre, la leyó, se enteró de que su amigo Gaspano se había convertido en abuelo (¡carajo!, pero ¿no tenía la misma edad que él?), siguió buscando y llegó a la conclusión de que sería inútil. De lo que debía inferir que no era un verdadero policía. Elemental, querido Watson. Regresó a la galería, se apoyó en la barandilla y se inclinó hacia fuera hasta casi rozar con la nariz el centro de la telaraña. Al punto se echó hacia atrás, temiendo que la araña saliera como un rayo y le pellizcara la nariz, confundiéndola con una presa. Miró con atención hasta que los ojos empezaron a lagrimearle. No, la tela parecía perfecta desde un punto de vista geométrico, pero en realidad no lo era. En al menos cuatro puntos la distancia entre las hebras no era regular, e incluso había dos pequeños tramos de hilo que zigzagueaban.

Se sintió más tranquilo y sonrió. Y después la sonrisa se transformó en carcajada. ¡La telaraña! No existía ningún otro lugar común más recurrente que aquel para referirse a un plan urdido en secreto. Él jamás lo habría utilizado. Y aquel lugar común había querido vengarse de su desprecio materializándose en algo concreto y obligándolo a tomarlo en consideración.

16

Dos horas después estaba circulando por la carretera de Gallotta con los ojos muy abiertos porque no recordaba dónde tenía que girar. En determinado momento vio a mano derecha el árbol con la tabla clavada en que figuraban en barniz rojo las palabras «Huevos frescos».

La vereda que arrancaba allí solo conducía al dado blanco de la casita rural donde había estado la otra vez. Y allí terminaba. Desde lejos observó que en la explanada de delante había un automóvil aparcado. Avanzó por el sendero, detuvo su coche al lado del otro y bajó.

No llamó. Decidió fumarse un cigarrillo apoyado en el capó. Cuando arrojó la colilla al suelo, creyó observar un fugaz movimiento detrás de la minúscula ventana con barrotes que había al lado de la puerta, tal vez un rostro. Al poco tiempo salió de la casita un cincuentón elegante, gordo, con gafas de montura dorada y más rojo que un pimiento a causa de la vergüenza. En la mano sostenía su coartada: una caja de huevos. Abrió la portezuela del coche, subió y se alejó a toda prisa. La puerta permaneció entornada.

—¿Por qué no pasa, comisario?

Montalbano entró. La mujer, sentada en el catre-sofá, se estaba abrochando la blusa. Tenía el negro cabello suelto sobre los hombros y las comisuras de la boca manchadas de carmín. La colcha estaba arrugada y la almohada había caído al suelo.

—Lo he visto por la ventana y lo he reconocido enseguida. Perdona un momento.

Se levantó para ponerlo todo en orden. Vestía con la misma elegancia que la vez anterior.

—¿Cómo está tu marido? —preguntó Montalbano mirando hacia la puerta de la habitación de atrás.

—¿Cómo quiere que esté el pobre? —Cuando terminó de arreglarlo todo y de limpiarse los labios con un pañuelo de papel, preguntó con una sonrisa —: ¿Le preparo un café?

—Gracias, pero no quiero molestar.

—¡Qué dice! Usía no parece un policía. Siéntese —dijo, ofreciéndole una silla de asiento de paja.

—Gracias. Aún no sé cómo te llamas.

—Angela. Angela Di Bartolomeo.

—¿Te interrogaron mis compañeros?

—*Dutturi* mío, yo hice lo que usía me dijo. Me cambié de ropa y trasladé el catre a la otra habitación... Pero ni por esas. Pusieron la casa patas arriba. Miraron hasta debajo de la cama de mi marido. Se pasaron cuatro horas seguidas haciéndome preguntas, buscaron en el gallinero, se les escaparon las gallinas y me rompieron tres cestas de huevos... Y hubo uno, un grandísimo hijo de puta, y usía me perdona, que en cuanto nos quedábamos solos, se aprovechaba.

—¿Cómo que se aprovechaba?

—Sí, señor, me tocaba el pecho. En determinado momento no pude más y me eché a llorar. De nada servía que le repitiera una y otra vez que yo jamás le había hecho daño a la sobrina del doctor Mistretta, pues el doctor hasta medicinas gratis me daba para mi marido... Pero nada, no atendía a razones.

El café era excelente.

—Escucha, Angela, necesito que hagas un esfuerzo de memoria.

—Para usía, lo que quiera.

—¿Recuerdas que me dijiste que después del secuestro de Susanna apareció un coche por aquí y tú creíste que era un cliente?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ahora que las cosas se han calmado, ¿puedes volver a pensar con tranquilidad en lo que hiciste cuando oíste el ruido del motor?

—¿No se lo dije?

—Me dijiste que te levantaste de la cama porque pensabas que era un cliente.

—Sí, señor.

—Pero un cliente que no te había advertido de su visita.

—Sí, señor.

—Te levantaste de la cama... ¿y qué hiciste?

—Vine aquí y encendí la lamparita.

Ahí estaba la novedad que buscaba el comisario. Por consiguiente, tenía que haber visto algo, no solo oído.

—Espera. ¿Qué lamparita?

—La que hay en el exterior, encima de la puerta. Ilumina toda la explanada. Cuando mi marido estaba bien, en verano cenábamos fuera. El interruptor es aquel, ¿lo ve? —Lo señaló. Estaba en la pared, entre la puerta y la ventanita.

—¿Y después?

—Después miré por la ventana. Pero el coche ya había dado media vuelta, y apenas pude verlo por detrás.

—Angela, ¿tú entiendes de coches?

—¿Yo? Ni papa.

—Pero conseguiste ver la parte de atrás.

—Sí, señor.

—¿Recuerdas de qué color era?

Angela arrugó la frente y se esforzó.

—Comisario, no sabría decirlo. Podía ser azul, negro, verde oscuro... De una cosa estoy segura: no era un color claro.

Ahora llegaba la pregunta más difícil.

Montalbano respiró hondo y la formuló. Y Angela contestó, un poco sorprendida por no haber pensado antes en ello.

—Sí, señor. ¡Es verdad! —Y al punto adoptó una expresión confusa y perpleja—. Pero... ¿eso qué tiene que ver?

—Vaya si tiene —se apresuró a tranquilizarla—. Te lo he preguntado porque el coche que estoy buscando se le parece mucho. —Se levantó y le tendió la mano—. Adiós.

Angela también se levantó.

—¿Le apetece un huevo fresco?

Y antes de que él pudiera contestar, ya lo había sacado de una cesta. Montalbano lo tomó, lo golpeó suavemente un par de veces contra la

superficie de la mesa y se lo bebió. Hacía años que no saboreaba un huevo como aquel.

* * *

Llevaba un rato conduciendo cuando llegó a un cruce donde había un letrero en el que ponía «MONTEREALE KM18» y tomó el desvío. Tal vez fue el sabor del huevo lo que lo llevó a recordar que hacía tiempo que no visitaba la tienda de don Cosimo, un local minúsculo en el que aún se podían encontrar cosas ya desaparecidas en Vigàta, como por ejemplo manojitos de orégano, concentrado de tomate secado al sol y, sobre todo, vinagre obtenido con la fermentación natural de vino tinto de alta graduación. En la botella de la cocina solo quedaban un par de dedos y necesitaba reponer las provisiones urgentemente.

Tardó una eternidad en llegar a Montereale, pues efectuó el recorrido como si fuera a pie, en parte porque estaba pensando en las implicaciones de lo que le había confirmado Angela y en parte porque iba disfrutando del paisaje. Cuando estaba a punto de enfiar el callejón que conducía a la tienda, reparó en la señal de dirección prohibida. Una auténtica novedad en aquel pueblo. Tendría que dar un largo rodeo, así que mejor dejar el coche en la placita donde se encontraba y caminar cuatro pasos. Se arrimó a la acera, abrió la portezuela y vio que se le acercaba un guardia uniformado.

—Aquí no se puede aparcar.

—¿No? ¿Y por qué?

—¿No ve el letrero?

El comisario miró alrededor. En la placita había tres coches estacionados: una camioneta, un escarabajo y un todo terreno.

—¿Y esos?

—Están autorizados.

Pero ¿por qué ahora cualquier pueblo, aunque solo tuviera doscientos habitantes, se creía que era Nueva York y establecía unas complejas normas de tráfico que cambiaban cada quince días?

—Mire —dijo en tono conciliador—. Estaré solo un minuto. Voy a la tienda de don Cosimo a comprar...

—No puede.

—¿También está prohibido ir a la tienda de don Cosimo? —preguntó Montalbano desconcertado.

—No, eso no está prohibido —contestó el guardia—. Es que la tienda está cerrada.

—¿Y cuándo abre?

—No creo que vuelva a abrir. Don Cosimo ha muerto.

—¡Caramba! ¿Cuándo?

—¿Es usted pariente suyo?

—No, pero...

—¿Por qué se sorprende tanto? El difunto don Cosimo tenía noventa y cinco años. Murió hace tres meses.

Montalbano se puso en marcha soltando maldiciones. Para salir del pueblo tuvo que seguir un recorrido laberíntico que acabó por atacarle los nervios. Recuperó la calma al alcanzar la carretera del litoral que llevaba a Marinella. De repente, recordó que Mimì Augello le había dicho que los carabinieri habían encontrado la mochila de Susanna detrás de la piedra que marcaba el cuarto kilómetro de esa misma carretera. Ya casi estaba. Aminoró la velocidad, se detuvo en el punto que Mimì le había indicado y bajó. No se veían casas por los alrededores. A la derecha crecían matorrales de hierbas silvestres tras los que estallaba el amarillo de la playa, que se fundía en la distancia con la de Marinella. El oleaje se mecía con una perezosa respiración que presagiaba el ocaso. A la izquierda discurría un elevado muro interrumpido por una gran verja de hierro forjado, abierta de par en par, de la que partía un camino asfaltado que se adentraba en un verdadero bosque esmeradamente cuidado en dirección a un chalet que no estaba a la vista. Al lado de la verja había una placa de bronce de gran tamaño con una inscripción en relieve.

Montalbano no tuvo necesidad de cruzar la carretera para leer lo que decía.

Volvió a subir al coche y se alejó.

¿Qué solía decir Adelina? «El hombre es burro por naturaleza». Como un asno que sigue siempre el mismo camino, así el hombre suele hacer siempre los mismos itinerarios y gestos sin detenerse a reflexionar, por pura inercia.

Pero lo que acababa de descubrir por casualidad y lo que le había dicho Angela ¿podían considerarse pruebas?

No, concluyó, decididamente no. Pero eran confirmaciones, eso sí.

A las siete y media encendió el televisor para ver el primer telediario.

Dijeron que no había ninguna novedad en el caso de Susanna, que la joven aún no estaba en condiciones de colaborar con los investigadores y que se preveía una asistencia multitudinaria al entierro de la pobre señora Mistretta, a pesar de que la familia había expresado su deseo de que nadie acudiera a la iglesia ni al cementerio. También dijeron que el ingeniero Peruzzo había desaparecido para evitar su inminente arresto, aunque esa información no se había confirmado de manera oficial. A las ocho, el telediario de la otra cadena repitió lo mismo, pero en orden inverso: la primera noticia fue la desaparición del ingeniero, y la segunda, la voluntad de la familia de celebrar el funeral en privado. Nadie podría entrar en la iglesia ni acceder al cementerio.

Sonó el teléfono justo cuando se disponía a salir hacia la *trattoria*. Se le había abierto el apetito. A mediodía no había comido casi nada y el huevo fresco de Angela le había servido de aperitivo.

—¿Comisario? So... soy Francesco.

Montalbano no reconoció la voz. Sonaba ronca, vacilante.

—Francesco ¿qué? —preguntó en tono malhumorado.

—Francesco Li... Lipari.

El chico de Susanna. Pero ¿por qué hablaba de aquella manera?

—¿Qué te ocurre?

—Susanna... —Se interrumpió. Montalbano oyó que se sorbía los mocos.

Estaba llorando—. Susanna me... ha di... dicho.

—¿La has visto?

—No. Pero fi... finalmente se... ha puesto al te... teléfono.

Esa vez el comisario oyó los sollozos con claridad.

—Pe... per... dón...

—Cálmate, Francesco. ¿Quieres venir a mi casa?

—No, gra... gracias. No estoy... He be... bebido. Me ha dicho que no quiere... quiere verme más.

Montalbano se quedó helado, quizá más de lo que estaba Francesco. ¿Qué significaba aquello? ¿Que Susanna tenía otro hombre? Si era así, todos sus razonamientos y suposiciones se irían al carajo. No serían más que las ridículas y miserables fantasías de un viejo comisario que ya desvariaba.

—¿Está enamorada de otro?

—Peor.

—¿Cómo peor?

—No hay nin... ningún otro. Es un voto, bueno, una decisión que tomó mientras estaba prisionera.

—¿Es religiosa?

—No. Es una promesa que se hizo a sí misma... si la soltaban a tiempo de ver a su madre viva. Se marcha dentro de un mes como máximo, aunque me hablaba como si ya se hubiera ido y estuviera lejos.

—¿Te ha dicho adónde piensa ir?

—A África... Re... nuncia a seguir estudiando, a casarse, a tener hijos, re... nuncia a todo.

—Pero ¿qué piensa hacer?

—Quiere ser útil. Me lo ha dicho con estas palabras: «Por fin voy a ser útil». Se va con una organización de voluntariado. ¿Y sabe que había presentado la solicitud hace dos meses sin decirme nada? Estaba conmigo y entretanto pensaba dejarme para siempre. Pero ¿qué le ha dado?

O sea que no había ningún hombre. Todo volvía a encajar. Más que antes.

—¿Crees que puede cambiar de idea?

—No, comisario. Si usted hubiera oído su voz... Además, la conozco muy bien, cuando toma una de... decisión... Pero, por el amor de Dios, ¿qué significa todo esto, comisario? ¿Qué significa?

La última pregunta fue un grito. Ahora Montalbano ya sabía muy bien lo que significaba, pero no podía contárselo a Francesco. Habría sido demasiado complicado y, sobre todo, increíble. Pero para él todo se había vuelto más sencillo. La balanza, que había permanecido largo tiempo en equilibrio, se

había inclinado definitivamente hacia un lado. Lo que acababa de decirle Francesco confirmaba el acierto del paso que estaba a punto de dar.

Sin embargo, antes que nada tenía que informar a Livia. Apoyó la mano sobre el teléfono, pero no lo descolgó. Se preguntó si lo que iba a hacer significaba de alguna manera que al llegar al final, o casi, de su carrera, renegaba, a los ojos de sus superiores y de la ley, de los principios que durante años y años había acatado. Pero esos principios, ¿los había respetado siempre? ¿Acaso Livia no lo había acusado una vez de actuar como un dios menor que se complacía en alterar los hechos o en disponerlos de un modo distinto? Livia se equivocaba, él no era un dios, de ninguna manera. Era solo un hombre que tenía un criterio personal sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y viceversa. Y por eso se preguntaba si era mejor obrar de acuerdo con la justicia, la que figuraba escrita en los libros, o con la propia conciencia.

No, Livia no lo entendería, y hasta puede que lo condujera a la conclusión contraria a la que quería llegar.

Mejor escribirle. Tomó una hoja de papel y un bolígrafo y empezó.

«Livia, amor mío».

No consiguió seguir adelante. Rompió la hoja y tomó otra.

«Livia, adorada».

Volvió a bloquearse. Tomó una tercera hoja.

«Livia».

El bolígrafo se negó a ir más allá.

No, no era eso. Se lo diría todo de palabra cuando se vieran de nuevo, mirándola a los ojos.

Tras adoptar esa decisión, se sintió descansado, sereno y liberado. «Un momento —se dijo—. Estos tres adjetivos, “descansado”, “sereno”, “liberado”, no son tuyos, estás citando». Sí, pero ¿a quién? Trató de pensar, sujetándose la cabeza con las manos. Después, recurriendo a su memoria fotográfica, se lanzó sin dudar. Se dirigió a la librería, cogió *El consejo de Egipto* de Leonardo Sciascia y lo hojeó. Allí estaba, en la página 122 de la

primera edición de 1966, la que había leído a los dieciséis años y siempre tenía a mano para releer de vez en cuando.

Era la extraordinaria página en que el abate Vella decide revelarle a monseñor Airoidi un hecho que trastornará su existencia, es decir, que el códice árabe era una impostura, un documento falso que él mismo había escrito. Pero antes de ir a ver a monseñor Airoidi, el abad Vella se da un baño y toma un café. Él también, Montalbano, se encontraba en un momento decisivo de su vida.

Sonriendo, se desnudó y se metió en la ducha. Se puso ropa limpia y, dada la ocasión, eligió una corbata seria. Después preparó un café y lo bebió con fruición. Y esa vez los tres adjetivos, descansado, sereno, liberado, le pertenecieron por entero. Sin embargo, le faltaba uno que no estaba en el libro de Sciascia: saciado.

—¿Qué le sirvo, *dottore*?

—De todo.

Se rieron.

Entrantes de mar, sopa de pescado, pulpito hervido y aliñado con aceite y limón, cuatro salmonetes (dos fritos y dos asados) y dos copitas de licor de mandarina de un nivel alcohólico explosivo, motivo de orgullo de Enzo, el propietario de la *trattoria*.

—Veo que vuelve a estar en forma, *dottore*.

—Gracias. ¿Me haces un favor? Búscame en la guía los números del doctor Mistretta y me los escribes en un papel.

Mientras Enzo lo hacía, él se bebió una tercera copita. El dueño de la *trattoria* regresó y le entregó el papelito.

—En el pueblo se comenta una cosa sobre el doctor.

—¿Qué?

—Que esta mañana ha ido al notario para tramitar la donación de su chalet. Se irá a vivir con su hermano el geólogo, ahora que se ha quedado viudo.

—¿Se sabe a quién regala el chalet?

—Pues parece que a un orfanato de Montelusa.

Desde el teléfono de la *trattoria* llamó primero al despacho y después a la casa del doctor Mistretta, pero este no respondió. Seguramente estaría en el velatorio de su cuñada. Y no menos seguramente solo estaría la familia, sin policías ni periodistas. Marcó el número. El teléfono sonó largo rato antes de que respondieran.

—Casa Mistretta.

—Soy Montalbano. ¿Es usted, doctor?

—Sí.

—Tengo que hablar con usted.

—Mire, mañana por la tarde podríamos...

—No.

—¿Quiere verme ahora? —La voz del hombre sonó perpleja.

—Sí.

Antes de volver a hablar, el médico dejó transcurrir un tiempo.

—Muy bien, por más que su insistencia me parezca inoportuna. ¿Sabe que mañana se celebra el funeral?

—Sí.

—¿Será muy larga la cosa?

—No sabría decirle.

—¿Dónde quiere que nos veamos?

—Estaré allí dentro de veinte minutos como máximo.

Al salir de la *trattoria* observó que el tiempo estaba cambiando. Unas nubes cargadas de lluvia se acercaban desde el mar.

Visto desde fuera, el chalet estaba completamente a oscuras, una masa negra recortada contra un cielo negro de noche y nubes. El doctor Mistretta esperaba al comisario en la verja. Montalbano entró con el coche, y aguardó a que el médico cerrara. Una débil luz se filtraba a través de las rendijas de una persiana bajada. Era la de la habitación de la difunta, donde el marido y la hija velaban. Una de las dos puertas cristaleras del salón estaba abierta, pero la luz que salía por ella al jardín era muy pálida, pues la lámpara del techo estaba apagada.

—Pase.

—Prefiero quedarme fuera. Si se pone a llover, entraremos —dijo el comisario.

Como la otra vez, se sentaron en los bancos de madera. Montalbano sacó los cigarrillos.

—¿Quiere?

—No, gracias. He decidido no volver a fumar.

Por lo visto, a raíz del secuestro, tanto el tío como la sobrina habían hecho votos.

—¿Qué es eso tan urgente que tiene que decirme?

—¿Dónde están su hermano y Susanna?

—En la habitación de mi cuñada.

Quién sabe si habrían abierto la ventana para ventilar la estancia, o si aún se respiraba aquel espantoso, insoportable y denso hedor a medicamentos y enfermedad.

—¿Saben que estoy aquí?

—A Susanna se lo he dicho. A mi hermano no.

¿Cuántas cosas le habían ocultado y seguían ocultándole al pobre geólogo?

—Bueno, ¿qué quería decirme?

—Tengo que hacerle una advertencia. No estoy aquí con carácter oficial. Pero puedo estarlo si quiero.

—No entiendo.

—Ya lo entenderá. Depende de sus respuestas.

—Entonces, empiece de una vez con las preguntas.

Ahí estaba el problema. La primera pregunta era como un primer paso por un camino sin retorno. Cerró los ojos, pues al fin y al cabo el doctor no podía verlo, y comenzó.

—Usted tiene un paciente que vive en una casucha junto a la carretera de Gallotta, un hombre que, como consecuencia del vuelco de un tractor...

—Sí.

—¿Conoce usted la clínica El Buen Pastor, que se encuentra a cuatro kilómetros de...?

—¡Qué pregunta! Pues claro que la conozco. Voy a menudo. ¿Es que pretende hacer la lista de mis pacientes?

No. Nada de listas de pacientes. «El hombre es burro por naturaleza». Y tú, aquella noche, en el interior de tu todoterreno, con la sangre hirviéndote en las venas por lo que estás haciendo y el corazón desbocado por tener que dejar el casco y la mochila en dos lugares distintos, ¿qué caminos sigues sino los que conoces? Te parece que no eres tú quien conduce el automóvil, sino que es el automóvil el que te conduce a ti...

—Simplemente quería señalarle que el casco de Susanna fue hallado en la vereda que va a la casa de su paciente, mientras que la mochila estaba frente a la clínica El Buen Pastor. ¿Lo sabía?

—Sí.

¡Virgen santa, menudo paso en falso! Jamás lo habría imaginado.

—¿Y cómo se enteró?

—A través de los periódicos, la televisión, no me acuerdo.

—Imposible. Ni los periódicos ni la televisión hablaron jamás de semejantes hallazgos. Conseguimos que no se filtrara nada.

—¡Espere! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Me lo dijo usted mientras estábamos sentados aquí, en este mismo banco!

—No, doctor. Yo le dije que habían encontrado esos objetos, pero no dónde. ¿Y sabe por qué? Porque usted no me lo preguntó.

Esa era la ruptura de la fina malla que en aquel momento él había percibido como una extraña sensación de malestar y no había sabido interpretar. Una pregunta que habría sido natural hacer y que, sin embargo, no se hizo. Y que llegó incluso al extremo de impedir que la conversación siguiera adelante, como una línea saltada en una página. ¡Pero si hasta Livia había querido saber dónde estaba la novela de Simenon! Y la omisión se debía a que el médico sabía muy bien dónde se hallaban el casco y la mochila.

—¡Pero comisario! ¡Hay docenas de motivos para explicar eso! ¿Se da cuenta de cuál era mi estado de ánimo? Usted quiere construir... cualquiera sabe qué... sobre un debilísimo hilo de...

—¿De telaraña? No sabe lo acertada que es su metáfora. Sí, mi construcción se apoyaba inicialmente en un hilo todavía más débil.

—¿Lo ve? Usted es el primero en reconocerlo.

—Sí. Y se refiere a la conducta de su sobrina. Francesco, su exnovio, me dijo una cosa sobre ella... ¿Sabe que Susanna lo ha dejado?

—Sí, me lo ha dicho.

—Es un tema delicado. Lo abordo un poco a regañadientes, pero...

—Pero tiene que hacer su trabajo.

—¿Usted cree que si estuviera haciendo mi trabajo me comportaría de esta manera? La frase que yo pretendía decir terminaba así: pero quiero conocer la verdad.

El médico no contestó.

Y en ese momento una figura de mujer se perfiló en el umbral de la puerta cristalera, dio un paso hacia delante y se detuvo.

¡Santo cielo, volvía una vez más la pesadilla! ¡Era una cabeza sin cuerpo, con largo cabello rubio, suspendida en el aire! ¡La misma que había visto en el centro de la telaraña! Pero enseguida comprendió que Susanna iba de luto riguroso y el vestido se confundía con la negrura de la noche.

La muchacha avanzó un poco más y se sentó en un banco cerca de ellos. A la escasa luz solo se podía intuir su cabello, una mancha algo menos densa de oscuridad. No saludó, y Montalbano decidió continuar como si ella no estuviera.

—Como ocurre entre novios, Susanna y Francesco mantenían relaciones íntimas.

El médico se agitó, visiblemente incómodo.

—Usted no tiene derecho a... Además ¿qué importa eso en sus investigaciones? —preguntó, irritado.

—Pues importa. Verá, Francesco me dijo que siempre era él quien se lo pedía a ella, ¿me explico? En cambio, la tarde de su secuestro fue ella quien tomó la iniciativa.

—Comisario, no logro comprender qué tiene que ver la conducta sexual de mi sobrina en todo esto. Me pregunto si usted es consciente de lo que dice o está desvariando. Repito: ¿qué importa eso?

—Mucho. Francesco me dijo que a lo mejor Susanna había tenido un presentimiento... pero yo no creo en los presentimientos; era otra cosa.

—¿Qué, según usted? —inquirió en tono sarcástico el médico.

—Un adiós.

¿Qué había dicho Livia la víspera de su partida? «Son las últimas horas que pasamos juntos y no tengo intención de estropearlas». Quiso hacer el amor. Y decir que solo se trataba de una breve separación. ¿Y si hubiera sido, por el contrario, un largo y definitivo adiós? Porque Susanna sabía que la ejecución de su plan, tanto si terminaba bien como si no, supondría el final de su amor. Que aquel era el precio, infinitamente alto, que debería pagar.

—Porque hacía dos meses que había presentado la instancia para irse a África —continuó—. Dos meses desde que se le metió en la cabeza la otra idea.

—Pero ¿qué idea? Oiga, comisario ¿no le parece que está abusando de...?

—Se lo advierto —dijo fríamente Montalbano—. Usted se equivoca en las preguntas y en las respuestas. Yo he venido aquí para hablar con las cartas sobre la mesa, para exponerle mis sospechas... mejor dicho, mi esperanza.

¿Por qué utilizaba esa palabra, «esperanza»? Porque era la que había inclinado la balanza en favor de Susanna. Porque era la palabra que lo había convencido definitivamente.

Aquella palabra desconcertó al médico, que fue incapaz de decir nada. Y en medio del silencio, desde la sombra, se oyó por primera vez la voz de la chica, una voz vacilante, pero como cargada justamente de la esperanza de que se la comprendiera hasta lo más hondo del corazón.

—¿Ha dicho... esperanza?

—Sí. De que una capacidad extrema de odiar quiera transformarse en extrema capacidad de amar.

Desde el banco donde permanecía sentada la joven surgió una especie de sollozo reprimido. Montalbano encendió un cigarrillo y vio, a la llama del encendedor, que le temblaba la mano.

—¿Quiere? —le ofreció al médico.

—Le he dicho que no.

Los Mistretta se mantenían firmes en sus propósitos. Mejor así.

—Yo sé que no ha habido ningún secuestro. Aquella tarde, Susanna, usted regresó a casa por un camino distinto, el sendero escasamente transitado donde la esperaba su tío con el todoterreno. Dejó el ciclomotor, subió al coche, se acurrucó en el asiento trasero y se dirigieron al chalet de su tío. Allí, en el almacén que hay al lado de la casa, lo habían preparado todo desde hacía tiempo: las provisiones, una cama. La mujer de la limpieza no tenía ningún motivo para poner los pies allí. Por otra parte, ¿a quién se le ocurriría buscar a la secuestrada en casa de su tío? Allí grabaron los mensajes, y usted, doctor, falseando la voz, habló de miles de millones, pues resulta difícil a cierta edad acostumbrarse a calcular en euros. Allí sacaron la fotografía con la polaroid, en cuyo reverso escribió usted aquella frase haciendo todo lo posible para que su letra, ilegible como la de todos los médicos, resultara comprensible. Nunca he entrado en ese almacén, doctor, pero podría decirle con toda certeza que hay una extensión telefónica mandada instalar recientemente...

—¿Cómo puede deducir semejante cosa? —repuso Carlo Mistretta.

—Lo sé porque tuvieron una ocurrencia genial para apartar de ustedes las sospechas. Aprovecharon al vuelo una ocasión. Susanna, sabedora de que yo

acudiría a su chalet, efectuó la llamada con el mensaje grabado en que se indicaba la suma del rescate mientras usted estaba hablando conmigo. Pero yo percibí, aunque no lo comprendí de inmediato, el sonido que emite una extensión cuando se levanta el auricular. De todos modos, es fácil confirmarlo: basta con preguntar a la compañía telefónica. Y eso podría convertirse en una prueba, doctor. ¿Quiere que siga adelante?

—Sí.

Pero quien había contestado era Susanna.

—Sé también, porque usted me lo dijo, doctor, que en aquel almacén hay un lagar en desuso. Y el lagar tiene que disponer necesariamente de una habitación contigua donde se ubica el depósito de fermentación del mosto. Y estoy dispuesto a apostar a que en esa estancia hay una ventana, que usted abrió en el momento de hacer la instantánea para que entrara la luz del día. Y con el fin de iluminar mejor el interior del depósito, utilizó una lámpara de mecánico. Pero olvidaron un detalle en esa minuciosa y convincente puesta en escena.

—¿Un detalle?

—Sí, doctor. En la fotografía se observa una especie de grieta que baja desde el borde del depósito. Encargué ampliar la foto y vi que no era una grieta.

—¿Qué era?

Montalbano advirtió que Susanna también había estado a punto de hacer la misma pregunta. Aún no estaban convencidos de su error. Intuyó el movimiento de la cabeza del médico hacia su sobrina, el interrogante que debía de haber en sus ojos, pero que no podía ver.

—Es un viejo termómetro de mosto. Irreconocible, cubierto de espesas telarañas, ennegrecido y pegado a la pared, prácticamente fundido con ella, y por ese motivo invisible a los ojos. Pero allí está. Y esa es la prueba definitiva. Bastará con que me levante, entre en la casa, coja el teléfono, mande venir a dos de mis hombres para que los vigilen y llame al magistrado para que me autorice a registrar el chalet.

—Será un bonito paso hacia delante en su carrera —dijo Mistretta en tono burlón.

—Una vez más se equivoca de medio a medio. Mi carrera ya no tiene que dar ningún paso hacia delante ni hacia atrás. Lo que intento hacer no es por usted.

—¿Es por mí? —La voz de Susanna sonó como asombrada.

Sí, por ti. Porque me ha hechizado la intensidad y pureza de tu odio, el tormento que has soportado, la frialdad, valentía y paciencia que has demostrado para hacer lo que querías, a pesar de saber el precio que deberías pagar por ello. Y también lo he hecho por mí, porque no es justo que siempre haya uno que sufre y otro que disfruta a costa del dolor ajeno al amparo de la llamada ley. ¿Puede un hombre que ha llegado al final de su carrera rebelarse contra una situación que él mismo ha contribuido a mantener?

Al ver que el comisario no contestaba, la joven dijo algo que no era una pregunta.

—La enfermera me contó que usted quiso ver a mamá.

Quise verla, en efecto, en su cama, transformada por completo, ya no un cuerpo, sino casi una cosa que, no obstante, se quejaba y sufría terriblemente... Quise ver, aunque entonces no lo sabía, el lugar donde tu odio empezó a echar raíces, a crecer imparable mientras aumentaba en la estancia el olor de las medicinas, los excrementos, el sudor, la enfermedad, el vómito, el pus, la gangrena que había devastado el corazón de aquella cosa que yacía en la cama, el odio que has contagiado a quien tenías al lado... No, no a tu padre, él jamás supo nada, jamás supo que todo era una ficción, él sufrió por lo que creía un verdadero secuestro... pero ese también era un precio que había que pagar y hacer pagar porque el verdadero odio, como el amor, no se detiene ante la desesperación y el llanto del inocente.

—Sí, quería verla para comprender. —En el mar empezó a tronar. Los relámpagos estallaban lejos, pero el agua se estaba acercando—. Porque la idea de vengarse de su tío el ingeniero comenzó a tomar cuerpo allí dentro, en una de aquellas terribles noches que usted pasaba atendiendo a su madre. ¿No es así, Susanna? Al principio debió de achacarlo al cansancio, el desánimo, la desesperación, pero cada vez le resultaba más difícil apartar de su mente aquella idea. Y luego, casi para matar el tiempo, empezó a pensar en cómo

podría llevarla a la práctica. Y fue definiendo el plan, noche tras noche. Y le pidió a su tío que la ayudara porque...

Detente. Eso no puedes decirlo. Se te acaba de ocurrir en este instante, tendrías que pensarlo un poco antes de...

—Dígalo... —lo apremió el médico, despacio pero con firmeza—, porque Susanna había advertido que yo siempre he estado enamorado de Giulia. Un amor sin esperanza, pero que me impidió tener mi propia vida.

—Y entonces usted, doctor, contribuyó con todas sus fuerzas a la destrucción de la imagen del ingeniero Peruzzo. Manipulando magistralmente a la opinión pública. Y el golpe de gracia fue la sustitución de la maleta con el dinero por la bolsa llena de papeles de periódico.

Comenzó a lloviznar. Montalbano se levantó.

—Pero antes de irme, por respeto a mi conciencia... —La voz le salió demasiado solemne, pero no consiguió cambiarla—. Por respeto a mi conciencia, no puedo permitir que esos miles de millones vayan a parar...

—¿A nosotros? —lo interrumpió Susanna—. El dinero ya no está aquí. Ni siquiera hemos retenido la cantidad que mamá le había prestado y jamás le fue devuelta. Tío Carlo se ha encargado de ello con la ayuda de un amigo suyo que jamás hablará. Todo se ha repartido, y la mayor parte ya ha sido transferida, con carácter anónimo, a unas cincuenta organizaciones humanitarias. Si quiere, puedo mostrarle la lista.

—Bien —dijo el comisario—. Me voy.

Entrevió en la oscuridad al médico y a la chica, que también se levantaba.

—¿Irá mañana al entierro? —preguntó Susanna—. Me gustaría que...

—No. Solo espero, Susanna, que no traicione usted la esperanza. —Comprendió que estaba diciendo palabras de viejo, pero esa vez le importó un carajo—. Buena suerte —añadió en voz baja.

Dio media vuelta, fue hasta el coche, se sentó al volante, giró la llave de encendido y se puso en marcha, pero tuvo que detenerse al llegar a la verja cerrada. Entonces vio a Susanna, que se acercaba bajo la lluvia que comenzaba a arreciar. Su cabello pareció encenderse como el fuego a la luz de los faros. Abrió la verja sin mirarlo. Y él tampoco volvió la cabeza.

En la carretera de Marinella se puso a llover a cántaros, y el comisario hubo de parar porque los limpiaparabrisas no daban abasto. Al cabo de unos minutos la lluvia cesó de golpe. Cuando Montalbano entró en el comedor, reparó en que había dejado abierta la puerta de la galería y el suelo se había mojado. Tendría que ponerse a fregar. Encendió la luz del exterior y salió. El violento aguacero se había llevado la telaraña. Las ramas del arbusto estaban completamente limpias y perladas de gotas que centelleaban como estrellas.

Nota del autor

Esta es una novela totalmente inventada, al menos así lo espero.

Por consiguiente, los nombres y apellidos de los personajes, los nombres de las empresas y sociedades, las situaciones y acontecimientos del libro, no guardan ninguna relación con la realidad.

Si alguien observa alguna referencia a hechos ocurridos realmente, puedo asegurar que no ha sido deliberada.

A. C.

Última revisión por UMDN: 25 de noviembre de 2021

